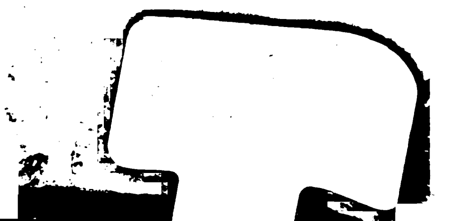




[redacted]





ABRAHAM SANCHEZ ARCE, EDITOR.

SEPULCROS BLANQUEADOS.

NOVELA ORIGINAL

DE

Juan A. Mateos.



MEXICO.

TIPOGRAFIA ECONOMICA

CALLE SUR A 5, NUM. 30

ANTES CAZUELA 10.

1902

SEPULCROS BLANQUEADOS.

CAPITULO I.

EL COMIENZO DE UNA HISTORIA.

I

Era una tarde espléndida de Julio, el sol parecía que abrumado por su propio fuego, caía pesadamente tras las ligeras montañas, tiñendo de púrpura las nubes que daban un reflejo de oro, que se extendía tenue por la llanura, recogiéndose por pulsaciones al dibujarse las primeras sombras de la noche.

Las montañas se iban dibujando en el horizonte como esfinges, las arboledas se unificaban en una masa verdinegra y los altos fresnos se cubrían con

su propio ramaje, donde se albergaban los pájaros para defenderse del viento y de la lluvia.

A corta distancia estaba una aldea con su pequeño templo, ostentando la aguja de su campanario cuyos bronces daban un toque que se perdía en la llanura y resonaba en los montes lejanos.

De las chimeneas que salían de los techos de teja se desprendían columnas de humo que el aire revoloteaba disipándolas después en la atmósfera.

El crepúsculo lo invadía todo.

Parecía que las ovejas venían huyendo de la noche, porque entraban corriendo en sus apriscos.

Se oía cantar á las mujeres, que abandonaban sus labores para reanudarlas á la luz de la lámpara.

Se escuchaba á lo lejos el ladrido de los perros y el silbido de los pastores.

Sentada en un tronco abandonado y bajo la copa gigantesca de un árbol, estaba una joven bellísima, con una flor en la mano, ocupada en arrancar hoja por hoja.

Seguramente acudía al oróscopo para interrogarlo.

Debió encontrar lo que respondia á sus pensamientos, porque al tirar de la última hoja exclamó: ¡Me adora!

Aquella mujer ignoraba que era hermosa, aunque se veía por las mañanas en el agua límpida del lago.

Si se hubiera detenido un solo momento á ver su traslado en la linfa, hubiera visto un rostro griego, perfil correcto, los ojos soberanos, los labios rojos como el granado, la dentadura blanca como el graniso, la garganta torneada, la cintura leve y las pupilas negras como la noche.

Pálida, esbelta y con una arrogancia que en las ciudades parecería estudiada.

II

La noche avanzaba y la joven estaba inquieta, volviendo su mirada hacia el lejano sendero, que como una serpiente bajaba de lo alto de una montaña.

Las estrellas como puntos luminosos aparecían en el fondo oscuro del cielo y comenzaban á percibirse los rumores del agua y el ruido de las hojas agitadas por el aire que recorría el campo y la montaña.

Oyóse á lo lejos el golpeo de las herraduras al son de una rápida carrera.

—¡El es! exclamó la joven y esperó con una grande impaciencia la llegada del ginete.

Apareció una sombra que se deslizaba fugitiva por el camino.

Se acercaban los pasos más y más hasta detenerse á poca distancia del árbol.

Relinchó el caballo y sacudió sus crines.

El ginete saltó con asombrosa agilidad, tiró las riendas y se dirigió al lugar de su cita.

Abrió sus brazos y estrechó tiernamente á la joven sobre su corazón, cuyas rudas y violentas palpitaciones escuchaba como si comprendiera ese lenguaje.

—Angélica ¿me amas?

—Con el alma, contestó la joven.

El enamorado guardó un momento de silencio.

—¿Qué tienes? le preguntó Angélica.

—Nada,—contestó el joven—y mucho.

—Explícate.

—Pasan cosas tan raras en la vida, que estoy admirado.

—No té comprendo, Antonio.

—No es fácil.

—Habla por Dios, que estoy profundamente inquieta, te no por nuestro amor.

—¡Eso nunca!—gritó Antonio—tu estás por encima de todo; peligros, amenazas, seducciones, escándalos, todo, todo, menos tocar tu cariño, porque entonces soy una fiera!

Angélica llevó á sus labios la mano de Antonio.

—Oyeme, Angélica, yo te amo con idolatría, tu eres mi delirio, mi perpétuo sueño, mi ilusión, te he jurado hacerte mi esposa y lo cumpliré; sin ti me morrria de dolor y de desesperación ¿qué es la vida sin ti? un páramo horroroso, un desierto sin término, el sepulcro para un viviente.

—Calla por Dios, murmuró la joven.

—Es que hay en torno nuestro intrigas horribles.

Angélica se extremeció.

—Sí, espantosas, es un abismo al que no quiero asomarme!

—Habla, habla, por Dios!

—Pues bien, mi madre está fanatizada; de la religión ha hecho un Dios tremendo, cuya espada de fuego está sobre su cabeza, todos son temores, angustias, dolores.

—¿Y bien? preguntó Angélica.

—Para ella—continúo Antonio —no hay más que las llamas del infierno, esas penas constantes y eternas, esos sufrimientos sin nombre, y piensa que es la hora de precaverse y abrir las puertas azules del cielo para postrarse á los piés de ésa magestad y de esa grandeza que se llama Dios!

—¿Pero eso qué tiene que ver con nosotros?

—Mucho; mi madre cree que le habla á Dios por los labios del sacerdote, que ese hombre es el intermediario entre la divinidad y los hombres, que cuanto dice y manda es la voz del cielo, irresistible y tremenda!

—No alcanzo......

—Pues bien esa voz decisiva, esa voz de origen divino, esa voz amenazadora, está sobre la cabeza de mi madre y sobre la mia!

—¡Dios poderóso! exclamó la joven.

—Quieren arrancarme de tu lado, mé proponen el olvido.

Dos gruesas lágrimas se deslizaron por las mejillas de la joven.

—No, no llores, dijo Antonio, mi amor es un mar sin orillas y sin playas, es lo eterno, lo que no se acaba nunca, porque está en todo mi ser, en los glóbulos de mi sangre, en los átomos de mi aliento!

Levantóse la joven y pasando la mano sobre la cabeza de Antonio, dijo: Tu caerás delante de ese influjo y nuestro amor está próximo á fenecer.

—¡Nunca, nunca!—gritó el enamorado joven.

—Gota á gota—continuó Angélica—caerán tus palabras sobre la piedra de tu pecho, hasta hacer una herida por donde se va nuestra existencia.

—Soy de hierro—gritó Antonio.

—El hierro se forja y se ablanda—contestó Angélica.

—Mentira, mentira; yo vivo en tí.

—Oyeme Antonio: yo tengo miedo de entrar en la lucha; desde este momento eres libre, no desobedezcas á tu madre.

—¿Yo libre? ¿Qué estás diciendo? ¿También tú vuelves tus dardos sobre mi corazón?

—No, pero conozco ese poder terrible.

—Soy una roca.

—Mentira; tú caerás á los piés del fanatismo.

—Te engañas.

—El tiempo, Antonio, el tiempo.

—La eternidad sería nada—contestó el joven desesperado.

En aquellos momentos se oyó el toque de Animas en la aldea.

—Adiós—dijo Angélica.

Adiós—dijo el joven estrechando á la niña sobre su pecho.

—Antonio—dijo Angélica—es la hora de los muertos, y yo ya estoy muerta para tí.

—Vives—gritó Antonio—vives en el fondo de mi alma, y mi amor te presta aliento, ten fe y esperanza.

—Adiós—murmuró Angélica, y avanzó sobre el sendero, camino de la aldea.

III

Luego que Antonio la vió desaparecer, como una nube llevada por la brisa, azotó su frente sobre el tronco de un arbol y se puso á llorar amargamente. Después, saltó sobre el caballo, corrió con violencia los acicates por las hijares del animal y se tiró á correr sin rumbo, como un demente. Le parecía que le seguían en tumulto trasgos y fantasmas, oía voces entrecortadas que desgajaba el viento.

Veía en su torno, soplando con un aliento abrasador, multitud de caras terribles, extravagantes, que lo veían con mirada de relámpago y reían perezosamente.

El caballo seguía corriendo sin cesar, bañado en sudor y salpicando con sus espumas.

Quiso detener al caballo y las riendas se rompieron y la carrera se hizo más rápida, vertiginosa, incontenible.

Los fantasmas, como las *wilis* de las leyendas alemanas, continuaban en su derredor.

El horizonte se enlutaba por momentos y un viento huracano venía empujando á las nubes preñadas de truenos y relámpagos.

Los goterones comenzaron á azotar su frente sudorosa y el joven se rehacía en su pensamiento.

El vértigo pasaba como una tormenta por su cerebro, se calmó al fin y llegó fatigado, enfermo, desesperado, á la finca de campo.

Se tiró en su lecho como un febricitante, y presa de las emociones, entró en un sopor calenturiento que le arrebató la conciencia de su sér.

IV

Angélica se detuvo hasta oír los últimos ecos de las herraduras.

Limpió sus lágrimas con el delantal y avanzó sin cuidado por el sendero.

Repentinamente, la rodearon cuatro ginetes.

Angélica dió un grito y se quedó sin movimiento.

—Señorita—dijo uno de los gineres—es preciso que usted vaya con nosotros.

—¡Nunca!—gritó resuelta la joven.

—Es inútil toda resistencia—contestó el hombre.—Diré á usted para tranquilizarla, que nada tiene que temer. Va por unos días á una casa honrada, donde tendrá todo género de consideraciones.

—Pero ¿qué quieren de mí?—gritó Angélica.

—Lo ignoro, señorita; pero estoy seguro y le empeño á usted mi palabra de honor, aunque en estos momentos no soy más que un bandido, que no se trata de violencia alguna, por el contrario, se trata del bien de usted.

Angélica pensó desde luego que caía en el lazo de una intriga y se serenó.

—Tengo entereza para seguir á ustedes y confío en.........

—Nuestra caballerosidad—dijo el ginete.—Y no se equivoca usted, señorita; no somos bandidos, obedecemos á una orden y no nos prestamos á un crimen, ¡eso jamás!

Había tal sinceridad en las palabras de aquel hombre, que Angélica no temió nada por ese momento.

—Caballero—dijo la joven—no temo dar á usted ese nombre, el honor y el porvenir de una mujer débil y asaltada ferozmente, está en las manos de usted.

El ginete se descubrió la frente respetuosamente.

—Marchemos—dijo Angélica.

—Señorita—continuó el hombre—va usted á tener la condecendencia de dejarse vendar los ojos; esto no tiene más objeto sino que usted ignore el hogar donde vamos á llevarla, que no está lejos de aquí.

—Consiento—dijo Angélica.

El ginete se apeó, sacó un pañuelo de batista impregnado de esencia, y con todo respeto vendó á la joven.

—Ahora—dijo—la subiré á usted á mi caballo, no podría ser de otra manera.

Colocó en la silla perfectamente á la joven, saltó á las ancas del caballo y comenzaron su camino.

Angélica empezó á sospechar la trama que se había urdido, y cediendo á esa viveza instintiva en la mujer, quiso hacerse del principal de sus raptores.

—Caballero—le dijo—recuerde usted que me he fiado enteramente á sus promesas.

—Descuide usted, señorita: soy leal y caballero.

—¡Ah!—exclamó Angélica—cuánto siento que una persona como usted revela serlo, se encuentre en este género de aventuras que no pueden tener un buen fin.

—Ese es mi secreto—dijo el ginete.

—Secreto—contestó la joven—que bien podia adivinarse.

—No tanto.

—Pruebe usted si puede.

—Usted es—dijo Angélica—una persona distinguida.

—Me jacto de ello.

—Le ha puesto á usted en estas condiciones la sugestión de un fanatismo.

El hombre se extremeció.

—Usted—continuó Angélica—es caballero y es bueno; pero pesa sobre usted un poder del cual no puede librarse fácilmente.

—Es verdad, es verdad—murmuró el ginete.

—Usted es un instrumento ciego, obediente.

—Y contra mi voluntad—exclamó el hombre.

Angélica volvió el rostro, lo acercó al del ginete hasta bañarlo con su aliento, y murmuró á su oído estas palabras: «¡el clero, el clero!»

El ginete se extremeció como si hubiera sufrido una conmoción eléctrica.

—Un dia nos veremos para ser amigos—dijo Angélica.

—Sí, señorita, lo seremos, y desde ahora yo le juro á usted una amistad eterna.

—La acepto con gusto, caballero.

—Yo la cuido á usted, señorita.

—Yo no desconfío.

—Bien, muy bien—dijo el hombre—¿ahora, cómo nos reconoceremos?

Fácilmente. Tenga usted esta argolla y cuando me la presente, murmurará usted á mi oído estas palabras: «¡hasta la muerte!»

—Bien, señorita, gracias; usted no sabe hasta dónde puede hacerse necesaria nuestra amistad.

V

Los caballos se detuvieron; el ginete bajó en sus brazos, como á un niño, á la joven. La condujo por unos patios, la hizo subir una escalera, y ya en un corredor, la dijo: «Pase usted; y le abrió la puerta de una sala.

Angélica se detuvo en el dintel.

—No puedo pasar, dijo el jinete, cubriéndose el rostro con el pañuelo, pero estaré en vela por usted.

—Gracias, dijo Angélica, tendiendo la mano al desconocido.

La joven penetró con valor en la estancia.

Paseó la mirada por todas partes, examinó los muebles que eran finos y contrastaban con el decorado de aquella sala.

—¡Imbéciles!—exclamó Angélica—estoy prisionera en un curato.

CAPITULO II.

EL PODER NEGRO.

I

La señora viuda de Iza, vivía en una de sus haciendas, casa feudal de sus antepasados.

Casada con un español, había tenido dos hijos, que en vano había querido educar en la vida de su padre.

Calaveras, perdidos, gastadores, disipadores, se habían dado la revancha de la tiranía que se había ejercido en ellos durante su niñez.

Los intereses habían prosperado en grande, y la señora era inmensamente rica.

Alfredo estaba en Europa y Antonio al lado de la madre, que estaba entregada en cuerpo y alma á la iglesia.

En la Hacienda no la visitaban más que sacerdotes; la tertulia nocturna la formaban el cura y el vicario, y toda aquella parvada de clérigos estaba dirigida por los jesuitas extranjeros, que revoloteaban en torno de aquel capital, objeto y mira de sus ambiciones. El R. P. Jerónimo, de la Compañía de Jesús, era el encargado de llevar hasta el fin aquella abominable intriga.

El jesuita había trazado su plan y lo desarrolla-

ba lentamente, y llevando todas las precauciones y afrontando todas las tempestades, como un hábil marino.

El jesuita conjuraba las tormentas ó se dejaba azotar por ellas, según convenía á sus miras; pero siempre firme y sereno, sin desviarse un átomo de su camino.

Esa misma tarde en que Angélica esperaba á su prometido, el P. Jerónimo se dirigía, montado en su mula, á la Hacienda de la viuda de Iza.

Pasó el jesuita cerca de los amantes sin que lo percibieran; sonrió al verlos y continuó su marcha.

Habló después con un grupo de hombres que le besaron la mano, los bendijo y se entró en la finca.

Inmediatamente todos los mozos acudieron, lo bajaron de la mula y lo ayudaron á subir la escalera, porque el jesuita se fingía con ataque de gota.

Entró en la sala y la viuda fué á recibirlo, ofreciéndole el brazo.

Se ocultó ó más bien se arrellenó en una poltrona y después de suspirar hondamente, sacó su caja de rapé, que era de oro, llevando un solitario en el resorte y ofreció á la señora que no quiso aceptar.

—Hermosa tarde ha hecho señora, dijo el P. Jerónimo.

—Bellísima, contestó la viuda, he dado un paseo por la calzada ¡qué arboleda tan linda!

—¡En todas partes dijo el jesuita, se ve la omnipotencia de Dios!

—Es verdad respondió la viuda.

—Hay cosas que no pueden ser obra de los hombres, míseros reptiles, impotentes para todo, pero eso sí, exclamó el jesuita, llenos de orgullo y de vanidad, creyéndose dueños de todo, cuando no son dueños de nada, todo pertenece á Dios, él domina, él manda, él impera, él decide sobre los humanos!

La viuda bajó los ojos.

—Pero eso sí, dijo con ansia el P. Jerónimo, todo está criado para regalo del hombre, el sol, las es trellas, los mares, las flores, los campos, los perfumes ¡qué grande misericordia!

—Sí, sí, contestó la viuda.

—Pero en ese mundo de brillo, nosotros somos el punto negro, porque le hemos devuelto á Dios todos sus dones, no queremos más que su amor que es inmenso y que llena todo nuestro espíritu.

—La misión sacerdotal, dijo la viuda.

—Sí, señora, exclamó el P. Jerónimo, el sacrificio de todo, el olvido de la existencia, la ausencia de de todos los goces, la pobreza, la abstención la sombra y el silencio!

—¡Pobrecillos! murmuró la señora.

—Pero vd. no comprende señora, no nuestro orgullo; porque no lo conocemos, sino nuestra satisfacción de obrar así, tenemos el corazón blindado á todo lo que no sea amor al prójimo, las mujeres pasan como una sombra delante de nosotros!

La señora fijó sus ojos en las pupilas candentes del jesuita.

—Sí, como sombras, continuó el clérigo, hay veces en que cediendo á la humana naturaleza, nuestra sangre se emponzoña y caemos, pero Dios nos levanta y nos perdona; porque El hizo nuestra alma del barro de la tierra.

—Es verdad, del barro, murmuró la devota.

—Pues bien, continuó el jesuita, es necesario compartirnos con nuestro Creador, devolverle cuanto nos ha dado, oro, fortuna y sangre!

¡Sangre! preguntó la señora.

—Sí, sangre, y voy á explicarme. Los hijos son ser de nuestro ser, sangre de nuestra sangre y debemos ofrecer uno cuando menos á la iglesia, hacer un siervo de Dios, un sacerdote que se consagre á la salvación de las almas y sus semejantes, un ser que abra á sus padres y á sus hermanos las puertas del cielo.

—¡Es verdad, es verdad! gritó la devota; yo tengo un hijo, y que felicidad tan grande si yo le viera junto al altar de Dios!

—Señora, es necesario impulsarlo.

—Hay cosas imposibles......... figuráos que es atrevido, osado.

Mejor, contestó el jesuita.

—Mi hijo está desenfrenado: bebe, juega, enamora y, por fin, hasta ha pedido dinero á mi nombre.

—Decididamente, dijo el jesuita, ese joven está destinado para la iglesia; será un gran sacerdote.

—No comprendo, dijo la devota.

—Es fácil: los más perversos son los que llegan más pronto á la santidad.

—Luego ese camino.........

—Es el de la gloria, porque el arrepentimiento será más grande que la culpa; ese joven que parece incorregible, será un San Agustín ó tal vez más.

—¿Y cómo le haremos comprender?

—Fácilmente. Usted tiene en sus manos la cuantiosa herencia, amenazarlo con desheredarlo, el no sabe trabajar en nada, pensará en la miseria y optará por la iglesia que es el asilo de los que no encuentran trabajo, hablo de los que no tienen entera vocación y para que crea, es necesario que haga usted un testamento, que pueda revocar oportunamente, en que nombre usted otro heredero, haciendo uso de la libertad de testar.

—Estoy dispuesta, me traerá usted un escribano.

—Por casualidad me acompaña uno, que me espera en la antesala para un negocio.

—Pues que entre ¿y á quién nombro heredero?

—A cualquiera señora, á cualquiera, al fin es una amenaza nada más.

—Pero yo no atino.

—Vea usted nosotros tenemos muchos agentes, porque usted sabe que esta canalla liberalesca no nos permite la acumulación de bienes, pero nosotros los burlamos, poniendo los bienes en diferentes manos que son las muertas, jesuitas disfrazados, devotos empedernidos, soldados de la fe; ellos con su nombre nos resguardan y burlamos la ley con la misma ley.

—¿Y bien? preguntó la señora.

—Pues nombra usted de heredero universal y albacea al Lic. Julián Arozamena, católico de fuerza, cristiano á macha martillo, honrado hasta lo increible, incapaz de una infamia, yo le doy la comunión todos los días.

—Entonces no hay que vacilar, que entre el escribano.

Se levantó el jesuita y salió pausadamente, regresando con el escribano que era otro jesuita de la misma ralea.

—Siéntese usted dijo la señora, después de saludarlo, en esa mesa hay papel.

—Yo lo traigo siempre en cartera, contestó el escribano.

—Bien, extienda usted mi testamento, aunque creo que faltan testigos.

—Eso no importa, después firmarán, eso es un negocio arreglado.

La señora enteró al escribano, le dió la lista de todas sus propiedades y concluyó desheredando á su hijo y legándole todo al Licenciado jesuita.

II

Cuando el escribano concluyó, se puso á leer en voz alta el testamento y cuando llegaba á la cláusula de desheredación la puerta de la recámara se abrió con estrépito y penetró Antonio, pálido y terrible; todo lo habia escuchado.

Se arrojó sobre el escribano, le arrebató los papeles, los hizo pedazos y se los arrojó á la cara.

—¡Caballero! gritó el escribano.

—¡Es usted un miserable! contestó Antonio, que cediendo á lus sujestiones de un jesuita, viene usted á robarme.

El jesuita lanzó una carcajada.

—¿Se rie usted caballero? dijo Antonio con furia.

La señora estaba al desmayarse.

—Sí dijo el clérigo que río, porque sé mucho de de mundo. Ud tal vez cede á su carácter belicoso, indomable y sin embargo es usted bueno, muy bueno.

—Pero esto es una infamia.

—¡Infamia! exclamó el clérigo, cuando voy á hacer á usted dueño de toda una inmensa fortuna y de otras más cuantiosas todavía.

—No comprendo.

—Pues va usted á comprender. Señor escribano, espere usted en la antesala que voy á necesitar de sus servicios.

El escribano salió después de cruzar una mirada con el jesuita.

—Ya estamos solos, amigo mio.

Antonio estaba aterrado.

El jesuita tomó un polvo de su caja de oro mientras organizaba sus ideas.

—Ya escucho caballero, dijo Antonio.

—La fórmula es sencilla y voy á ser muy explícito.

—Ya escucho con atención.

—Pues bien todo el dinero de los padres de usted va á pasar á poder de usted, y más que le confiará la iglesia. Usted será el más fiel de sus depositarios.

—No comprendo.

—Pero hay que cumplir con una condición, nadie es rico impunemente: si usted vacila, en la libre testamentificación, quedará usted en la miseria, parece que me explico.

—Perfectamente,—contestó Antonio.

—En las manos de usted, están la fortuna y el porvenir.

—Todo lo había adivinado.

—Mejor que mejor.

—Yo no he nacido para el sacerdocio.

—Usted sabrá ser un buen sacerdote.

—Me horroriza la idea.

—Se acostumbrará usted á ella.

—Caballero, de una vez para siempre, sepa usted que yo no me encuentro dispuesto, ni por vocación ni por sentimientos á entrar en una carrera que rechazo, prefiero la miseria con todos sus horrores, puesto que mi madre me pone ese precio que yo no acepto.

—Está usted mintiendo joven ó no sabe lo que dice.

—Lo sé y lo siento.

—Mentira, mentira.

—Es que estoy enamorado de una mujer á quien idolatro y á la que no sacrificaré nunca.

—¡Que tontería! el amor es compatible en todas circunstancias.

—Es verdad,—contestó Antonio,—pero en las del sacerdocio es un crimen.

—¡Ba, bá!—dijo riendo el jesuita,—cuando usted escuche en el confesonario las felonías, los engaños, la violación de los juramentos, las iniquidades del corazón humano, se convencerá de que eso que se llama amor es una mentira, un pretexto para cometer infamias.

Antonio se quedó viendo al jesuita.

—Es cierto—dijo el clérigo,—que lo sentimos y es una fortuna tener entereza para apagar esa llama que todo lo consume, honor, pureza, vergüenza.

La señora estaba espantada.

—Si,—contestó el clérigo,—en estos momentos usted cree que lo aman, ¿no es verdad?

—Y podría jurarlo.

—Pero no jure usted, ahora mismo, la mujer que usted ama, se ha escapado con otro hombre.

—¡Mentira! gritó Antonio, miente usted.

III

En aquellos momentos se oyeron ruido de pasos y que llamaban violentamente á la puerta.

Se levantó la señora y abrió.

Un anciano, pálido como la muerte, se lanzó en el aposento.

—¿Qué pasa señor?—dijo la madre de Antonio.

—Que este miserable se ha robado esta noche á mi hija y vengo á matarlo.

El jesuita se interpuso.

—Reportaos en nombre del cielo, este joven hasta ignora la desaparición de Angélica.

—¡No es posible! gritó el anciano!

—¡Lo juro! exclamó Antonio y para mí es una revelación espantosa, ella á quien yo amo ó más bien á quien amaba, á quien acababa de hablarle, de jurar eterno amor, se escapa, huye, me abandona, soy el más desgraciado de los hombres.

—Antonio se puso á llorar como un chiquillo.

—Bien caballero, dijo el anciano, estoy convencido, buscaré al raptor seguro de encontrarle y le mataré!

—El jesuita se estremeció.

Luego que salió el padre de Angélica, el jesuita se acercó á Antonio y dándole un golpecito en el hombro, le dijo, ya ve usted como no mentía.

—Sí, sí, dijo el joven fuera de sí, ella me dió una despedida eterna, me anunció que estábamos separados para siempre...... sabía que iva á dejarme....., esto es cruel, muy cruel...... yo que tanto la había respetado...... huir con otro hombre, olvidarme, escarnecerme!

—Este, este es el mundo, dijo el clérigo, estos sus engaños y sus miserias.

—¿Qué infamia! exclamó el joven.

—Estos lances desesperados de la vida son los que nos arrancan los votos y juramentos de pre-

cindir de una existencia dondé por cada flor se encuentran cien espinas...... para el mundo y sus pompas, pongamos este negro broquel sobre el pecho, afrontemos los odios y las persecuciones, suframos todo con paciencia, nuestra misión es heroica!

—¡Es verdad! esclamó Antonio.

—¿De qué sirven la juventud, el valor, la belleza, si todo ha de ser hollado, pisoteado por el desengaño?... no, es necesario retar al mundo, maldecir á la suerte, detestar á la fortuna, atrás su falso brillo, al fuego las ilusiones, todo es mentira!

—¡Malditas sean! gritó Antonio.

—Entonces dijo febricitante el jesuita, despojarse del ser humano, arrancar del alma ese gérmen que lleva á la desesperación y á la muerte, ser invulnerable, inaccesible á todo sentimiento, ponerse la mano sobre el corazón y decirle: haz una evolución maravillosa, tiende tus latidos sobre el orbe y dí nada más: ¡caridad y amor á nuestros semejantes!

La señora estaba asombrada.

—Los hombres son pequeños, continuó el jesuita y es necesario ser grande con el sacrificio, agigantarse delante del infortunio, sobreponerse á las dolencias humanas!...... esos, esos somos nosotros, la revolución nos agota, nuestras faltas crecen como las olas del océano, nuestros defectos son crímenes, nuestras debilidades delitos, somos los apóstados y sin embargo sobrenadamos sobre los embates del mar social, nos imponemos porque

vamos adheridos á la creencia y ella nos salva!..... ven Antonio, ven á luchar, de un lado el mundo, del otro nosotros con el poder de los siglos y de la historia, podremos caer un momento, pero el fanatismo nos levanta, el elemento bárbaro y salvaje está con nosotros, disponemos de las masas, que se descubren al oir el toque de nuestras campanas, que se arrodillan delante de nosotros y nos veneran como á un Dios! Ven, aun vivimos á despecho de todos, nadie ó pocos tienen el valor de arrancarnos la careta, todos tiemblan, todos se estremecen ante nosotros, estamos cerca de esas edades que han desaparecido; pero que aun dejan sus resabios en las generaciones, aun somos invulnerables, ven, ven con nosotros, la mitad de la familia humana, que es la mujer, todavía cree en nosotros! ven.:.... ven!

Antonio estaba perplejo, agotado por el desengaño y las palabras terribles del jesuita.

—Antonio, nos exigen la santidad y llevamos al mundo en el corazón; pero ¿qué importa? somos el dominio y la potestad; siempre hay una disculpa para nosotros y regresamos después de la tormenta con más ahinco y más fuerza todavía. Las ramas del arbol se inclinan á la hora del huracán; inclinemos nuestra cabeza á la hora de la persecución, y cuando haya pasado les presentaremos á Dios, que aun lo tenemos en nuestras manos, y recuperaremos lo perdido; ¡volveremos á ser lo que fuimos en los tiempos antiguos!...... Hemos perdido mucho, sí, mucho, la libertad de conciencia nos

ha asesinado, la libertad de pensar nos aniquila, la libertad de escribir nos confunde; pero nosotros luchamos dentro de esas mismas libertades, porque arrojamos un peso sobre la conciencia humana y luchamos en la prensa y en la tribuna; unas veces con nuestro silencio, otras con nuestras maldiciones y nuestros anatemas; pero no pueden con nosotros...... separación de iglesia y del Estado y nos organizamos á nuestro antojo; la libertad proclamada por la revolución nos salva!

—¡Pues!—gritó Antonio en el colmo de la desesperación—acepto desde hoy! ¡Guerra al mundo, guerra á la humanidad! Yo pondré mis plantas sobre todo lo que he respetado, sobre todo lo que he amado!...... Venga esa sotana, ese broquel negro como le llamáis, para ser invulnerable!......... Yo estoy dispuesto para la batalla, he afilado mis armas; ¡guerra á la humanidad!

—¡Bien!—gritó el jesuita—gloria, poder, amor, todo te espera, ya eres nuestro!

—Sí, vuestro para siempre; quiero vengarme!

—¡Y te vengarás!—gritó el jesuita—Vela tus armas y lánzate como un guerrero á la lucha; somos tus soldados y tus guias: aquí estamos!

—¡Lo juro!—gritó Antonio—y lanzó una terrible carcajada.

—Todos mis bienes son tuyos—dijo la señora.

—¡Todos, todos!—exclamó el jesuita. Serás el jefe, el General de la Compañía de Jesús. ¡Gloria á Ignacio de Loyola!

CAPITULO III.

ANGÉLICA.

I

Amanecía, la luz comenzaba á entrar por las rendijas del balcón, era la claridad primera del día.

Angélica habia examinado los muebles de la estancia, unas sillas de cedro con asientos de baqueta, una gran mesa con un Cristo y un gran tintero, papeles en perfecto orden, los periódicos todos, cromos de santos y un retrato de León XIII.

No se había engañado, la joven estaba en la sala de un curato.

Abrió una puerta que daba acceso á una recámara, allí la escena había variado.

Una cama de bronce elegantísima con sus colgaduras de seda roja, sobre cama china recamada de pájaros y rosas de colores, un sofá de color y unos silloncitos. Un tocador enteramente de moda con su luna veneciana, un aguamanil con un juego de porcelana de sevres, un gran número de pomos con esencias, aceites y pomadas exquisitas.

Era el retrete de una dama del gran mundo.

Sobre la mesa de noche, había un papel, que leyó Angélica con avidez.

«Señorita Angélica, todo lo que hay en este aposento es de usted, y si algo más necesite, puede pedirlo á la cuidadora que está á sus órdenes».

Angélica fatigada con el viaje á caballo, y agobiada por el sobresalto, tenía sueño y cansancio.

Cerró la puerta de comunicación y vestida se tiró en el lecho.

Nada tengo que temer, decía la joven, mi persona no corre riesgo, esta es una intriga para separarme de Antonio, sufriré con paciencia, fingiré entera obediencia, que yo desataré este horrible lazo y me vengaré de mis enemigos.

Angélica era hija de un rico hacendado, huérfana desde su niñez, había tenido el grande amor de su padre, que tenía por ella una grande adoración,

Angélica tenía en el pueblo un verdadero palacio, su padre llevaba allí cuanto encontraba en la capital, todo era poco para satisfacer á su hija, alhajas, telas, muebles, todo, todo, nada escaseaba en aquella morada,

Angélica había recibido una esmerada educación, se había ilustrado, era romancesca y encantadora.

Ninguno del pueblo se había atrevido á requerirla de amores, la veían como á una persona sagrada.

En la hacienda inmediata vivía la viuda de Iza con su hijo Antonio, mozo de veinticuatro años, rostro hermoso, mirada dominante, valiente, decidido y de muy buen talento.

Conoció á Angélica en una fiesta de campo y se enamoró de ella perdidamente.

Angélica, que vivía en aquella soledad, despertó á las primeras ilusiones de la vida, y amó al doncel como se ama por primera vez.

Antonio la rodeó de caricias y veneraciones, le consagró un amor puro y ardiente, la adoró como á una visión celeste, fué el encanto de su existencia y el mundo de sus esperanzas.

Todos los días le llevaba flores á los altares de su cariño; aquella niña era su encanto.

Como era natural, pensó en casarse, pero encontró una seria resistencia por parte de la viuda.

A fuerza de indagar la causa, comprendió que estaba bajo el imperio de los jesuitas, que seguramente habían hablado algo de su porvenir.

Estaba asustado porque conocía el poder del fanatismo y la señora era fanática en extremo.

Comprendió que no era su persona sino el millón de pesos en que consistía su herencia.

Todo lo hubiera dado por una mirada de Angélica.

Estaba en la edad en que el interés no se enraíza en el corazón, en que el alma toda es generosidad y en que el amor se sobrepone á todo.

Tenía miedo de perder á la joven y cuidaba su cariño como una planta.

Angélica lo amaba apasionadamente; sin Antonio no comprendía la vida; era su ser, su vida, su existencia.

Esas ligas terribles de amor, suelen ser los lazos del infortunio.

Nadie sabe las faces de su destino, que siempre se revelan de improviso.

La jovén salía todas las tardes, y paseaba por los senderos de la colina donde estaba recostado el pueblo cercano á la hacienda.

Allí eran sus citas con Antonio; aquellos árboles oían hora tras hora, sus juramentos y sus promesas.

Antonio gravaba en los troncos las fechas, escribía la historia de sus amores y se sentía tan feliz, que su existencia era un paraíso.

Angélica, que, como toda mujer, era experta, había comprendido algo de lo que pasaba tras las palabras embozadas de su prometido.

La joven no se inquietaba; sabía que dominaba á aquella alma y que disponía á su antojo de su destino.

Antonio, cediendo á su educación, acaso sin saberlo, tenía algo de aquel fanatismo heredado.

Conservaba algo de respeto todavía por el sacerdocio, y el pensamiento religioso no se apartaba de su cerebro.

Angélica, por el contrario, veía con desprecio el fanatismo, le hastiaba todo lo místico, tenía el sentimiento de virtud muy pronunciado y era en extremo despreocupada.

Creía, pero hablaba con los ángeles; no volvía la

vista á la tierra, sino al cielo azul; las estrellas eran sus amigas.

Tras el velo azul, había una felicidad donde se prolongaba la de la tierra; Dios se cernía en el infinito.

La tierra estaba llena de maldades y de impostores; aquí todo era mentira, hombres y dioses; allá arriba estaba lo increado, lo grande, lo sublime.

Tales eran las creencias y doctrinas de la joven.

Cuando vió á su novio semienvuelto en aquellas intrigas, desconfió de su amor, y se propuso exaltarlo para llevarlo á su fin.

Y así hemos visto que casi rompió con él en la última noche de su cita.

Angélica se sentía presa de sus enemigos, se armó de resolución y esperó con calma los acontecimientos.

Lo que la inquietaba profundamente era su anciano padre, que moriría de dolor con su ausencia; pero se prometía comunicarse con él, luego que explorase el campo donde se encontraba.

II

Serían las nueve de a mañana cuando entró en su aposento una señora gruesa, de rostro colorado, con un bigote muy pronunciado, sonrisa forzada y coqueta.

Llevaba una charola con un espléndido desayuno.

—Buenos días, señorita, dijo al entrar.

—Buenos días, contestó Angélica.

La señora puso la charola en la mesa, y tendiéndole una mano gruesa y blanca, dijo:

—Desde este momento estoy á las órdenes de usted, tengo instrucciones de hacer cuanto usted mande y me complazco do estar al servicio de una señorita tan bella.

—Gracias, contestó Angélica que se habia propuesto estar en observación de cuanto pasaba.

Tomó el desayuno en silencio, la señora estaba de pie.

—¿En qué lugar nos encontramos, señora?

—Llámeme usted Ursula, señorita.

—Pues bien, Ursula; dígame usted, si puede, en qué casa estoy?

—En la de un anciano sacerdote, cura de almas, muy bueno y á cuya sombra protectora está usted, y debe estar con entera confianza.

—¿Y qué tiempo permaneceremos aquí?

—Muy poco, porque dentro de unos días iremos á México donde se le prepara á usted alojamiento.

—Muy bien.

—¿Y no está usted contrariada, señorita?

—No, Ursula, me someto á todo con resignación.

Esta también es jesuita—pensó Ursula.

—¿Y qué pensarán hacer de mí?

—Según he oído—porque á mí nada me confían—se trata de algo sobre un proyectado casamiento con el hijo de una protectora santa, de nuestra iglesia.

—Ya estoy—dijo Angélica.

—Parece—continuó Ursula—que el hijo de la señora se ha puesto en meditación sobre ese asunto y aun no resuelve nada.

—Es de pensarse—dijo Angélica—hace muy bien, el negocio es demasiado serio para lanzarse irreflexivamente.

—Luego está usted de acuerdo en......

—En todo, señora hasta en dejar esta casa, que ya me está fastidiando.

—Pues no tardará usted demasiado, yo se lo prometo.

—¿Y conoce usted á mi padre?

—Mucho, muchísimo—contestó la señora—y debe estar muy apenado.

—Pudiéramos decirle una palabra para calmar su inquietud?

—¡Chist!—dijo Ursula poniendo la mano sobre los labios de la joven—si nos oyesen, me arrojaban de esta casa.

—¿Y si yo que soy rica me encargara del porvenir de usted?

—Señorita, no me tiente usted.

—Se trata de mi padre.

—Pues bien, escriba usted y yo me encargo de que el papel sea llevado inmediatamente á la hacienda.

Metió Ursula la mano á su bolsa, sacó un pedacito de papel y lo entregó á Angélica.

La joven escribió á su padre diciéndole que estuviera sin cuidado, que estaba segura y que pronto se verían.

—Perfectamente—dijo Ursula.

—Tenga usted—dijo Angélica—y sacando un bolsillo de su cintura se lo entregó á la cuidadora.

—Esto es de más peso—murmuró la vieja—y se escondió en el seno los billetes con una avidez tremenda.

—Ahora nada tema usted, le traeré la contestación esta noche.

Salió Ursula y la joven inclinó la cabeza y se quedó abismada en sus pensamientos.

III

Ursula salió de allí y entró en un aposento donde estaba un clérigo.

—¿Qué se ofrece, señora?

—Que todo marcha á las mil maravillas; la niña está tranquila, resignada y obediente.

—Es raro—dijo el cura.

—Ha tratado de seducirme para que envíe este papel á su padre.

—Veamos—dijo el cura y leyó el papel.

—¡Bah! ¡bah! pamplinas de criatura; haga usted que lleven esa carta á su destino, encargando la contestación, al fin nada le dice del lugar en que se encuentra, no hay ninguna revelación, dejemos tranquilo á ese pobre diablo, hasta que nos ocupemos de su dinero, que es uno de los fines de este negocio que se presenta tan bueno.

Ursula salió contentísima y envió la carta al padre de Amalia.

IV

El padre Jerónimo llegó al curato, se bajó de su mula y subió pausadamente la escalera, bendiciendo á cuantos encontraba.

Llamó á la puerta y entró.

El cura se paró, le besó respetuosamente la mano y le ofreció asiento.

—¿No ha habido novedad por acá?

—Ninguna, reverendo padre; llegó la niña, se entró tranquila en su aposento, lloró y después se repuso, durmió unas cuantas horas, y nada más.

—Muy bien; supongo que no habréis olvidado de que se le ha de tratar espléndidamente.

—No, reverendo padre, está á cuerpo de rey.

—Muy bien; es necesario preparar el viaje á Mé-

xico, ya el conventículo está preparado en la capital, la tendremos mientras Antonio se ordena.

—Pero, sabéis de esas cosas, ya es negocio arreglado; espero que pase el tren para ir á México y concertar con el arzobispo que se le dispense el tiempo y el diaconado para que se ordene de misa; lo quiero tener enteramente seguro.

—Muy bien pensado, reverendo padre.

—Entonces, continuó el padre Jerónimo, ya podemos poner en libertad á esta loca y presentarnos con ella en su casa, apareciendo como sus salvadores.

—Sí, sí, reverendo padre, y comenzaremos el negocio.

—Ya está comenzado; el viejo es un imbécil que sólo ha sabido hacer dinero, y nos creerá, yo me encargo de todo; por ahora, lo que importa es Antonio.

—Sí, sí, reverendo padre.

—En estos momentos se extiende una donación de cincuenta mil pesos para la Iglesia, porque la viuda de Iza está loca de contento al ver que su hijo entra en el sacerdocio.

—Admirablemente, reverendo padre.

—Además, ha regalado una sarta de perlas y brillantes para la Virgen de la Luz; ya las cambiaremos por otras francesas de imitación para salvarlas de las garras del liberalismo.

—Muy bien pensado, reverendo padre.

—Así como así, yo ya tenía ofrecidas unas per-

las á una hija de confesión, y me viene de perilla el regalo de la viuda.

—Estarán muy bien empleadas, reverendo padre.

—No creais que hay nada malo, es una alma que estoy convirtiendo y que necesita todavía las pompas mundanas para llegar hasta Dios.

—Así lo he comprendido, reverendo padre.

—¡Y qué guapa que es!

—Ya me lo figuro, reverendo padre.

—Pero yo no caigo en tentación; recemos un *padre nuestro.*

Los dos clérigos se hincaron y rezaron un Pater Noster.

—Que nos sirvan coñac, dijo el padre Jerónimo, necesito algo de calor en el estómago.

—Y lo tomaréis del bueno, reverendo padre; me jacto de tener buenos caldos.

Se levantó el cura, abrió una alacena que estaba repleta de botellas, como una cantina, y sacó una botella de coñac de primera.

—Es la marca suprema—dijo el padre Jerónimo—soy conocedor, y llenó una copa que apuró á pequeños sorbos, como un buen bebedor.

—¡Por Cristo! padre—exclamó—esto es magnífico!

—Es mi pan cuotidiano—contestó humilde el cura—es el que les doy á mis hijas de confesión para restaurarlas.

—Y para restaurarce, que estais demasiado viejo.

—No tanto, reverendo padre, nosotros somos de buena madera.

—Y corriosos—dijo riendo el padre Jerónimo.

—Y sabéis, reverendo padre, que la prisionera tiene buenos bigotes.

—Muy buenos, pero otro es el que se los peina.

—Ya...... ya...... dijo el cura con sorna.

—Esa de buenos bigotes estuvo á punto de defraudarnos la herencia de la viuda Iza; es una mujer peligrosa que, de dejarla aquí, se burlaría de vos y de todos, señor cura.

—Lo dudo.

—Pues yo no; la conozco y yo mismo tengo temor de una contingencia.

—Es necesario estar alerta.

—Pero muy alerta. ¿Ya le avisásteis á Ursula?

—Ya, la quiso seducir entregándole un papel para su padre.

—Pues ya la sedujo.

—No, porque Ursula me entregó la carta.

—Eso será la primera; la segunda ni la oleréis, reverendo padre.

El cura guardó silencio.

—Afortunadamente dentro de dos dias estará en México y dentro de dos meses yo mismo la llevaré á su casa y negocio concluido.

—Así lo espero, reverendo padre.

—Entre tanto os prohibo que veais si tiene bue-

nos ó malos bigotes, bebamos á su salud otra copa.

—Bebamos—dijo el cura—y apuró medio vaso.

—¡Cuidado con caer, señor cura!

—Ya estoy acostumbrado, reverendo padre; es un camino que tenemos andado los que hemos sido frailes.

—Ya lo creo, el espíritu del vino ó divino siempre está con nosotros.

—Venís de buen humor, reverendo padre.

—Cincuenta mil duros y las perlas, ponen de buen humor á cualquier sacerdote.

Levantose el padre Jerónimo, y tendiéndole la mano al cura, le dijo:

—Cuidad mucho á la prisionera; es muy lista, dentro de dos dias la llevaréis á México con Ursule; ya en la estación os esperan, y de allí al conventículo.

—Muy bien, reverendo padre—dijo el cura—vuestras órdenes serán cumplidas con toda exactitud.

Entró un criado, tomó la maleta del padre Jerónimo y se dirigieron á la estación por donde pasa el tren para la capital.

V

En la noche la Sra. Ursula llevó á la joven una carta de su padre: «Hija mía: estoy tranquilo, sé que no me has abandonado por un amante y que te conservas pura y honrada. Estás metida en una intriga infernal que ya comienzo á sospechar y que yo desbarataré. Quiera Dios que no haya mucha sangre en este negocio, porque mi coraje es terrible, me han tocado á lo que amo más en el mundo: á mi hija. Consérvate como eres, pura y honrada. Tu padre que te idolatra y que llora por tí. —*Anselmo.*

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

Sí, la vergüenza—exclamó Angélica—siento el dardo en el centro del corazón.

—Me asustais, señorita, dijo Ursula.

—No había reparado en la presencia de usted, perdóneme.

—Es que tiene usted razón, señorita.

Angélica no respondió, desconfiaba de su guardián.

La joven ya no se atrevió, á pesar de la carta, á entrar en confidencias con Ursula; sabía que la había de vender y traicionar, y esperó el último acto del drama.

VI

Pasaron dos dias y se dispuso el viaje para México.

La víspera estaba Angélica en el balcón viendo la bóveda estrellada que se extendía sobre el horizonte y el cielo.

La luna parecía clavada en el fondo azul, y daba sus débiles rayos sobre los campos: todo era dulzura y melancolía.

En esa hora todos los recuerdos se agolparon más bien al corazón que al cerebro de Angélica.

Su alma extendió las alas y comenzó á vagar en el espacio sobre los horizontes sonrosados de un amor apasionado y legítimo.

Sentía las palpitaciones de su corazón como el oleage del Océano, y los suspiros se arrancaban de su seno como los mugidos primeros del viento al comenzar la tormenta.

Cruzaban por su mente las imágenes todas de sus ensueños, esas hadas de alas de oro que vierten perfumes y derraman flores, esos fantasmas encantadores que pueblan la fantasía y abisman el pensamiento.

Comenzó á hablar con los misterios de la noche, á contarle sus cuitas y dolores y á demandar consuelo en la adversidad.

Le parecía que las brisas campestres que acariciaban su frente, la tranquilizaban un tanto.

Soñando despierta, transcurrieron serenas las pausadas horas de la noche.

VII

Resonaron á lo lejos las herraduras de un corcel y se fué apagando el eco en la tierra escarvada del campo.

Despertó Angélica y vió acercarse un jinete que se detuvo bajo el balcón.

—Señorita, dijo, gracias á Dios que tengo el gus to de saludarla.

La jóven reconoció al hombre que la había conducido al curato, sin haberle dicho una palabra incorrecta y á quien le debía tantas atenciones.

—¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

—Señorita, soy un estudiante que he venido á pasar las vacaciones á mi pueblo y que me comisionaron para transladar á usted aquí.

—¿Y bien?

—Que no sabía que se trataba de una infamia y me presté á ser instrumento de esos hombres, pero estoy arrepentido, vengo á pedirle á usted perdón y á ofrecerle á usted mi amistad y tal vez mi amparo.

—Gracias, caballero, dijo Argélica, acepto la amistad de usted, porque la creo sincera, y seré una buena amiga para usted.

—Gracias, gracias señorita, ¿y en qué puedo servirla?

—Vaya usted mañana en el tren de las seis que pasa por aquí, en ese me llevan, sígame usted y vea en qué cárcel me depositan, y haga usted por verme, que yo le ayudaré.

—Estaré al amanecer y la seguiré á usted hasta el fin del mundo, pero, ¿me perdona usted señorita?

—Siento no poder estrechar la mano de usted; pero puede que algún dia.........

—Así lo espero, señorita, y hasta mañana. Temo que nos vean hablar.

—Adiós caballero, adiós amigo mio!

—Adiós, señorita.

El jinete prendió sus acicates y se perdió entre las brumas de la noche.

CAPITULO IV.

EL CARBONERO.

I

Rafael Uribe era el estudiante que había acompañado á Angélica y á Ursula en su camino á la capital.

Luego que el tren llegó á la estación, saltó de la plataforma y se puso en acecho de la jóven.

Tomó un coche y esperó.

Vió que un carruaje particular aguardaba á la jóven, y á todo escape se puso en su seguimiento.

Vió parar el coche, saltó del suyo y llegó á la puerta del edificio por donde entraron Ursula y Angélica.

Se dirigió en seguida á los vecinos para preguntarles por el dueño de la casa, y nadie le dió ó no quiso darle razón.

Los balcones estaban cerrados y las persianas echadas.

Todo era pavor y silencio.

Desesperado de no indagar nada que pudiera

darle luz, se marchó silbando, que era la señal de su mal humor.

Rafael Uribe visitaba á una familia cuya cabeza era un clérigo.

Tres muchachas guapas y una señora confortable, blanca, gruesa, de grandes ojos negros, cabello quebrado y boca provocativa.

Esta señora era heramna, ó la que pasaba por tal, en la casa del clérigo, Sr. Don Cipriano Cañizares, Deán de la Catedral de México y de las intimidades de su Ilustrísimo señor Arzobispo.

El estudiante había caído allí como llovido del cielo, como pariente lejano del Dean, y como no enamoraba á ninguna de las muchachas, la señora lo veía con buenos ojos y el clérigo lo protegía.

Llegó el estudiante, y como había estado ausente, abrazó á toda la familia.

—Muchachas, gritaba, no me aplasten los quesos y las mantequillas que traigo en la bolsa, y sacaba de las bolsas del saco el regalo que les traía.

—Mil gracias, dijo le señora; todo esto está muy muy bueno y ya lo esperábamos.

—No he traído más, porque ya ustedes saben que los estudiantes no traemos más que lo puesto, y eso cuando es nuestro por casualidad.

Todas se rieron.

—¿Y mi tío, cómo está?

—Bien, aunque está muy cansado, porque está disponiendo la ceremonia de la cantamisa del padre Antonio.

—Sí, de mi paisano; somos del mismo pueblo; ya lo conozco.

—Entonces, ya sabrás todo lo que pasa, dijo la señora con mucho misterio.

—Sé poco, dijo el estudiante.

—Pues no sabes nada, hijo, el padre Antonio estaba perseguido por una mujer diabólica, que lo apartaba de la Iglesia.

—¡Qué barbaridad!

—Pues sí, señor; era una tal Angélica, hija de un payo muy rico, dueño de muchas haciendas, y lo quería atrapar, y con él el millonejo que tiene Antonio.

—No estaba mal pensado.

—Es verdad; pero no todo sale como se piensa.

—¿Y qué pasó? preguntó el estudiante, que ya había tomado el hilo de la trama.

—Cosas muy sencillas, á la niña se le ha traído......... pero no se te vaya á salir una palabra.

—Lo juro, dijo el estudiante.

—Pues se le ha traído á un conventículo, y el padre Antonio se dispone á cantar misa, ¿qué te parece?

—Admirablemente, dijo el estudiante.

—El padre Antonio es un hombre que vale mucho.

—¡Parece que te ha hecho tilín! dijo una de las muchachas.

—Calla, niña, que si te oyera tu tío, teníamos un disgusto; porque, qué hombre tan celoso, no quiere ni que me vean, le parece que voy á querer

á todos, y eso que nada más soy su hermana, tú lo sabes muy bien.

—Me consta, dijo el estudiante, y lo que le constaba era otra cosa muy diferente.

—Un día, dijo la señora, vino el padre Jerónimo, guapo, joven y de gran talento, comió con nosotros, se aturdió y me requebró delante del Dean, ¡Jesucristo! y la que se armó! Dijo que era una deslealtad entre compañeros, que eso no se hacía; y todo el escándalo fué porque el padre Jerónimo, al tomar un platón, rozó su rostro en el mío; esto nada tiene de particular, á cualquiera le pasa; á puños he tenido de esos accidentes, pero todos me los ha perdonado el Dean que es muy corricoso, aunque se enfullina con mucha frecuencia, en cambio me quiere mucho, y más á sus sobrinitas.

—Como que esta casa es un palacio.

—Sólo con las limosnas tenemos una renta de la que yo dispongo, ¡qué buenos fieles!

—Ya lo creo, dijo el estudiante, hay personas afortunadas.

—Como que la madre de Antonio acaba de dar cincuenta mil pesos, pero esos son para la mitra; ya sabes que lo que pasa de veinte pesos todo va al arzobispado; nosotros nada más menudeamos, cepos, alcancías para redención de cautivos.

—Señora, acuérdese usted de mí—dijo el estudiante—que estoy en cautiverio y casi soy ánima bendita del Santo Purgatorio.

—¡Oh, las ánimas!—dijo la señora—esa sí que es

una mina innagotable: misas, responsos, oraciones, cuanto hay para las ánimas; ellas son nuestras protectoras. En los dias de difuntos nos redondeamos.

—Y ¿ustedes no hacen gastos?

—Sí, una calavera y una jarra de agua bendita, y salpica que salpica y reza que reza.

—Sí—dijo el estudiante—¡y dinero que dineros!

—Pero eso no es nada; todavía vienen los *diezmos* y es un aguacero de ofrendas, porque el trigo y el maíz, y los borregos y las terneras, y cuanto hay viene, y el reparto es magnífico.

—Y si ustedes tuvieran que recoger las primicias del matrimonio y recogieran el primer niño?

—¡Al diablo con esas primicias! Entonces sí nos acogíamos á la ley y no entraban á la casa más muchachos que los mios y los sobrinos del Dean, que no dejan de ser bastantes.

—Pero nos hemos divagado, señora. Dígame usted si el padre Antonio sabe el paradero de Angélica.

—Prométeme el silencio y te lo contaré.

—Soy sordo-mudo—dijo el estudiante.

—Pues bien, el padre Antonio sabe que Angélica se largó con un amante y esto lo ha decidido, —aquí urdimos la tela—yo asistí á las conferencias, este padre Jerónimo tiene grandes ocurrencias, lástima que no venga por los malditos celos de mi hermanito el Dean.

—Vendrá cuando mi tio no esté en casa.

—Viene y bien que viene—dijo una de las muchachas—si es muy gracioso; se esconde de mi tio, pero á nosotras nos quiere mucho y á mamá sobre todo; y nos regala y nos mima; ¡ay! si lo supiera mi tio nos excomulgaba.

La señora se echó á reir.

—Mira, Rafael, Angélica está segura, segurísima; figúrate que la han puesto en ese conventículo en donde tú no has podido penetrar á ver á tu novia.

—Entonces ni se mueve—dijo el estudiante.

—Pero eso sí, no te diré la casa ni la calle porque le tengo miedo á que des un escándalo; y además el padre Manuel del Santo Niño Cautivo, que es el confesor de Susana, te tiene miedo.

—Pues no tiene razón, yo á nadie le hago mal.

—Es que dicen malas lenguas, que le gusta la muchacha.

—No importa, tenemos el mismo gusto—dijo el estudiante disimulando su ira.

—Ya te lo diré en otra vez.

—No se apene usted, señora, no lo quiero saber; ya olvidé á Susana durante las vacaciones.

—Corazón de veleta.

—Qué hacía yo pensando con Don Quijote en mi Dulcinea, encerrada en un convento por cuyas rendijas no puede asomarse siquiera?

—Es verdad.

—Ella va para monja que vuela, y yo á la luna de Valencia.

—Tienes razón.

—Pues, señora, me marcho; voy á descansar para volver á Preparatoria. Si usted quisiera......... quisiera.........

—Comprendo, habilitarte; porque vendrás sin una peseta.

LI.

En aquel momento entró el Dean.

Era flaco, con cara de coyote, descolorido, enjuto y con los ojos chispeantes.

Las muchachas se levantaron á besarle la mano; esa mano huesosa, que pasó por los frescos carrillos de su hermanita y se dirigió al estudiante, que á su vez le besó respetuosamente la mano.

—¿Qué haces por aquí, perdulario?—le dijo el Dean.

—Señor tío, vengo de vacaciones para entrar al colegio.

—Bien, ¿y cómo está tu padre?

—Muy viejo y enfermo.

—Malo, malo. Mira, Ramona, pon una libranza de doscientos pesos y mándasela á mi primo.

—Gracias, señor, gracias, es usted muy generoso —dijo el estudiante.

—Eso no vale la pena, hijo mio, es necesario socorrer al necesitado aunque se esté pobre como yo.

—Señor—se atrevió á decir Rafael—¿y ll... ría

usted su generosidad hasta hacerla extensiva á su infeliz sobrino?

—Tú eres un bribenzuelo de marca, Ramona, dale cincuenta pesos para que se compre un traje y que venga á enseñármelo cuando lo estrene.

—¡Ilustrísimo señor!—exclamó el estudiante—es la primera vez en mi vida que tengo cincuenta pesos; esto es inconcebible.

Doña Ramona se levantó, y al pasar junto al Dean le dió un golpecito en el carrillo y fué por el dinero.

El Dean sonrió, asomando dos colmillos verdes, únicos muebles que conservaba en su desierta boca, y siguió con su mirada á su hermanita.

—¿No me han buscado, niñas?

—Sí, tío, vino el padre Jerónimo.

—¡Al diablo con ese clérigo maldito!—exclamó el Dean.

—Nada más preguntó en la puerta y se fué.

—¡Bah, eso es otra cosa! ¿Y no lo vió tu mamá?

—No tío, ni sabe que ha venido.

—¡Bah; bien, vendrá á decirme lo que yo ya sé de memoria.

Volvió Ramona con el dinero y lo entregó á Rafael.

Se despidió el estudiante y cuando se encontró en la calle, se dijo, este dinero servirá para que vea á Susana, ya estoy planeando el conventículo.

—¡Rafael! ¡Rafael!—gritó una voz conocida.

—¡Pepino!—gritó el estudiante,—estaba pensando buscarte, vengo rico, vamos á cenar.

—Como que no he comido en todo el día, ya traigo vértigo, tú eres mi providencia.

—Cenaremos, y te contaré la aventura en que estoy metido.

—Yo te ayudaré á salir ó nos llevará el diablo á los dos.

Se estrecharon las manos los dos estudiantes y se dirigieron á la Concordia, el bodegón era para los días terribles,

—Cuando veo tantos espejos y mesas de mármol y asientos de terciopelo, me asusto, estoy tan acostumbrado á la Maisón Raté, que esto me parece un lujo inusitado.

—Finge que somos ricos, al fin pagamos.

—Creo que los mozos son más decentes que nosotros.

—Sí, se ponen frac en los grandes convites y nosotros ni tenemos frac, ni vamos á los grandes convites.

—Pero cuando seamos médicos, nos desquitaremos.

—Como no nos desquitemos con los mu[illegible]

—Y con los vivos de preferencia.

—¡Muchacho! sopa de ostiones[illegible]

—A mí macarrones al gra[illegible]

—¿Qué se come desp[illegible] huachinango á la [illegible]

mi no se me ocurre [illegible]

—Eso no ha[illegible]

—Pues o[illegible]

—E[illegible]

ver[illegible]

—No me había ocurrido—dijo Pepino,—me figuraré que estoy en la Heroica.

Cenaron opíparamente los estudiantes y cuando el mozo los veía desconfiado, Rafael, con mucho taco, tiró el billete de los cincuenta pesos sobre la mesa.

Pepino tendió las garras, el mozo se interpuso.

—¡Cuatro duros! por la cena—exclamó Rafael,—con cuatro pesos comemos cuatro meses en las Ratas.

No importa está espléndido.

—En cuanto al vestido—dijo Rafael,—como no me lo hagan de percal, no sé lo que le llevaré á enseñar á mi tío ni á mi señora tía, que entre paréntesis me gusta mucho, soy afecto á las jamonas.

—¿Y tu tío el Dean no te gusta?

—No hombre, que me va á gustar, ese viejo sátiro.

—Pues á mi—dijo Pepino,—me gusta Clarita una de sus hijas.

—¿Te gusta? pues yo te ayudo.

—¡Acepto!—exclamó Pepino,—es guapa y el Dean está muy plateado.

—Mucho, como que los diezmos son un filón.

—¿Cuándo me presentas, Rafael?

—Mañana mismo.

—Acepto, ya me tratará Clarita; ¡qué bonita es la muchacha!

—Sí, pero antes vamos á hablar de un negocio serio.

—Bien, ya estoy serio—dijo Pepino.

—Pues bien, ya sabes que estoy apasionado de Susana y que me la han robado para meterla á un conventículo.

—Ya me has contado.

Rafael continuó,—esto lo supe en casa del Dean, pero nunca me han dicho en qué conventículo; pero merced á otra aventura que tengo pendiente, descubrí el tal conventículo y supe que allí está Susana y supe más......

—¿Qué supiste Rafael?

—Que un fraile llamado del Santo Niño, abusando de ser su confesor, la enamora.

—En qué se han de ocupar esos frailesitos, todo el día están con las monjitas. El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla.

—Pues que sople en el infierno, gritó el estudiante, y no sobre mi novia.

—Pero ese fraile está en olor de santidad.

—Te equivocas, ese maldito tiene el diablo dentro, se levanta á media noche, se pone á gatas y atraviesa los claustros echando chispas por los ojos, se acerca á la celda de Susana y araña la puerta y gime de desesperación, ruega, suplica, llora y está endemoniado.

—¿Y por qué la abadesa no lo consuela?

—Porque ya lo consoló en otra ocasión; pero al fraile no le gustan las viejas.

—Somos de la misma opinión.

—Pero yo tengo una idea para ver á Susana.

—La pondremos en planta.

—El carbonero entra todos los días al conventículo, y tomando su disfraz, ya estamos adentro.

—¿Y conoces al carbonero?

—Sí, ya sé dónde vive.

—Pues marchemos á arreglar el asunto.

Los estudiantes se dirigieron á un barrio de la ciudad, y se entraron á la accesoria del carbonero.

Luego que los vió entrar ocultó el cajón que contenía el dinero de la venta.

—Estos son rateros, pensó el carbonero.

—No tema usted nada, buen hombre, venimos á proponerle á usted un negocio.

—El carbón está muy caro.

—No es eso, es que queremos que usted nos disfrace, y meter el carbón á la casa...... y, hablando con franqueza, darle una carta á una monjita.

—Pero, señores, dijo el carbonero, esas son esposas de Dios.

—Y del prójimo, agregó el estudiante.

El carbonero se encogió de hombros.

—En pagando bien, dijo el estudiante, todo se arregla.

—Ese es otro carbón; con cuatro pesillos entro en el negocio.

—Aquí están nuevos y flamantes.

El carbonero tendió su tiznada mano y pilló los cuatro duros.

—Mañana temprano, dijo el estudiante, venimos por la carga.

—Perfectamente, ya estará listo todo. Tengan

mucho cuidado, porque allí está un frailecito que se fija en todo, hasta en una linda muchacha que está recién llegada.

—Esa, esa, dijo el el estudiante, esa es la que buscamos.

—Es la que me recibe, dijo el carbonero.

—Estamos de fortuna, amigo mío.

—¡Negocio redondo!

Los estudiantes salieron llenos de contento, y ya metidos en la aventura, la llevarían hasta el último extremo.

—Ya estamos arreglados, dijo Pepino, á las seis tocamos en el conventículo; veremos si la casualidad nos ayuda, y si no, repetimos la operación.

—Estoy de acuerdo, contestó Rafael, me dejo llevar por tí sin decir una palabra, nos entregamos á la casualidad.

III

Los dos se fueron al hotel, no durmieron en toda la noche, y á las cuatro de la mañana ya estaban en camino.

El carbonero les recibió muy contento, les dió de desayunar y los ayudó á disfrazarse, llenándoles de tizne la cara, los brazos y las manos, y la ropa blanca.

Tomaron á cuestas los tercios y á las seis llamaron á las puertas del conventículo.

La madre portera mandó abrir y los carboneros penetraron en el edificio.

En el patio estaban todas las monjas, y entre ellas Susana.

Se acercó Rafael, y al pasar, le dijo:

—Yo soy, Susana.

La joven conoció la voz de Rafael, y sin poderse contener, se acercó al carbonero y le tendió la mano.

Rafael dejó caer los tercios, estaba profundamente emocionado.

—¡El carbonero! gritaron todas las monjas.

Aquello era un escándalo; una monja abrazada á un indio tiznado.

Comenzaron los gritos y la alharaca.

—Te vas conmigo, dijo Rafael, ya sé todo y no te dejo.

—¡Sí, sí, decía Susana, me voy!

—Me acompaña un amigo, no tengas cuidado.

Seguía la bulla, las superioras llamaban á gritos al fraile confesor, al del Niño Jesús, que bajó arreglándose la sotana, porque esa noche había pernoctado en el convento para cuidar á las madres.

—¡Mi confesor! exclamó asustada Susana.

Acercóse el fraile, y, lleno de ira, dijo á Rafael:

—¿Quién es usted?

—El vengador de Susana, contestó el estudiante,

y le largó tan terrible bofetada, que lo estrelló contra las baldosas.

—¡Hereje! ¡Hereje! gritaban las monjas.

El fraile se levantó como pudo, quiso arrojarse sobre el estudiante, que de una soberbia patada en el estómago, hizo caer de espaldas al fraile.

—¿Dónde, decía la abadesa, dónde le ha pegado la patada ese sátrapa? ¡Si lo habrá lastimado!

El estudiante se arrojó sobre el fraile y á patadas y á trompones lo puso como un Cristo.

El fraile, todo magullado, pedía socorro, y las criadas llamaron á los gendarmes,

Entretanto, Pepino le dijo á Susana:

—¡Vámonos!

Y salieron del conventículo, mientras la comunidad sólo se ocupaba de la zurribamba que le daban al fraile.

Llegó la policía y se llevó al estudiante seguido del clérigo que, con un chichón en el ojo izquierdo y los labios como belfos de caballo, lo injuriaba llamándolo sacrílego, impío, liberal y masón.

Las monjas se quedaron riendo, pero luego que notaron la desaparición de Susana, dieron parte al Arzobispado.

El Dean recibió el parte y murmuró:

—¡La cosa se pone color de hormiga......!

Llegaron á la Comisaría entre un tumulto de gente.

—¿Qué pasa? dijo el comisario.

—Nada, contestó el estudiante, que entré al conventículo, que está prohibido por la ley, que hablé con mi novia, y este señor fraile, que es el confesor, me quiso pegar y le reventé de una trompiza.

—Señor Comisario—dijo el fraile—el señor miente; no hay conventículo, es una casa particular, un especie de hotel donde viven varias señoras pobres y donde estaba depositada una niña......

—Una niña que usted enamora, fraile malvado.

—Esa es otra calumnia; yo le estoy enseñando...... enseñando el camino del cielo para que sea una...... una bienaventurada.

—Usted es un pícaro, seductor, hipócrita.

—Y usted un hereje. El señor Comisario es católico y me hará cumplida justicia.

—¡Silencio, señores! Que reconozcan al padre por si tiene lesiones.

—Nada más—dijo el estudiante—le ha crecido la boca y el ojo izquierdo.

—Y lo que no enseño, que es el estómago, donde el señor me confirió una patada.

Los estudiantes de medicina que estaban en la Comisaría, se llevaron al fraile para reconocerlo y le tiraron del ojo y le jalaron la boca y lo aporrearon á todo sabor y declararon que no era nada.

El Comisario le dijo al estudiante:

—Se le amonesta á usted para que no vuelva á

mezclarse con el señor ni á conferirle, como él dice, más patadas; y á usted también se le amonesta para que no injurie al señor, y váyanse ustedes.

—Pero esto es inicuo, yo acuso al señor de sacrilegio.

—Caballero—dijo el Comisario—yo no conozco más que ciudadanos, para mí no hay frailes.

—Pues los hay, y yo soy un ejemplo.

—Los habrá—contestó el Comisario—pero yo no los considero así ni puedo en uso de mis atribuciones.

—Pues yo publicaré un artículo en «El Tiempo» y veremos si hubo sacrilegio.

—Haga usted lo que quiera y ya se me está usted largando porque yo tengo ocupaciones.

—Señor Comisario, ese estudiante me está haciendo señas ofensivas.

—No es cierto, señor, me estaba riendo y me tapaba la boca.

—Vámonos; veo que aquí perece la religión—gritó el fráile—se necesita urgentemente el Santo Oficio.

La multitud le dió una silba y salió echando chispas de la Comisaría.

V

Cuando salió Rafael ya lo esperaba su amigo Pepino.

—Hemos triunfado, amigo mio.

—Y ¿en qué consiste el triunfo?

—En que ya tenemos á Susana.

—¡A Susana!—exclamó Rafael—y dió un fuerte abrazo á su amigo.

—Nos aprovechamos del tumulto y la he llevado á la casa de mi lavandera, donde te aguarda.

—Vamos, todavía tengo treinta y cinco del águila.

—Sí, sí, con dinero todo se gana, hasta el cielo.

—Lo que siento es que ya no puedo presentarte en casa de mi tio porque ya ha de saber todo.

—No importa, tú encontrarás modo de ayudarme.

Los dos carboneros se dirigieron á la casa donde Susana, llena de impaciencia, lo esperaba.

——✱——

CAPITULO V.

LA CANTAMISA.

I

La casa de la viuda de Iza, situada en el gran paseo de la Reforma, era una de las más bellas de la Capital.

Una suntuosa fachada de chiluca, al estilo inglés, escaleras de mármol, estatuas artísticas, colocadas en un jardín espléndido sembrado de flores exquisitas y de árboles preciosos. Enredaderas de bugambilias formando mantos, violetas sobre las verjas y altos y bajos, salones suntuosos con todo el atrezzo europeo.

Se oían piafar á los caballos frisones uncidos á magníficos carrujes; y lacayos y aurigas vestidos elegantemente, con sus levitas verdes con boton dorado, pantalón colan y botes de charol y cucardas azules en los sombreros negros, inundaban el patio y el resto de la servidumbre los corredores y los salones.

El laurel y la rosa enlazados serpenteaban por las

columnas del pórtico y de los patios; todo estaba adornado profusamente de flores.

En el comedor había un servicio de cien cubiertos y en la ancha mesa lucía la plata, el cristal y el cristof, reflejando en una vajilla de Viena, espléndida y artística.

Todo anunciaba una gran solemnidad en la casa.

La viuda de Iza, seguida de una corte de clérigos afanosos y avarientos bajó la escalera, ostentando un traje negro salpicado de abalorios, una rica mantilla con encajes y blondas de Bruselas y sobre el pecho un prendedor de brillantes como luceros del amanecer.

Llevaba unas espléndidas dormilonas y un libro de misa y un rosario, regalo del Santo Padre.

Entró en un carruaje acompañada de dos clérigos y se dirigió al templo de Santo Domingo.

Ese templo es un recuerdo feudal, conserva toda la majestad de los monumentos de la Edad Media.

Todos los templos de México han tomado una síntesis moderna, excepto Santo Domingo, con sus altas columnas, sus santos escultóricos en las repisas, sus altares severos, sus bóvedas magníficas, recordando á la iglesia católica de otros días, y que ya va desapareciendo de la historia.

El templo estaba de gala, las columnas cubiertas de rojo y oro, el presbiterio con sillones de gran lujo y el altar profusamente iluminado. El ajuar todo de oro para el servicio de la misa.

Un reclinatorio de ébano con cojines de terciopelo y razo, estaba preparado para la viuda, que iba á

presenciar la primera misa en que iba á oficiar su hijo Antonio de Iza, que había recibido las órdenes sacerdotales.

Los manteles del altar, de encajes finísimos y el copón de oro y brillantes, eran regalo de la viuda.

Todo aquel aparato era suntuoso y espléndido.

II

El padre Jerónimo, embutido en un confesionario, observaba todo sin perder un solo incidente; era demasiado jesuita para haberse ostentado en la ceremonia.

No cesaba de ver la puerta de entrada; seguramente esperaba algo, porque estaba impaciente.

Se habian acercado algunas devotas al confesionario y las habia despedido con cajas destempladas.

Sacaba con frecuencia su caja de oro y absorbía á puños el polvo que caía sobre el delantero de la sotana.

—¡Pero esta mujer ó demonio no parece!—exclamó rascándose la cabeza con las dos manos.

Sospechamos que se trataba de Angélica; veamos lo que habia pasado con la joven.

Como se le habia anunciado, á las siete de la mañana salió del curato acompañada de Ursula y dos

agentes secretos insospechables, y se dirigió á la estación por donde pasaba el tren con dirección á la capital.

Allí estaba un joven con su saco de viaje. Su aspecto era elegante y en su mirada se veía todo el fuego de esa juventud inquieta y loca.

Luego que vió á Angélica, se sonrió imperceptiblemente.

La joven lo saludó con una inclinación de cabeza, que sólo el joven pudo percibir.

Oyose el silbar de la locomotora que se acercaba bufando, y hubo un movimiento entre todos los pasajeros que esperaban su arribo.

Los terribles frenos crujieron y el tren se detuvo.

Se agolpó la gente y el joven se acercó á donde estaba Angélica y su compañera.

—Señoras—dijo—¿me permiten ustedes acompañarlas al trén, porque la gente se está apoderando de los mejores asientos?

—¿Qué dice usted, Ursula?—preguntó Angélica.

—Lo que usted mande, señorita.

—Pues aceptamos la ayuda de usted, caballero, y le damos las gracias.

—Tómense ustedes de mi brazo.

Ursula y la joven se tomaron de los brazos del estudiante y entraron en el wagon de primera.

El estudiante las coloca perfectamente y pagó los pasajes.

Se sentó junto á Ursula, se oyeron tres silbidos de máquina y el tren se puso en movimiento.

—Ya tengo estudiante en campaña—dijo Ursula al oído de Angélica.

La joven se sonrió.

A los pocos momentos el estudiante se fastidió del silencio y quebró el hielo:

—Hermoso camino—dijo—y más en compañía de ustedes.

—Gracias, caballero—dijo Ursula con coquetería.

—El tiempo es hermoso—continuó el estudiante—pero sentiré llegar á México, porque abandono la compañía más hermosa que he tenido en mi vida.

Ursula dió con el codo á Angélica.

—Yo—dijo el estudiante—doy por terminadas mis vacaciones y vuelvo á la Preparatoria, á esa jaula de pájaros, que es mi vida, y á la que voy á dejar para irme á Medicina. Cuento con ustedes para curarlas, soy atrevido, y me propongo hacer operaciones magníficas á todo riesgo.

Angélica comprendió al estudiante.

—Gracias, gracias, yo no me pondría en manos de usted, dijo Ursula.

—Pero yo lo tomaría como á mi doctor, me gusta la ciencia atrevida.

—Gracias, señorita, ya he hecho mis ensayos en el hospital del pueblo, sé descubrir las enfermedades, pero soy muy afecto al bisturí, me agrada cortar por lo sano y amputaría hasta las cabezas.

—¡Jesús! ¡María! dijo Ursula, eso es un combate, no una curación.

—Señora, las amputaciones son magistrales, heroicas.

—Cuando se las hacen á otros.

—Precisamente, así quiero tratar á los otros. Vea usted, á mí me parece un enemigo el enfermo que está armado con sus dolencias, y trato de desarmarlo, y lo combato y lo aniquilo, y triunfo, ¿no es verdad?

—Por lo menos se intenta, dijo Angélica.

—Y se realiza, señorita, contestó el estudiante.

La conversación tomaba un giro peligroso y Angélica desvió intencionalmente á su compañero.

—Hermoso campo, y allá en el fondo la ciudad; vean ustedes: vean la Catedral con sus torres gigantes y sus cúpulas, ¡y las otras torres con sus agujas y sus palacios amontonados, y todo rodeado de árboles.

—Sí, sí, dijo el estudiante, y el castillo de Chapultepec como una paloma sobre una roca.

—¡Y allá los volcanes con sus cimas de nieve, sobre el fondo del cielo, dijo Angélica, y qué ciudad tan hermosa!

—Sí, con dinero, respondió el estudiante, porque allí la pobreza no es como en los pueblos; allí las privaciones son insoportables.

—¡Ya lo creo, dijo Ursula, la pobreza en todas partes es horrible.

—A propósito de pobreza: mi padre me regaló un c[illegible]ño espléndido de cinco ceros y ya la garganta la tenemos seca.

Destapó la botella y en un basito sirvió á las señoras.

—Usted, señorita Ursula, va á repetir, ¿no es verdad?

—Con mucho gusto, y la vieja se tomó el baso.

—No está malo, observó el estudiante.

—Ya lo creo, dijo Ursula.

—¡Pues otro al galillo, exclamó el estudiante, y usted no me desoirá.

Ursula volvió á beber y se le despertó el buen humor y comenzó á coquetear de lo lindo con el estudiante.

—Por nuestra amistad, señora.

—Sea por nuestra amistad, y bebió otro baso.

El estudiante la camelaba y la hacía beber, hasta que el infernal coñac comenzó á hacer su efecto, y la vieja entró en el sopor del sueño.

—Esto era, señorita, lo que yo quería, dijo el estudiante, poder hablar con usted.

—Aprovechemos los instantes, dijo Angélica.

—Yo he sido un infame, prosiguió el estudiante, pero me presté á lo que creía una aventura; pero hoy descubro que es una intriga grosera.

—Cuénteme usted, dijo Angélica.

—Es muy sencillo: el cura de mi pueblo me dijo que su padre de usted la tiranizaba y le impedía su enlace; que era necesario substraerla á su poder, y que el casamiento se efectuara en la próxima parroquia; pero que como usted no consintiera por temor á su padre, era necesario robarla, y que después lo agradecería.

—¡Que infamia!—murmuró Angélica.

—Me disfracé de bandido y usted sabe lo demás.

—Sí, comprendí que usted era una persona decente, un caballero.

—Y lo probaré señorita, porque estoy dispuesto á sacrificarme si es preciso por salvar á usted.

—Bien, acepto, sígame usted y veremos á donde van los sucesos.

—¿Es usted mi amiga, señorita?

—Sí, su amiga hasta la muerte.

El estudiante oprimió la mano que le tendió la joven y la besó respetuosamente.

III

Llegó el tren y ya en la estación esperaba un coche con dos monjas.

—Hermanita—dijo una,—ya esperábamos á usted.

—Vamos,—contestó Angélica, y se entró en el carruaje con Ursula.

La vieja conocía perfectamente á las monjas.

—¿Qué tal ha ido de viaje?

—Muy bien—respondió Ursula,—nos ha divertido mucho el estudiante novio de la hermana Susana.

Esta mujer es el demonio, pensó Angélica.

—Figúrese usted madrecita si no conoceré á ese bribón.

—Ya lo arreglaremos—contestó la monja,—por ahora Susana no saca ni las narices.

—Es muy atrevido.

—A puerta cerrada el diablo huye.

—Pero este diablo es de los que se quedan esperando.

—Ya veremos—contestó la monja,—¿y la hermanita no ha tenido novedad?

—Ninguna,—contestó la joven.

—¿Viene usted con su entera voluntal al convento?

—Sí señora, con entera voluntad,—contestó Angélica.

—Pues Dios le abre las puertas á las almas puras y las prepara para ir á gozar de su santo reino.

—Así lo espero de sus bondades, Dios no se queda con nada.

—Con nada hermanita, hasta la risa se paga.

—Los grandes crímenes con más razón.

—Esa es puya, pensó la monja.

IV

Llegaron á una casa en apariencia humilde, pero luego que hubieron entrado, Angélica se encontró en un vasto edificio, de gran patio y amplios corredores, sumamente limpios.

Los corredores en todo lo largo, tenían celdas muy cómodas y bien ventiladas.

Una de las monjas le dijo á Angélica, hermanita este es vuestro aposento, por orden superior aquí se os servirá de comer y estais dispensada de asistir á todos nuestros oficios de oración, tal vez se os permita salir á la calle en compañía de una hermana ó de Doña Ursula, que es sirvienta del convento.

—Muy bien señora.

Angélica tomó posesión de la celda que era aseada, cómoda y bien dispuesta.

La monja se retiró diciendo, que sólo estaba prohibido la comunicación con las demás, mientras no se ordenara otra cosa.

Llegó la nóche y ya Angélica empezaba á inquietarse por su suerte.

¿Se quedaría para siempre en aquel claustro? ¿Qué había pasado con Antonio? ¿Qué haría su padre? ¿Qué se pensaba hacer con ella? ¿Continuaría á merced de sus enemigos?......

La madre habia dicho que acaso se le permitiría salir á la calle, tal vez en el trayecto encontraría á alguna persona conocida, acaso podría implorar el aúxilio de la autoridad.

Todas eran esperanzas é ilusiones, la única verdad era el presente oscuro y ocultando su designios.

Esperar era lo único, y la joven se revistió de una paciencia á toda prueba.

Estaba abismada en sus pensamientos, cuando llamaron recatadamente á la puerta.

Angélica abrió y penetró una niña con los arreos de monja.

—Señorita, dijo, perdone usted si la interrumpo, pero supongo que ha venido usted contra su voluntad y en mal hora á esta maldita casa.

La joven era una morena bellísima, con una mirada centelleante y una boca atrevida.

—Ya lo sospechaba, contestó la morena, aquí no han cesado los peligros, este es un infierno bajo la apariencia de santidad.

La joven sonrió.

La morena continuó:

—A mí me han traído aquí quitándome de mi familia, donde recibía á mi novio, á Rafael, que es estudiante, y que ahora se encuentra en vacaciones en su pueblo, sin sospechar nada.

—Ya lo conozco, dijo Angélica, ha venido en el tren conmigo.

—¡Dios mío, qué felicidad! exclamó la monja.

—Sí, es mi amigo, y nos vendrá á buscar; yo le diré que está usted aquí.

—Gracias, señorita, dijo la morena, y en un arrebato de gratitud besó las mejillas de la joven.

—Pero ¿cómo ha venido usted aquí? preguntó Angélica.

—Esa es una historia: mi confesor, porque se han empeñado e. que lo tenga, me ha requerido de amores en el confesonario, es joven y guapo, pero yo lo detesto, no amo más que á Rafael.

—Bien, muy bien.

—Ese hombre es mi sombra, á todas horas, valido de su investidura sacerdotal, me persigue, ha llegado hasta amenazarme.

—Quéjese usted con la superiora.

—Yo no sé qué habrá pasado con ella, que cuando le revelé lo que pasaba, se puso furiosa y me ha tomado un odio espantoso.

—Pues avise usted á las otras superioras.

—Todas lo apoyan, les hace gracia, y me dicen que todo lo lleve con paciencia y para mayor gloria de Dios.

—¡Qué horror!

—¡Ah! si viera usted lo que pasó con Sor Brígida, se enamoró del confesor, se la sacó de aquí, y no sabemos más que él la tiene y es muy desgraciada.

—¿Pero esos crímenes no se castigan?

—No, por el contrario, todos los solapan y los disimulan, estamos enteramente perdidas.

—Es necesario tener resolución.

—En cuanto pueda ver á Rafael, le cuento todo, y mata á este maldecido clérigo que me persigue.

—Y hará bien, dijo Angélica.

—Señorita, unámonos contra todos estos hipócritas y quitémosles las caretas, son unos infames que quieren tener aquí un serrallo.

—Cuente usted conmigo, pero en mucho secreto.

—En mucho, porque aquí todo se descubre, todo

se sospecha, todo se cuenta, usted no sabe de lo que son capaces.

—Ya lo voy comprendiendo.

—No tenga usted confesor, ó engáñelo usted en el confesonario, que es lo m jor, porque si usted es sincera, está perdida, aquí nadie dice la verdad, sino lo que le conviene, siga usted esa táctica, porque la inocencia no sirve sino para entregarse á esos beduinos.

—Perfectamente, así lo haré.

—Ni en el confesonario diga usted la verdad.

—No, ni en el confesionario—contestó Angélica.

—Nos veremos todos los dias y yo le contaré lo que pasa en el convento.

—Muy bien, cuente usted conmigo.

—Adiós, porque ya me estarán buscando estos argos.

—Adiós.

—Me llamo Susana.

—Adiós, Susana—contestó la joven.

V

Desde aquella noche, Susana visitaba á Angélica y le contaba toda la chismería del conventículo, todos los horrores que pasaban en aquella casa de santidad.

Una mañana se presentó Ursula y dijo á Angélica:

—Señorita, merced á súplicas y ruegos, nos permiten salir á la calle. Asistiremos á una ceremonia que usted no ha visto: á la primera misa que va á decir un sacerdote nuevo.

—Efectivamente, no he visto nada.

—Es una fiesta preciosa á la que vamos á asistir en Santo Domingo.

—Iremos, tengo ganas de ver la ciudad.

—Iremos primero en coche y pasaremos por Plateros: aquello es magnífico. ¡Qué tiendas, que alhajas; la Esmeralda es un portento y la casa de Diener; si hasta desvanece el brillo de los diamantes...... ¡Qué telas, qué tapices, qué alfombras, qué todo, Srita. Angélica; se va usted á quedar admirada.

—Pues, vamos.

Bajaron la escalera y ya encontraron un elegante carruaje.

—Por la Avenida Juárez—gritó Ursula al cochero.—Y el coche desfiló todas las calles de San Francisco y Plateros.

El carruaje iba muy espacio y Angélica se sorprendía de todo; era un mundo que se revelaba, un mundo de elegancia y de buen gusto. Todo lo quería, todo ambicionaba; le parecía poco su gran capital para llenar sus ambiciones.

Dieron las diez en el reloj de Catedral.

—Ya es hora—dijo Ursula.—Y asomándose por la portezuela, dijo al cochero: «A Santo Domingo.»

Los caballos corrieron á escape y se detuvieron en el atrio.

Angélica y Ursula entraron en el templo, que ya estaba lleno de gente.

Ursula se entró seguida de la joven hasta las escalinatas del presbiterio.

El jesuita conoció á Angélica á pesar del velo espeso que le cubría el rostro.

Ocultose en el fondo del confesionario, y dijo: «O hay un escándalo ó redondeo este negocio, es necesario afrontar todas las contingencias.»

Angélica vió á la señora viuda de Iza, pero no la conocía. Admiró la elegancia aristocrática de la señora y esperó arrodillada la ceremonia.

Cesó la campana de llamar á la misa.

Comenzó la ceremonia sagrada al son de una grande orquesta y salieron por la puerta derecha del presbiterio, dos caballeros, en seguida dos clérigos; los cuatro eran los padrinos de la ceremonia.

En seguida apareció el clérigo que entraba en el magisterio, revestido lujosamente.

Angélica se estremeció

El jesuita, desde el confesionario, no la perdía de vista.

El sacerdote era Antonio, que pálido y conmovido, llegó al altar del sacrificio.

—¡Pero no es posible!—murmuraba Angélica.

Antonio llegó hasta el altar, los padrinos seglares se retiraron á un lado, y los dos clérigos abrie-

ron el Misal y comenzarón á indicarle todo lo que debia hecer.

Cuande llegaron al lavatorio, lcs padrinos seglares le presentaron una gran bandeja de plata con incrustaciones de oro y una jarra.

Lavose las manos y continuó la ceremonia.

Angélica estaba anonadada, no sabia qué hacer ni qué pensar. Atónita, casi cataléptica, veia todo aquello sin comprender nada.

Lo que sí percibía, era que la misma mano que la había robado y puesto en el conventículo, era la que la habia llevado al templo para presenciar el desengaño más espantoso.

Doblose como un lirio azotado por el viento, inclinó la cabéza y comenzó á llorar amargamente.

Concluyó la ceremonia, los padrinos se arrodillaron para besar la mano del sacerdote y éste se acercó á la Señora, se hincó á su vez y besó las manos de la madre; aquel espectáculo fué conmovedor.

En seguida se acercó á la balaustrada y tendió sus manos según el ritual.

Entonces los devotos, las beatas, los rezanderos y todo la gente, se agolpó para tener el gusto de besar las manos que por primera vez habían llevado la hostia consagrada.

Angélica se sintió estropeada por aquella multitud y volvió en sí; recobró su ser orgulloso y se acercó.

Se tiró el velo á la cabeza y se encaró con Antonio.

El jesuita se santiguó; veía venir el escándalo.

Antonio levantó los ojos, vió á Angélica y retrocedió espantado.

Entonces Angélica se postró, le tomó la mano, la acercó á sus labios y, en un arranque de ira incontenible, le clavó los dientes con tal fuerza, que la sangre brotó manchando los encajes.

Antonio sufrió sereno aquella mordida, como si ya la esperase.

Angélica se puso el velò á la cara, y seguida de Ursula que estaba asustada, atravesó entre la multitud, se entró en el carruaje y siguió camino del convento.

El jesuita soltó una carcajada que se perdió entre los últimos sonidos del órgano.

CAPITULO VI.

SOR BRÍGIDA.

I

Era una niña de faz pálida, rubia, su cabello se deshacía en hebras de oro sobre su apolínica cabeza, sus celestes pupilas que se desvanecían como en un éxtasis y sus labios entreabiertos manaban esencia. Delgada, esbelta, vaporosa con toda la poesía de Margarita en la imaginación abrillantada de Goett.

Había quedado huérfana de madre y su padre se había casado en segundas nupcias con una mujer devota, de esas almas ignorantes, llenas de escrúpulos, y pamplinas, adoradora de los frailes y supersticiosa en extremo.

Metida en la iglesia todo el día, oyendo misas, confesándose y dando cuanto tenía para la iglesia.

Sólo estaba contenta en la tertulia de las sacristías después de las misas, en que se sirve el chocolate á los frailes y les dan sopitas á las beatas.

Allí se lleva la crónica escandalosa, se cuentan todas las historias del prójimo, no se deja concepto

en pie y las lenguas todas son dardos emponzoñados.

La devota estaba enamorada moralmente de todos los clérigos que asistían á la parroquia, sobre todo, de los predicadores á quienes siguen un turbión de santurronas y de beatas y los acosan á obsequios y los llenan de regalos, por ostentar amistad.

Por una sonrisa del fraile al salir á decir misa ó subir al púlpito, darían hasta la vida.

Doña Petra que así se llamaba la devota, le profesaba un odio cordial á Brígida su entenada.

La belleza de la joven la exasperaba, sentía celos; porque aquella niña era el trasunto de un ángel.

A veces la llevaba á misa, los frailes se agolpaban á bendecirla y pasar sus manos brutales por el rostro de aquella niña.

La devota se ponía furiosa y la maltrataba.

Su padre que también era devoto y fanático, quería á todo trance dedicarla á la iglesia.

Allí estaba para él la salvación eterna.

Tras de las rejas no había pecados, el claustro con sus terribles verjas, era una jaula colgada del cielo.

De allí al infinito con sus alas y sus estrellas no había más que un paso; la tierra era un foco inmundo, donde el alma se enlodaba las alas, era preciso subir, subir, volar, salir de la atmósfera infecta y descansar en el seno de Dios.

Era rico y pagaba diezmos y primicias, creía que

no hacerlo era un fraude á la iglesia, un robo á Dios.

Los bienes son todos de la Providencia, ella los ha repartido entre los hombres y los hombres deben guardarlos para ella, árbitro de los destinos humanos.

¿Se lleva algo el hombre al sepulcro?

No, todo lo deja al separarse de la tierra, es necesario que todo vuelva á las manos de Dios y á sus representantes en el mundo, ellos son los administradores legítimos, Dios los juzgará, á nosotros los mundanos sólo nos toca ver, oir y callar.

—Desgraciado del que pronuncie una palabra sin que exhale una queja, para ese, la condenación eterna.

Así discurría el devoto padre de Brígida, aquella casa era un convento.

Se rezaba mucho, la servidumbre se aburría grandemente.

En cuaresma se ayunaba los cuarenta días y todos tenían hambre, que satisfacían escondidas de los señores.

Los señores, á su vez, hacían la colación de la noche con buen vino y bizcochos, se contentaban con las apariencias.

La casa estaba poblada de imágenes, esculturas y lienzos y había montones de novenas para todos los santos.

En los balcones no faltaban las palmas para escapar de los rayos.

Las fuentecillas de las recámaras tenian agua

bendita para librar de las tentaciones y en las puertas pegadas estampas de santos y hasta en la cocina un San Pascual Bailón para que fuesen buenos los manjares.

Las tavisis eran por las tardes de sacerdotes, que tomaban el buen maracaibo y se rellenaban de dulces; porque los frailes son en extremo glotones.

Se hablaba de todo, sobre todo de la vida del próximo, todo mezclado con ejemplos sagrados y textos de la escritura.

El clero tenía dominada á la familia.

Un día se sorprendió una carta de amores dirigida á Brigida, se leyó en la tertulia, se estudiaron las palabras y se declaró herética, porque el enamorado decía que amaba á Brígida como á Dios.

Eso fué el escándalo, comparar el amor del Sér Supremo con el amor impuro de la tierra!

Se decidió evitar el contacto con el doncel, perseguirlo, anonadarlo si era preciso.

El novio era un estudiante, su nombre era diabólico, se llamaba ó le decían Pepín.

Ese no era nombre de santo, no debía estar bautizado, ese nombre salía del infierno, Pepín!

II

Pepín estaba apasionado de la niña y ella lo amaba tiernamente, era su primera ilusión, cuando

el alma despierta de su primer letargo y siente sobre sus alas las primeras brisas del mundo.

Brigida era ardiente, apasionada, parecía que aquel organismo débil, tomaba una gran consistencia, que se salia de su órbita para entrar en las es feras de la pasión.

Veia con horror aquella existencia mistica y desesperante, aborrecía aquel silencio y aquellos rezos continuos, la compañía de los clérigos y sus conversaciones le eran repugnantes, amaba al estudiante y nada más.

En la tertulia beatífica se encontraba el Padre Jerónimo, que era su confesor.

El clérigo concibió por ella una pasión desastrosa, estaba en la plenitud de la edad.

Aquella barrera que lo separaba de la joven, parecía inquebrantable y esta era su desesperación.

Amaba y su labio estaba mudo, tenia que ponerse las manos sobre el corazón.

Sufria los horrores de los votos sagrados.

Era jesuita, es decir, tenia una censura más, un tribunal más severo, si descubrian sus intentos lo esconderían en el último rincón del mundo, porque la Compañia de Jesús es inexorable, para no perder su poder sobre los hombres.

Jesuita quiere decir sacrificio para las miras de la Compañía.

A pesar de todo, aquel miserable continuaba urdiendo proyectos para conseguir sus miras.

Se hizo nombrar confesor de la niña, y en aquel

que debia ser el sagrario del secreto; donde el fanatismo estúpido va á depositar las fases de la conciencia y á la confesión de los errores humanos, el jesuita lo convirtió en una trampa no para cazar lobos, sino una oveja infortunada.

Emprendió la seducción de la manera más incidiosa y criminal; porque el alma de aquella niña era pura como el agua cristalina que baja de los hielos de los volcanes.

Comenzó á despertar sentimientos no conocidos que duermen en el fondo del organismo; á hacer revelaciones espantosas, á provocar latidos en el corazón sosegado como una paloma, á entrar en ese mundo oscuro donde flotan como aves de rapiña las pasiones desesperadas á convertir en bestia el criterio humano.

Aquel malvado se complacía en poner á fuego lento á aquella alma hasta que gritara, quemada en el ardor sensual de los arrebatos de la carne.

Iva perdiendo aquella alma su fuerza entre los horizontes oscuros de la degradación; bajaba al negro abismo de lo desconocido, se retorcía entre el tormento de lo insaciable, veía los fantasmas agruparse en torno de su cabeza, agitando sus teas de fuego, las grandes alucinaciones del espíritu, el caos, el abismo, la eterna noche del cerebro.

Inconciente, soñadora, preocupada, llegaba como una sonámbula al borde del precipicio; sus instintos virtuosos la detenían, pero el demonio humano la empujaba y al fin caería dando de alaridos, sin detenerse.

Quiso huir y llamó al hombre á quien amaba.

—Sácame de aquí, le dijo, porque me siento morir.

—Soy pobre, contestó el estudiante vertiendo lágrimas á raudales.

—Prefiero la miseria, sálvame.

—Soy impotente, á los pocos pasos caerías en poder de nuestros enemigos y yo me moriría de pesar.

—Es que no me amas.

—Te idolatro y espero un momento favorable, un dia en que pueda imponerme, sacarte de aquí y hacerte mi esposa.

—Sí, pronto, pronto—exclamaba la niña—porque si tú no me amparas estoy perdida para siempre.

—Me asusta, Brígida—dijo pálido el estudiante.

—Yo no sé lo que pasa, pero lo presiento, el instinto me avisa el peligro; tengo miedo, toca mis manos, están frías, llega á mi corazón y está paralizado de espanto; ven, ven, no me abandones.

—Habla, Brígida, tú deliras.

—No, no es delirio, es la verdad; toca el sudor de mi frente.

Está loca—dijo el estudiante.

—¡Oh, si vieras mis noches!—dijo Brígida—son horribles; me revuelco en el lecho como una febricitante, el delirio viene á mi pensamiento, me macero las carnes, y el espíritu que han arrojado dentro de mí me subyuga, me tortura me enloquece!

Quedóse un momento en silencio, y luego continuó:

—Ese hombre me ha envenenado, lo aborrezco, y me atrae con su mirada, me magnetiza con su aliento.

—¿Pero qué hombre es ese? gritó el estudiante.

—Si tú vieras, continuó Brígida, sin haber oído la pregunta del joven, qué horas las del confesonario; nos divide una lámina perforada, y después de una hora, aquella lámina está candente, su aliento sopla de fuego y abrasa mi rostro: sus palabras me estremecen y me anonadan, me siento vencida.

—Brígida, gritó el estudiante, el nombre, el nombre de ese miserable para matarlo.

—Tengo miedo de que te asesinen: esos hombres van con el crimen y la perversidad.

—¡Su nombre, por compasión!

—Pues bien, es mi confesor, el padre Jerónimo.

—Lo mataré, exclamó el joven.

—Yo huiré de él, te lo juro, le detesto, es una serpiente que se enrosca á mi cuerpo: ¡lo maldigo!

—Brígida, yo te libraré de él.

—Vete y cumple tu promesa.

—¡Lo juro!

El estudiante se resolvió á matar al clérigo, se armó de un puñal y buscó el momento.

III

Al siguiente día se entró en la sacristía; percibió al padre Jerónimo y se arrojó sobre él asestándole una puñalada en el corazón.

El estudiante sintió resistencia y que la hoja de la daga se deslizaba como sobre acero.

—¡Alto ahí! dijo el jesuita, ya esperaba esta agresión y venía prevenido. Soy invulnerable.

El estudiante quedó como petrificado.

—Vamos, joven, yo no quiero perder á usted, dijo el jesuita, tenemos que hablar.

El estudiante siguió al clérigo que subió á las piezas altas del curato.

—Siéntese usted, caballero, le dijo, oígame con atención.

Pepino guardó silencio.

—Quiso usted asesinarme, el golpe iba bien dirigido, pero estoy blindado.

El estudiante estaba desmoralizado.

—Podía enviar á usted á presidio ó encerrarlo en la Penitenciaría, pero prefiero tenerlo como amigo.

—No comprendo á usted.

—Pues bien, no se me ocultan sus relaciones con Brígida, soy su confesor.

El estudiante se estremeció.

—Sé que lo ama á usted, y acaso esto la trastorna.

—Es verdad, dijo el estudiante.

—¡Ya es mío! murmuró el Jesuita.

Y luego prosiguió en voz alta:

—Me parece que está histérica, tiene arranques de demencia, usted seguramente que ha hablado con ella, y no extraño la actitud de usted para conmigo, pero voy á darle una prueba que quitará todas las sospechas.

—No comprendo.

—¿Quiere usted casarse con ella?

—Soy pobre, no puedo, contestó el estudiante.

—Yo lo tomo á usted bajo mi protección, soy rico y lo haré á usted feliz.

—Caballero, soy un hombre delicado.

—Sí; pero pobre y la vida para ser feliz, necesita oro, mucho oro y usted lo tendrá.

Por instinto y sin darse cuenta, el estudiante midió el peligro y lo hondo de aquel abismo, creyó que había pasado algo infame y que se trataba de cubrir un honor mancillado; pero tuvo la entereza de callarse.

—Lo pensaré—dijo el estudiante.

—Hay cosas que se resuelven desde luego,—observó el jesuita.

Entonces se operó un fenómeno el alma del joven y con una entereza de inspiración, dijo al clérigo, tomándolo por el brazo.

—Esa mujer ya es imposible para mí, le ha prostituido usted el corazón, ya no es la de ayer, la en-

cuentro transformada, no sé qué espíritu le han impreso las palabras envenenadas que ha deslizado usted en sus oídos en el confesonario.

—¿Yo, yo?—decía azorado el jesuita.

—Sí, usted ha llenado de cieno ese corazón vírgen é inmaculado, usted ha corrompido esa alma celeste, descubriéndole los espantosos misterios de la sensualidad y el vicio, esa mujer no sirve sino para usted.

—¡Calumnias y calumnias!—gritó el clérigo.

—A eso apelan ustedes para ocultar sus crímenes, contando con una sociedad, que afortunadamente se va desfanatizando; porque ustedes se cubren con el manto de la religión que profanan, y que todos los que creen, prefieren callarse y que ustedes se queden impunes á que se descubra la verdad que provocara un escándalo; pero la sociedad ya los conoce, pueden engañar á la estupidez, á ese sentimiento religioso que la costumbre ha arrojado en esos cerebros empedernidos, pero la juventud que crece ya no cree en vosotros, os odia, os detesta como á los verdugos y corruptores de una época, que pasa lentamente; pero que pasa dejando por huella una historia de crímenes y fango.

—Está usted loco caballero, la sociedad no puede vivir sin nosotros, no puede marchar sin dirección religiosa ó apostólica.

—Puede que sea verdad; pero lo es más, el que ustedes no son esos apóstoles, para eso se necesita la virtud y el sacrificio y ustedes ni tienen esa vir-

tud ni son capaces de sacrificio. Siempre á la cabecera de los ricos, nunca junto al lecho de los desventurados, allí donde no hay que cosechar, ustedes no se aparecen, son las aves de rapiña que baten las alas donde hay que roer.

—¡Pero todo eso es inicuo!

—Sí, muy inicuo y terminemos, ni me seducen las promesas de usted ni amo á esa mujer, desde hoy la borro de mi memoria y de mi corazón, soñé un instante y despierto.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas del estudiante.

—Perdone usted—continuó,—si he querido matarle, mi venganza es el desprecio.

—Está usted soñando caballero, esos arranques de la juventnd los perdono, entre usted en razón y piense que yo solo aspiro á la felicidad de esa niña y á la de usted, no tengo otras miras.

—Gracias caballero, busque usted otro más á propósito yo he nacido bueno y honrado, conmigo no hablan esas intrigas, mañana seré hombre, y levantaré con orgullo mi frente y más después de esta escena. Soy pobre y estoy enamorado, dos condiciones brutales para prestarme á la seducción y no obstante la rechazo en nombre de mi sangre y de mi honor; qué vergüenza comer el pan que me arrojara una complicidad infame! Cubrir con mi nombre mi propia deshonra porque usted ha creído que yo consentiría......

—Nó, nó, gritó el clérigo, estoy muy lejos de llegar á ese terreno.

El estudiante se puso el sombrero y se marchó, dejando atónito al jesuita.

IV

En el conventículo clandestino se dispuso la profesión de Brígida.

La madrastra y el padre fueron los padrinos.

La ceremonia estuvo suntuosa, los beatos y las devotas de alta alcurnia, toda esa gente que ayuda al fanatismo y al sacrificio de la juventud irreflexiva, todo estaba allí apiñado, y fingiendo unción y soltando máximas y diciendo tonterías.

Toda esa gente que sabe bien y para quien no es un misterio las infamias del claustro, llenando á la nueva monja y á su padre y á los frailes, de felicitaciones.

Brígida parecia un arcángel, nunca habia estado más bella.

Se tendió en el féretro y el jesuita cantó el oficio de difuntos, porque aquella niña moria para el mundo.

Ni un corazón latia en favor de la juventud y de la belleza sacrificadas allí, contra los preceptos de la ley y en la obscuridad criminal del conventícu-

lo. Todos aplaudían y se regocijaban y abrazaban á los clérigos, que estaban ufanos con burlar así á las instituciones.

Cuando la joven salió del féretro, estaba intensamente pálida y con unos estremecimientos que auguraban un ataque nervioso.

Cuando se arrodilló ó más bien la arrodillaron para cortarle el cabello, luego que sintió la mano profana y el crugir de la tijera, se levantó de un salto y con las manos crispadas y el cabello en desorden, desgarró la vestidura y gritó: Basta!...... basta!...... yo rechazo estas nupcias con la muerte, no quiero ser monja!...... la soledad del claustro me espanta, estas imágenes con sus miradas vidriadas me asustan, todo esto es tristeza y desesperación!...... amo la vida, quiero vivir fuera de estas rejas frias y estos rezos sempiternos y estos cantos lúgubres y este órgano quejumbroso y doliente, no, no quiero esta tumba, ni la compañia de tanta infortunada que llora su orfandad...... tengo dieciocho años, la juventud palpita en mi corazón, atrás la hipocresia!

Toda aquella multitud estaba espantada, delante de aquella mujer que parecia una trágica diciendo un espantóso monólogo.

En el teatro hubiera arrancado un inmenso aplauso.

Presa de un ataque de histeria despedazó las velas, arrojó los candelabros por el suelo, rugió, dió espantosos alaridos y corrió á acurrucarse en un rincón de la espaciosa sala.

Quisieron algunas devotas y frailes acercarse, y entonces el jesuita se interpuso gritando:

—Yo la protejo! Dios no quiere los sacrificios que no sean voluntarios, ni los sacrificios sin la fe, como los de los cristianos que entraban en el Circo!......... Dios permite este arrepentimiento y nosotros no debemos oponérnos, rechaza el claustro, su alma quiere volar en otros espacios, no hay que detenerla, ya le hablaré más tarde sin obligarla, yo la oiré en el sagrario de la confesión, yo penetraré hasta el fondo del alma!

La joven seguia presa del ataque, daba de alaridos horribles y mostraba su blanca dentadura amenazadora.

Los concurrentes desfilaron despavoridos. .

Cuando el jesuita se encontró solo con ella, cruzó sus brazos y fijó su mirada en aquellos ojos relucientes.

La histérica se levantó del suelo y se fué acercando pausadamente como una sombra.

Cuando estuvo cerca del clérigo se arrojó sobre él, la ciñó el cuello con sus brazos y toda nerviosa y palpitante le dijo, arrojándole el aliento sobre el rostro:

—Tú, tú aqui!

—Si, murmuró el jesuita.

—Tú que has roto el velo de mi inocencia para hacerme entrar en ese mundo infame que aun no conozco; tú, si, tú que has marchitado las flores de mis ilusiones para mostrarme la sombra de los desengaños; que me has dicho que amor es menti-

ra, sueño de un día, celaje de una tarde que desaparece; tú me has envenenado el vaso de mi vida, me has dado el brevaje de la duda, me has bajadó del cielo al abismo, has hecho una mujer para tí solo!

Acercó la cara, estrechó con furia el cuello del clérigo y le dió un beso espantoso en la boca.—Soy tuya! gritó fuera de sí, ese no es el beso de Dios, es el beso del infierno!

Se oyó después una carcajada histérica, que se perdió en las sombras del convento.

CAPITULO VII.

LUZ Y SOMBRA.

I

Susana se encontró en la casa de la lavandera. Una pieza sumamente aseada, con su cama de fierro, con sábanas blancas y almohadas de encajes, sillas de bejuco, una mesa para el planchado y cromos profanos y sagrados en las paredes.

Petra le había servido una comida bien sazonada, que la niña habia devorado, porque la comida del convento la tenía enferma.

—¡Qué sabroso está todo, señora!

—Todo muy pobre, señorita, pero de muy buena voluntad.

—Gracias, estoy sumamente satisfecha; no se parece esto en nada al convento.

—Pues qué, ¿viene usted de allá?

—Sí, Petra; Rafael me ha sacado esta mañana y nos vamos á casar, porque los dos nos amamos.

—Pero si el niño es un estudiante todavía.

—No importa, yo sé ser pobre y me avengo á todo.

—Pues, solo así.

—No me gustó ser monja, se sufre mucho con las madres, todas tienen hipocondria.

La lavandera se echó á reír.

—Sí, Petra, tienen un humor infernal, y se desquitan con las niñas.

—¿Ya son viejas?

—Reviejísimas—dijo la joven—creo que tienen mil años.

—Pues á mi me han dicho que ya no hay conventos.

—No debia haberlos. Y que bien han hecho esos señores á quienes les llaman liberalescos en el convento.

—El Sr. Juárez quitó todo eso.

—Pero siempre han existido ocultamente.

—Pero ya no es lo mismo, dijo la lavandera. Yo conocí los conventos: unos edificios muy grandes, parecian pueblos, llenitos de viviendita̱s y de seldas, salones muy grandes para rezar y los del refectorio. Si hubiera usted visto, niña, los coros que daban para la iglesia, con sus rejas doradas, ¡que hermosos!

—Ya no hay rejas ni tenemos iglesias.

—Si viera usted por dentro qué tragín de criadas planchando los trajes de los sacerdotes y guardando los ornamentos y las mitras y los bonetes y las grandes cortinas para adornar el templo. En la

Semana Santa allí se hacía todo para el adorno: las aguas de colores, los miles de banderitas de oro y de plata para las naranjas; y en la Pascua se mandaban de regalo con velas que habían ardido en el monumento. Y ¡qué tocar de campanas y qué cantos tan lidos, y el órgano y la orquesta!

—Hoy no hay nada de eso.

—La madre tornera mandando los desayunos á los señores sacerdotes, y era un tragín por el torno, espantoso.

—Hoy también se desayunan los clérigos, pero no en la sacristía sino con nosotras.

—¡Oh, los predicadores! Y cómo gritaban y sudaban á mares; y luego las procesiones que salían de la iglesia después de que las monjitas vestían las imágenes y les ponían sus alhajas; todo eso era muy divertido.

—Sí, Petra, muy divertido; pero lo que no veía la gente era el sufrimiento de las monjas, que es lo único que nos ha quedado y los castigos.

—Pues qué, ¿las castigan?

—Y con mucha frecuencia y por cualquier cosa: una risa, una mirada, un andar recio; todo eso provoca horas de estar en cruz y arrodilladas, ayunos y encierros. Todo ha desaparecido menos las crueldades de esas malditas viejas. Eso sí, yo conocí á las abadesas: ¡qué caras!

—Y qué gestos y qué figuras ¡todas son inquisidoras!

—Ya lo creo, como que no tienen hijos, no saben como se trata á las criaturas.

—Son madres sin hijos; aunque aseguran algunas niñas, que han solido oír llanto de niños, pero ha de ser mentira.

—Ya lo creo, dijo la lavandera, de dónde los habian de coger.

—Es verdad, yo no he oído nada, pero lo he creido; lo aseguran tanto.

—Esos son cuentos.

—Lo único verdadero es que hay una tiranía horrible: á veces nos dejaban ensayar pastorelas y le suprimían muchas palabras como las de Bato.

—Como que hay Batos muy desvergonzados—dijo Petra—yo los he oido en el Teatro de Arsinas.

—¿Y se vestían de pastores?

—No, no lo permitían desde que una niña se presentó tan linda con ese traje, que todas se enamoraron de Bato.

—Qué tonteria; ¿y dónde conoció usted al niño Rafael?

—Yo soy huérfana. Me recogieron unas señoras ricas que me daban una vida infame; tan mala como la del convento.

—¡Pobre criatura!

—Era yo la esclava de la casa; hacia todas las faenas y me mandaban en el coche al comercio; yo era lista y las dejaba contentas. En esas idas y venidas pasaba por la esquina de San Ildefonso, donde está la Escuela Preparatoria, y daba la casualidad que me encontraba siempre á un estudiante que salía de clase con sus amigos; me hacía

señas, me seguía á todas partes y yo......... yo no podía estar sin el estudiante.

—Era el niño Rafael.

—Precisamente. Un dia me detuvo frente á un aparador de la Sorpresa á ver unas telas, y el maldito muchacho me pilló, me hizo una declaración amorosa; y como yo lo quería, tiene usted que le dí el sí.

—Bien, niña, bien.

Susana continuó:

—Desde ese dia nos vimos siempre; me llevaba flores y dulces, me mimaba mucho y lo llegué á querer con delirio.

—¿Y el convento?—preguntó la lavandera.

—Ya verá usted—contestó Susana.—Murió una de las señoras que me protegian y me llamó su confesor. Hija mia, me dije; la santa señora ha muerto, pero no se olvidó de tí en su testamento: te ha dejado cuatro mil pesos.

—¡Qué buena herencia!—exclamó Petra.

—Pero hay que cumplir con un mandato—me dijo el confesor.

—¿Cuál es ese mandato?—le pregunté.

—Pues esos cuatro mil pesos, son el dote para que entres al convento y profeses. Yo me quedé estupefacta porque el convento me repugnaba.

—¡Vaya una condición!—dijo Petra.

—Y si no entro al convento, ¿me darán ese dinero?

—De ninguna manera, entonces hereda la Mitra.

—¿Qué cosa es Mitra?—le pregunté.

—Para que no te equivoques, el dinero es para nosotros.

—¡Jesús, Jesús!—exclamó la lavandera.

—¿Y me quedo en la casa?

—No, me contestó el confesor de la señora—tie nes que buscar madre que te envuelva.

—¡Pobrecita!

—Entre la miseria y la perdición, opté por el convento, porque Rafael no podia casarse, estaba......

—Como hoy, sin un centavo; pero eso sí, pronto tendrá una buena herencia.

Brillaron de gozo los ojos de Susana.

—Pues bien, entré al convento y era de las más consideradas porque llevaba dote.

—Pues si no lo ha llevado usted, la descuartizan.

—Estuvieron á punto de hacerlo.

—¡Qué bárbaros.

—Desde entonces, he llevado la vida más penosa; no pude avisar á Rafael y me encontré aislada completamente. Sor Bárbara, á quien me entregaron, me aborrecía de muerte y se complacía en martirizarme, levantándome á media noche á rezar, privándome del desayuno, haciéndome lavar su ropa, sirviendo en el refectorio, en fin, tiranizándome de cuantas maneras podía: estaba yo desesperada. Le escribí tres veces á Rafael, y como

no tenía dinero para pagar á las criadas, como hacen otras, mis cartas cayeron todas en poder de Sor Bárbara.

—¡Ave María! dijo Petra.

—Esta mañana entraron á la casa unos carboneros; uno de ellos era Rafael y el otro su amigo Pepino, el novio de Sor Brígida, que ha desaparecido del convento; dicen que se la robó su confesor.

—¡Chúpate esa! dijo la lavandera.

—Se armó una tremolina, y mientras Rafael le vapulaba á un clérigo, yo me escapé con Pepino, que me ha traído aquí.

—¡Diablos de muchachos!

II

Ya entrada la noche, llamaron á la puerta con recato.

—¿Quién? preguntó Paula.

—Yo, Rafael, contestaron.

La lavandera abrió cautelosamente.

Entró el estudiante.

Susana se le colgó al cuello.

—¡Muchacha, que me ahorcas! déjame, y la estrechó aquella delicada cintura y la besó en la frente.

Petra se escurrió y se fué á la cocina.

—Ven acá, dijo Rafael, trayendo á la lavandera de la mano; tú eres nuestra protectora, aquí no hay nada reprobado ni malo; esta niña es sagrada para mí, y primero me doy un tiro, que tocarle una mano.

—Así me gusta, dijo Petra, y mi casa y mis pequeños recursos, son de ustedes.

—¡Qué buena es Petra! dijo enternecida Susana.

—Eso no vale nada, señorita: yo me crié en casa de Rafael, lo ví nacer, he bregado con él y siempre me ha querido, no me ha olvidado; ayer fué dia de mi santo y me trajo el pobrecito unas flores, no tendría para más.

—Pero en esas flores estaba mi vida.

—¡Adulador! dijo Petra, dándole con la mano en la mejilla.

—Siéntense, yo voy á disponer la cena; verán verán qué bien los sirvo.

—Gracias, Petra, gracias, dijeron los jóvenes, y se quedaron solos en la pieza.

—¿Qué pasa? dijo Susana con ansiedad.

—Cosas muy graves; me han acusado de rapto; esto me lo dijo un muchacho que está en la Comisaría, y nos buscan para llevarnos ante el juez.

—¡Dios mío, yo en Belem! exclamó la joven.

—No, porque yo, á quien andan siguiendo, no pondré aquí los pies hasta que se arregle el negocio.

—¿Pero cómo?

—Tengo mi plan, vas á ver qué bien salimos.

Cenó el estudiante con Susana y con Petra, menudearon los chistes y las ocurrencias, se brindó por Pepino, que había sido el héroe de la jornada, y Rafael se marchó viento en popa, enamorado como un turco de la muchacha.

III

Caminaba muy pensativo ya á gran distancia de la casa, cuando dos policías lo detuvieron.

—¿Dónde me llevan?

—A la Comisaría. Está usted acusado de rapto de menor, con fractura, disfraz, escalamiento y asalto.

—¿Y de qué más?

—De lo que haya lugar.

—Pues no han dejado lugar para nada.

—¡Caminande!

—¡Vamos!

Llegaron á la Comisaría y allí estaba el clérigo con el ojo vendado y el labio más crecido por los mojicones.

El comisario tomó un aire solemne.

—Caballero, el señor lo acusa á usted de rapto de menor.

—¿Y el señor quién es para acusarme, padre ó madre de la supuesta joven?

—No soy nada y soy todo, porque en la casa que usted violó estaba esa señorita á nuestro cuidado y usted la raptó.

—Señor comisario, usted es testigo de que estaba aquí con el señor mientras la señorita dejó el conventículo.

—No es conventículo, dijo el clérigo.

—Sí lo es, contestó el estudiante, y usted es el capellán, y acuso á mi vez al señor de violación de las Leyes de Reforma.

—Es una calumnia.

—No es calumnia; los señores tienen allí presas á multitud de niñas, y las hacen profesar por la fuerza, y seguramente eso ha motivado la fuga de la novicia que, entre paréntesis ha hecho muy bien de salvarse de ese poder brutal é impío de estos bribones.

—Se me insulta, señor comisario.

—Se le dice á usted la verdad, y que pase en el acto la policía al convento, y se verá que yo no calumnio á ese.

—Yo no soy *ese*, caballero.

—Pues será usted *aquel*, pero siempre el mismo.

—No hay motivo para proceder contra usted, dijo al estudiante el comisario; puede usted irse, y usted se queda.

—Esto es gracioso, murmuró el clérigo, yo acuso y me quedo en la comisaría, y el raptor se va con viento fresco.

El estudiante dirigió al clérigo un saludo burlesco y se salió riendo á carcajadas.

—Señor, dijo el comisario, voy á practicar una visita al edificio, porque la acusación es grave; espéreme usted un momento mientras firmo lo que hay pendiente.

El clérigo se retiró, sacó su cartera, arrancó una hoja de papel y escribió violentamente unos renglones.

Se acercó á un gendarme y le puso en la mano el papel y dos pesos.

El gendarme vió la dirección y salió con mucho disimulo y corrió al conventículo.

Luego que la superiora se enteró de que el comisario iba á hacer una visita, hizo salir á las monjas en coche, las repartió en las casas de las devotas, recogió las camas, varió las mesas, despidió á las criadas; en fin, como en los teatros, todo varió de decoración.

Cuando se presentó el comisario, no encontró más que á una anciana llorosa por la fuga de Susana.

El comisario comprendió toda la tramoya, pero no pudo hacer nada.

El clérigo se frotaba las manos de gusto.

Cuando todos los cómplices de los conventículos se enteraron de lo que estaba pasando, se pusieron en alarma y despertaron á muchos personajes para que interpusieran sus influencias con la autoridad.

Las beatas ricas circulaban en sus coches llevan-

do el escándalo por todas partes y yendo al conventículo, donde ya no estaba la autoridad.

A las tres horas ya todo estaba en el mismo estado, las monjas habían regresado á sus celdas y el capellán las abrazaba á todas para felicitarlas, por haber escapado de las garras de los herejes.

Hubo copitas y desayunos y misa de gracias al Todopoderoso y limosnas.

El clérigo era el héroe de la fiesta, como lo habia sido de la paliza.

No hubo devota que no le tocara los labios hinchados al padrecito.

El padrecito los alargaba con unción, pues aquellos toques se parecían mucho á una caricia.

—Es un mártir de la fe! exclamamabala superiora, lo han abofeteado como unos judios.

—Ya se les secará la mano á esos herejes, contestaba el clérigo, pero no importa, la Corporación se ha salvado, lo que yo lamento es que siempre falta una hermanita, ¿qué le habrá pasado?

—Nada, dijo la superiora, lo que á todas las que dejan la casa del Señor.

—No nos comprenden, dijo el clérigo, estas santas casas son para preservarlas del peligro, pero el demonio se interpone y se las lleva.

—Ave Maria, dijo la superiora, Dios nos libre del demonio y de sus tentaciones.

—Amen, contestaron todas.

El estudiante, agoviado por la falta de recursos, se decidió á correr un albur muy peligroso.

Se fué en derechura á la casa de su tio el Dean, que ya enterado de la aventura, estaba furioso contra Rafael.

Entró el estudiante.

—¡Bandido! gritó el Dean, ¿qué has hecho de esa esposa de Dios?

—A eso vengo, tío, á pedir á usted perdón de lo que ha pasado y á contarle todo.

El estudiante, que era un pillastre de marca, se hincó.

—Levanta, contestó el Dean, y cuéntame todo.

El estudiante refirió á su modo lo acontecido.

—Bien, dijo el Dean, supongo que no has traspasado los limites del decoro.

—¡Lo juro! dijo el estudiante.

—Pues bien, toma, y le alargó unas monedas, toma un coche y trae á la hermana.

—Señor, no quiere volver al convento.

—Nadie la obligará, tráemela, aquí arreglaremos todo en el santo temor de Dios; te perdono hasta los bofetones á un sacerdote.

Salió muy contento el estudiante, creyendo haber atarantado á su tío.

Luego que salió Rafael, el Dean se echó á reir.

—Después de todo, dijo, ese lance á cualquiera le pasa; veremos si la muchacha vale la pena de este escándalo; en cuanto á las bofetadas, no estuvo mal pensado; ese clérigo es muy latoso; me fastidia soberanamente, es lo único bueno que ha hecho mi sobrino.

En esos momentos entró el clérigo á darle cuenta de todo lo que había pasado en el conventículo

—¡Gracias á Dios que hemos librado! exclamó el Dean.

—Y gracias á mí, que avisé con tanta oportunidad.

—Reconoce la iglesia vuestros servicios, y se os premiará enviándoos á un curato de la Huasteca.

—Yo no busco feligreses monos, dijo el clérigo; ese sería un destierro, yo quiero aquí, en la Capital.

—Hijo mío, ya la tenemos repleta de frailes extranjeros.

—Sí, señor, para ellos es el reino de los cielos. Le confieso á usted mis impaciencias. Me da ira ver á tanto español que viene de Filipinas y á tanto italiano que en lugar de traer el organito y el mono traen la sotana y el platillo de la limosna, porque son más rapaces que nosotros.

—Es verdad, y lo que siento es que ya nuestro clero está agonizando y en la miseria.

—Sí, señor, contestó el clérigo, los mexicanos perecemos de hambre, mientras los extranjeros lo abarcan todo; la aristocracia los recibe en su casa, y en sus templos particulares, y los mima y los regala, aunque sean unos patanes ignorantes y malvados. Seguramente porque tenemos las manos trigueñas les repugnamos, pero la verdad es que dentro de algunos años, ya no habrá un clérigo mexicano. Vea usted, queríamos la intervención extran-

era, y nos ha intervenido á nosotros y nos ha aniquilado.

—Para ese entonces, dijo el Dean, ya el protestantismo habrá avanzado mucho. Los puritanos del cristianismo se habrán adueñado de todo, y toda esa clerecía católica desaparecerá como el humo. Ya ve usted el movimiento europeo: ya en Francia arrojaron las corporaciones y han borrado la embajada del Vaticano, y en la católica España hay un movimiento terrible anticlerical, como aquí en México, cuya opinión nos está ahogando.

—Es verdad, señor, dijo el clérigo, la revolución contra nosotros está hecha, no podemos salvarnos.

—Todavía, dijo el Dean, hay mucho fanatismo, resto de la educación colonial; pero esta educación *laica* nos matará.

—Como que desapareciendo el Ripalda, ya nadie habla de religión, y todos estos que creen se nutren con la diatriva y la sátira que nos persigue por todas partes, en el periodismo, en el club, en el teatro y en esa infame masonería, que Dios confunda.

—La evolución se hace sentir, dijo el Dean, no sólo desaparece la casta sacerdotal, está en peligro el mismo dogma, no somos dueños de los sucesos, ellos vienen por su propia fuerza; es necesario resignarnos.

—Sí, señor, entretanto, sálvese el que pueda.

Luego que salió el clérigo, el Dean agitó la cam-

panilla y entró la señora con su gran cabello suelto porque acababa de bañarse, estaba fresca y hermosa.

—¿Qué se le ofrece á usted? dijo tendiéndole su mano blanca al Dean.

—Tengo que hablarle, le contestó, oprimiendo entre sus manos la fresca mano de su hermanita.

—Hable usted.

—Ya sabrás el grande escándalo que hubo en el conventículo y la fuga de una novicia que iba á profesar.

—Sí, ya me contó todo ese clérigo insoportable que acaba de salir de aquí.

—¿Se permitió hablarte? dijo el Dean palideciendo.

—Sí, hombre, le he hablado como quien habla con el aguador.

—Es que estos clérigos son terribles.

—No hay cuidado, estoy curada de espanto.

El Dean sonrió viendo fijamente á la jamona.

—Pues bien, mi sobrino Rafael es el raptor.

—¡Vaya con ese muchacho! exclamó la señora riendo.

—La cosa no es de risa, hija mía, necesitamos salvar á esos muchachos, están solos, ella vive con una lavandera.

—Ella lavará los pecados.

—No te burles, hija mía, el asunto es serio.

—¿Y bien?

—Pues he pensado recoger aclam [illegible] joven

mientras se arregla ese negcoio de la mejor manera.

—No hay inocnveniente, tendrán una compañera las muchachas.

—Que están bellísimas, dijo el Dean, son mi encanto.

—Ya lo creo, respondió la jamona, como que sobra razón para ello.

—Quisiera lucirlas, pasearlas, presentarlas en todas partes, pero......

—Sí, comprendo todos los obstáculos.

—Esto me pone de mal humor, dijo el Dean.

—A otra cosa: ¿cuándo viene esa criatura?

—Ahora mismo, pero antes quise consultarte.

—Sólo una condición, dijo el Dean, que le prevengas que no cuente á las niñas nada de lo que ha visto en el convento.

—No, no, eso sería horrible, yo le diré que calle.

—Además, continuó el Dean, no le permitiremos á Rafael que venga á la casa.

—Por supuesto; pero es necesario que lo proteja usted, está muy pobre.

—Convenido; tú le darás una pensión que le señale.

IV

Se detuvo un carruaje en la puerta de la calle; salieron de él Susana y el estudiante.

—Subieron la escalera y se presentaron en el salón del Dean.

Allí estaba todavía la señora.

Rafael se acercó respetuosamente y presentó á la joven.

El Dean vió con mucha atención á Susana, que estaba bellísima; á la señora le simpatizó la novicia.

—Señorita, dijo la señora, el Dean, que es la virtud personificada, le da á usted alojamiento en esta casa; estará usted en nuestra compañía mientras se arreglan sus negocios, y con entero cariño y confianza.

—Gracias, señores, contestó conmovida la joven.

—En cuanto á ti, Rafael, dijo el Dean, vendrás cada mes por cien pesos que te asigno.

—¡Gracias, excelente tío! exclamó el estudiante, y se arrojó en los brazos del Dean.

CAPITULO VIII.

UN DESENLACE.

I

Brígida vivía en una suntuosa casa; el lujo era inusitado.

Cuanto ha inventado la moda en sus caprichos, cuanto tiene el buen gusto en sus misterios, tanto se encontraba allí.

El padre Jerónimo era muy rico y había querido turbar el espíritu de la joven.

Algo habia conseguido; porque de la celda de un convento á un palacio, hay mucha diferencia.

La joven habia tenido en su casa una vida llena de privaciones, y tiranizada tanto por el odio innato de la madrastra, cuanto por el fanatismo exagerado de su padre.

De improviso se encontraba en completa libertad con alhajas, telas, carruajes, y cuanto puede tener una mujer de imaginación.

Pensaba en sus amores con el estudiante, como

en un sueño de los primeros años. Su espíritu se había entoldado, su carácter era agrio y tremendo. Vivía con el padre Jerónimo á quien tenia subyugado como un cordero, sometido á todos sus caprichos, esclavo de un amor fatal, terrible, mientras más sacrílego.

Aquel hombre no tenía más pensamiento que aquella mujer.

Pasaba los dias soñando con ella.

Aquel rostro de virgen y aquella mirada azul, aquel cabello blondo y dorado cayendo sobre unas mejillas de alabastro y un cuerpo como una azucena, todo eso lo enloquecía.

Entonces aquel hombre salía á la calle, compraba alhajas y cuanto encontraba, todo para ella.

Bastaba un gesto, un ademán de la joven para que ya estuviera pendiente y sumiso.

Brígida lo aborrecía; veía en él el origen de sus infortunios; despreciaba aquella riqueza que pagaba tan cara.

Todo le era indiferente, y esto le daba una distinción más adorable todavia.

El padre Jerónimo estaba loco por ella. Hubiera dado la existencia por una sola de sus miradas; se había convertido en un reptil que ;se arrastraba por aquellos tapetes y aquellas alfombras; se acercaba temeroso, hablaba muy poco, y nunca contradecía.

Aquella mujer habia absorbido su existencia entera.

Mientras más desdeñosa, la amaba más; mientras más esquiva, más era su objeto de admiración. Era la fatalidad bajo el aspecto más terrible........ El amor, la pasión, la locura!

II

Una noche llamó un desconocido á la puerta.

Salió el padre Jerónimo y se arrodilló.

—Tengo que hablarle, dijo el desconocido.

—Pase Su Señoría Ilustrísima, dijo el padre Jerónimo muy conmovido.

Aquel hombre era un obispo.

Entró en el aposento ó escritorio del padre.

Ambos se sentaron.

—Ya tengo el honor de escucharos, señor.

—Ya sabes tú, que soy en México el General de los jesuitas.

—Como tal reconocemos á Su Señoría Ilustrísima.

—Pues bien; tengo un encargo de Roma.

El clérigo se extremeció.

—Ya tú sabes, continuó el obispo, que para nosotros no hay nada oculto.

—Nada, Ilustrísimo Señor.

—Pues bien; lo que yo habia callado, porque sé las debilidades de los hombres, se ha sabido en

Roma, y esto ha motivado represiones y extrañamientos.

—Lo comprendo, Ilustrísimo Señor.

—Se sabe en Roma que, presa de una pasión desesperada, vives con una mujer hermosa y seductora.

El clérigo dió un gemido.

—Sé que nuestro corazón no es invulnerable; que como hombres estamos sujetos á los azotes de la adversidad; que miserables gusanos sobre la tierra, estamos sujetos á todas las contingencias, no te culpo, ni soy tu acusador.

—Sois grande, Monseñor.

—No, pero el mundo me ha enseñado mucho y nuestros superiores de Roma lo comprenden todo, todo; pero estando en un grandioso plan que venimos realizando desde hace siglos, nos importa no tener una desviación.

—Es verdad.

—Tú eres un hombre de talento.

El clérigo se inclinó.

—Tú eres una esperanza para la iglesia que no debemos dejar perder.

—Yo soy un infeliz, monseñor.

—No, tú te has elevado y no te dejaremos caer; has nacido grande, no permitiremos que te empequeñezcas; te salvaremos para nosotros y para nuestra causa; el escándalo nos haría retroceder.

—¿Y bien, Monseñor?

—Es necesario decir que tienes en tu casa á esa niña, mientras se arregla su casamiento.

El padre Jerónimo calló á los piés del obispo.

—Pero si eso es imposible—gritó con las lágrimas en los ojos—si yo la amo con todo mi corazón.

—¿Y qué es el amor?—dijo el obispo—sombra vana, ilusión de un dia, sueño de que se despierta para maldecirlo. Compara ese amor con todo el poder y la grandeza que te aguarda.

—Todo por ella, Monseñor.

—¿Estás loco? Vuelve en tí.

—Sí, loco. Mi pensamiento se evapora, mi cerebro es una fragua encendida, he perdido la razón!

—Vuelve en tí, medita y piensa que la Compañía de Jesús cuenta con muchos medios para ponerte á salvo de esa pasión. Ahora mismo te llaman á Roma y saldrás acompañado; esa mujer ni podrá seguirte ni acompañarte.

—Yo me muero, Monseñor.

—Sería preferible á una desobediencia.

—¿Y qué hacer?

—Sencillamente obedecer.

—¡No puedo!

—Pues dentro de breves dias esa mujer habrá desaparecido para siempre de tu lado.

—¡Perdón, perdón, Monseñor!

—Mira: si ella amase á un hombre, te entrarían celos, es natural; pero si tú la casas con un imbécil es otra cosa; no se acercará á ella, y evitando el escándalo, podrás verla.

—Tiene mucho orgullo y no consentirá.

—La razón la hará sucumbir; háblale, intenta ese medio, porque el casamiento es lo único que hará cesar el escándalo, haciéndote aparecer hasta como un santo.

—Sí, santo, cuando tengo el infierno dentro del alma.

—Sufre y purga tus culpas, ponte esa corona de espinas que llevó el Gran Maestro sobre sus sienes.

—Lo intentaré Monseñor, pero se me va la vida.

—Ten valor, nosotros y la fe te sostendremos.

—Lo haré si puedo.

—Y podrás, porque en estos momentos todos sufrimos el choque por tí, y es necesario vindicarnos á costa de tus sacrificios; no tienes el derecho de comprometer nuestro concepto ni nuestras virtudes reconocidas, por un accidente sin importancia.

—Es verdad, Monseñor.—

—Necesitamos rehabilitarnos y rehabilitarte para la lucha que se ensangrienta en estos momentos.

—Es cierto, Monseñor.

—Se nos persigue de muerte, los pueblos despiertan y se vuelven en nuestra contra, estamos á la orilla de un abismo y si nosotros impulsamos nuestra caída, somos doblemente criminales.

—Todo lo comprendo, Monseñor.

—La evolución que se verifica nos tiene espantados, el Pontífice prisionero y viendo perder las

naciones adictas que antes le sacrificaban su sangre, pero hoy adversas á nosotros y esto es tanto más serio cuanto que no es un choque revolucionario de esos que pasan y se olvidan, es el despertar de la conciencia humana!

—Me atemorizais, Monseñor.

—Más atemorizado estoy yo, que me encuentro en los secretos de lo que pasa, la libertad triunfa, el masonismo, maldecido por los Papas, vive y con más fuerza que nunca y triunfa, la falanje liberal se apodera de la prensa y de la tribuna, y nos acribilla, estamos en el último día de nuestra existencia!

—Pero esto es espantoso! exclamó el clérigo.

—Sí, espantoso, y cuando estamos agobiados por ese peso inmenso sosteniendo nuestro poder caído, solo con las costumbres y las tradiciones antiguas que ya arrebata la historia en sus corrientes, vienen estos escándalos que nuestros enemigos agigantan y acaban de perdernos.

—Haré lo que me aconsejais, Monseñor.

—Sí, pero pronto, yo detendré todo, no quiero que caigas en desgracia, Roma es implacable con nosotros y no quiero que caigas en sus garras.

—Gracias, Monseñor.

—Sostengámonos hasta la última hora, nos llaman *sepulcros blanqueados* como los de la Biblia y dicen verdad, pero los gusanos que tenemos por dentro es la destrucción de nuestras instituciones, la polilla toma forma y vuela, nos quedamos va-

cíos, sin existencia y perecemos porque el tiempo y los sucesos nos arrojan; ayudar es un crimen y así se ve todo en Roma.

—Monseñor, estoy á vuestras órdenes:

—Me voy tranquilo y satisfecho, te compadezco; pero tu comprendes todo cuanto te he dicho y obrarás con entero valor.

—Sí, Monseñor, me pondré un hierro en el corazón.

—Yo te digo lo que Jesucristo á Dimas: «hoy serás conmigo en el Paraiso.»

III

Cuando el obispo y el clérigo salieron del aposento, estaba en la antesala un personaje grotesco, chaparro, enjuto, pálido y con toda la talla de un hipócrita refinado.

Se arrodilló al pasar el obispo.

—Este tipo, dijo el obispo, también es de la Compañía de Jesús.

—Lo conozco, murmuró el clérigo.

Volvió á entrar el padre Jerónimo y le hizo señas al Jesuita para que entrase.

—Señor, dijo con voz compungida, vengo á implorar vuestra protección.

—¿Y qué quiere usted, caballero?

—Aquí traigo unos libros y necesito auxilio para su publicación.

—La tendrá usted y espléndida.

—Ya sabe usted, señor, que yo trato *ad mayorem dei gloria.*

—Lo conozco á usted.

—Lucho en la prensa, aconsejo á las familias y á pesar de ser lego, puedo decir que tengo hijas de confesión, porque poseo muchos secretos que están á las órdenes de mis superiores.

El padre Jerónimo ni oía, estaba absorto en sus pensamientos.

—Decía, señor, que he conseguido mucho; mi trabajo es de zapa, á veces, parece que me revelo, pero es un golpe jesuítico, es para ir más adelante.

—Lo comprendo, murmuró el padre Jerónimo.

—Con astucia me he introducido entre mis enemigos; me creen un desgraciado soñador, y yo les dejo que crean; pero siembro mis ideas, la ignorancia es mi camino propicio, el fanatismo mi arado y surco el terreno y siembro y recojo.

—Está bien.

—Las masas son brutales y me creen, porque hay mucho, mucho de fanatismo en ellas y hablando de religión ó en su nombre, el suceso es completo.

—¡Ya lo creo!

—No falla: la mujer es nuestra enteramente, y ella enseña á los hijos; es nuestra ayuda más po-

derosa y llega hasta á someter al marido, y más cuando es un mentecato ó un pobre diablo.

—Es verdad, dijo el padre Jerónimo; pero ya se nos sublevan.

—Las que se educan, señor, esa escuela de la Encarnación nos hace mucho mal; he oído conferencias espantosas: no creía que las mujeres llegaran á libre-pensadoras.

—Pues llegan, y nosotros no podemos contener esas corrientes.

—¡Lucharemos!

—Ya las devotas disminuyen; yo las recuento, y veo que hay huecos en las filas, sobre todo la juventud positivista.

—Es una gangrena que es necesario extirpar; ese Gabino Barreda, ese Porfirio Parra, esos todos, nos están aniquilando; pero no hay que darse por vencidos: eso sería perderse; yo soy soldado de pelea y mi pluma no descansa un momento.

—Pero nuestros fusiles son ya de chispa, dijo el padre Jerónimo.

—Los convertiremos en *mauser*, contestó el tipo.

—Bien, y hablando de otra cosa, dijo el padre Jerónimo, os voy á encomendar una empresa ardua.

—La cumpliré, señor.

—Pues bien, usted habrá oído decir que aquí vive una niña.

—He oído algo; pero no le he dado importancia: desprecio las calumnias que hieren á los sacerdotes.

—Pues esta es una verdad.

—¿Y bien?

—Es una niña refractaria al claustro, no he querido contrariarla y he pensado en casarla.

—Muy bien pensado, señor.

—Pero necesito un hombre á propósito.

El jesuita comprendió la intención del padre Jerónimo.

—Pues á mí me es fácil, tengo uno muy á propósito, es un sinvergüenza de primer cartelo, que con un poco de plata aceptará el papel que se le quiera dar.

—Así lo necesito, que se plegue á mi voluntad para protegerlo y conducirlo por el camino de la salvación.

—He dicho que es un sinvergüenza y aceptará inmediatamente.

—Lo necesito con urgencia.

—Dentro de una hora.

—Lo espero, y cuente usted para la impresión de sus libros.

Se levantó aquel malvado, y ofreciendo volver, se separó del padre Jerónimo.

IV

Es necesario no pensar mucho las cosas y al mal paso darle prisa, dijo el clérigo, y agitó la campanilla.

Se presentó un mozo.

—A la señorita, que si tiene la bondad de venir.

Aquella súplica era extraña, era tanto como un mandato.

El orgullo de Brígida se sublevó; pero cediendo á la curiosidad, fué al llamado del clérigo.

—Siéntate, hija mia, que tenemos que hablar algo importante.

—Alguna pamplina, dijo la joven.

—No hija mia, es un negocio serio.

Brígida se sentó y apoyó su magnífico brazo en el bufete, destacando su forma y su blancura en una nube de encajes, todo lo que no dejó desapercibido el clérigo.

Guardaron un momento de silencio.

—¿Y bien?—dijo la joven.

El jesuita no respondió, cordinando sus ideas; el lance era tremendo

—Pues bien—dijo tomando un camino inesperado, pero acaso el único para afrontar la cuestión —ya llevamos mucho tiempo de sostener estas relaciones y te diré lo que he observado.

La joven hizo un gesto de desdén.

—Te he rodeado de amor y de grandeza; te he adorado como á una divinidad, y en el fondo no he encontrado más que desprecio.

La joven plegó el ceño.

—Nada ha bastado para atraerme tu ternura y tu cariño; te has entregado á mí por desesperación.

La joven no contestó.

—Has nacido para la virtud y esta vida te contraría.

—Es verdad, contestó Brígida; si no hubiera usted sido sacerdote, nada tendría que desear: amor, felicidad, los encantos todos de la vida; pero este amor oculto, sacrílego, vergonzoso, me desespera, lo rechazo por instinto, lo aborresco porque no está en mi ser.

—Todo lo comprendo, dijo el clérigo; mi olor á incienso, mi traje, la descomposición de mi rostro, sin los signos baroniles, todo ha de ser repugnante para mujer ideal y bella; esto es espantoso para mí!

—Este es, dijo ella, el secreto de mi retraimiento.

—Pues bien, dijo el clérigo; te amo más que á mi vida; daría por tí mi aliento, mi sangre, cuanto poseo, pero no puedo tolerar esta existencia, me devora la amargura, estoy en el fondo de un abismo.

—Es verdad, murmuró la joven.

—Pero yo ni te abandonaré nunca, ni puedo aunque lo intente; pero quiero hacerte feliz aun á costa de mi salvación.

—No comprendo.

—Pues bien; quiero sacarte de esta vida de vergüenza y de oprobio que tú rechazas; quiero colocarte en la atmósfera de las almas honradas.

—No comprendo.

—Pues compréndelo; quiero casarte para que entres á la sociedad á que aspiras.

Brígida soltó una carcajada.

—¿Y á quién encarga usted de mi porvenir?

—Yo, yo mismo; el que te ha arrebatado tu pureza y tu honra; ese, ese es el que te la devuelve.

—No está mal pensado. ¿Y ya ha elegido usted marido?

—Yá; te he buscado un buen hombre y nada más.

—Bien, respondió Brígida, acepto sea quien fuere ese hombre; será un marido, que es lo que yo necesito para rehabilitarme; y una vez que lo tenga, puesto que se presta á una indigna farsa, no permitiré que se me acerque, lo veré con altanería, y después no lo conozco y ya me inspira asco.

—Eso es lo que yo quería, como un rasgo de compasión á mi amor.......

—No, como la lógica de esta maldad, lo echaré de mi casa como á un lacayo y quedaré sola, de - pués del sacrificio á la sociedad.

—Eres piadosa conmigo.

—Puede ser, pero tengo orgullo.

—Tu conducta para conmigo me ha orillado.

—Ha hecho usted bien y se lo agradezco. Casada recobro mi libertad, me vuelvo soberana.

—Y yo estaré siempre á tu lado.

—No, me sería importuno hasta el recuerdo: separémonos.

—Una gracia: hasta el dia de tu casamiento.

—Bien, arregle usted todo.

Levantose el clérigo y se arrodilló pasando sus brazos por la cintura de la joven, como un pastor que se abraza de una palmera á la hora del huracán.

—Pero antes, mis últimas horas.

—Sí, sí, dijo la joven, y recargó la cabeza sobre la candente faz del padre Jerónimo.

V

Habia pasado una hora, cuando llamaron á la puerta.

Era el jesuita laico que se presentaba con un hombre alto, grueso, con una cabeza mal formada, donde un frenólogo hubiera encontrado un nido de brutalidades.

Su mirada estúpida, los labios flojos, lampiño y antipático como un salvaje del centro del Africa.

Entraron en el salón del clérigo.

El jesuita rompió la conversación.

—Ya he enterado al señor de lo que se trata, conoce perfectamente el negocio.

—Sí, contestó el hombre, que se llamaba Atenógenes Pastrana.

—Pues hablemos claro, dijo el Padre Jerónimo.

—Sí, muy claro, repitió Pastrana, no me gustan misterios; al pan, pan y al vino, vino.

—Me gusta este hombre, dijo el jesuita laico.

—Pues se trata de que se case usted con una joven bellísima y rica.

—No hay inconveniente, me caso, y ¿cuáles son

las condiciones? Supongo que se me ha de exigir, por ejemplo, que sea el marido postizo, entonces el negocio sube de precio.

El P. Jerónimo sabía que Brígida no entraría nunca en ese pacto vil y contestó: No, no se trata de eso, sino simplemente de un casamiento.

—Eso es otra cosa, todo está aceptado; y el matrimonio ¿será civil ó religioso?

—Religioso, se apresuró á contestar el jesuita, el matrimonio civil es una mancebía disimulada.

—Me avengo, cuando entro en un negocio me gusta todo claro, para que no haya equivocaciones.

—Entonces, esté usted listo, dijo el Padre Jerónimo.

—Ya lo estoy, contestó Pastrana, pero necesito dinero para presentarme, porque me han dicho que la niña es muy remilgada.

El Padre Jerónimo hizo un gesto de disgusto.

El jesuita esperó la decisión del clérigo.

—¿Y cuánto necesita el Sr. Pastrana?

—Poca cosa, con dos mil pesos tengo el equipaje dispuesto.

El Padre Jerónimo se acercó á la mesa y tomó dos billetes de mil pesos y los entregó á Pastrana, que sacó una gran cartera sucia y maltratada y la guardó con cuidado. Luego riendo y mostrando unos dientes asquerosos y nauseabundos dijo: ¿y cuándo me presentan con la *pécora*?

El clérigo dió un puñetazo contra la mesa.

La puerta se abrió y apareció la joven hermosí-

sima, envuelta en una bata de cachemira, parecía un cromo.

—Pregunta usted por la *pécora*, dijo con risa sarcástica dirigiéndose á Pastrana, y aquí la tiene usted.

Pastrana se levantó trastravillando y sin saber qué contestar.

El clérigo había hundido la cabeza entre las manos y el jesuita alisaba su sombrero grasiento.

—Yo no me figuraba, murmuró Pastrana...... perdone usted señorita......yo había creído......

—Basta! dijo con imperio la joven, creo que ha concebido usted y ya nada tiene que hacer aquí, puede usted retirarse y le indicó la puerta con ademán resuelto.

Pastrana tomó su sombrero y todo confuso y sin saludar salió del aposento.

—Caballero, dijo Brígida, dirigiéndose al jesuita, le doy á usted las gracias, no podía usted haber escogido un canalla más á propósito, merece usted un gran corretaje.

—¿Está usted satisfecha señorita?

—Demasiado, me hubiera usted puesto en un mal momento si hubiera usted traído á un hombre decente y correcto, ese miserable es lo que me conviene.

El clérigo estaba llorando.

—Lo que deseo es que ya termine esta farsa, el Padre Jerónimo está impedido de seguir este negocio, usted me va á hacer el favor de concluirlo.

—Con mucho gusto, señorita, invitará usted

todas las personas malévolas que han censurado la conducta del Padre Jerónimo, á todas, hombres y mujeres, quiero vindicarme y vindicarle.

—Perfectamente.

—Puede usted disponer de cuanto guste, todo ha de ser solemne, arregle usted á ese miserable para que no haga un papel desgraciado.

—Sí, sí, contestó el jesuita, es necesario engañar á todos.

—Precisamente, lo que temo es que ese hombre ordinario no sepa hacer su papel en esta comedia indigna.

—Yo lo adiestraré, en un último resultado dirán que tuvo usted un gusto pervertido.

—Pero mucho, respondió la joven, tan pervertido que toca en lo inverosimil.

Aquellas palabras caían como gotas de consuelo en el alma del infortunado clérigo, que como nunca se sentía apasionado de la joven y no se encontraba con valor para resistir aquel golpe tan tremendo.

—El jesuita se despidió respetuosamente, porque la joven le había impresionado vivamente, sintió algo como de miedo.

Cuando la joven y el Padre Jerónimo se encontraron solos, el clérigo se arrodilló y con el rostro bañado en lágrimas, exclamó:

—Perdóname, no soy más que un miserable agitado por el infortunio, no soy yo el que ha preparado el abismo en que resbalo, es la Compañía de Jesús!

La joven soltó una carcajada.

CAPITULO IX.

SEPULCROS BLANQUEADOS.

I

Susana se encontraba bien en la casa del Dean; había estrechado su amistad con las niñas Angela y María, y esperando el día en que su novio tuviese una colocación ó terminase su carrera, esperaba con paciencia.

Rafael no dejaba de verla, sin que el Dean se apercibiera ni la señora.

El Dean, ya viejo, pero de pasiones ardientes, se había enamorado de Susana; era uno de esos caprichos seniles que se apoderan del corazón, como los gusanos del tronco carcomido de un árbol.

Aquella pasión oculta estaba á punto de hacer explosión, y los síntomas comenzaban á hacerse sentir, por más que la hipocresía los cobijara con su manto.

Ninguna mujer ignora la impresión que hace en un hombre ni el estrago que causa.

La joven comprendió que el viejo la amaba.

Pero el Dean le causaba miedo; sus miradas ardientes, sus sonrisas, sus libertades para acariciarla en presencia de todos para no infundir sospechas, todo esto le era repugnante en extremo á la novia de Rafael.

Alguna vez pensó en decir sus sospechas, ó más bien realidades, al estudiante; pero temía un escándalo, y más cuando ostensiblemente no podia presentar pruebas.

El Dean se deslizaba cada día y la niña comenzaba á tenerle un horror invencible.

Se crispaba con sus caricias, le tenía aversión y asco.

La señora hermana no se apercibió de nada, tenía una fe ciega en la virtud del Dean.

Todas las gentes de iglesia decían que el sacerdote estaba en olor de santidad; que era meritorio que hubiera recogido á su hermana viuda y á dos niñas huérfanas, habiendo sufrido, por esta buena acción, hasta la censura de la malevolencia, que había sospechado otra cosa ofensiva para el santo varón.

Ya el Dean había aprovechado la ausencia de la familia para dirigirse á Susana; pero no de una manera resuelta, sino inclinándola por medio de libertades, al punto de mira.

La joven se precavía, aparentando que todas las caricias del Dean eran de buena fe y no encerraban malicia alguna.

El Dean la espiaba cuando se vestía, estaba en pos de ella, y al despedirse y al saludarla por las

mañanas, sus abrazos eran demasiado estrechos y nerviosos.

Las insinuaciones comenzaron á ser más terminantes, porque el amor del viejo crecía como las burbujas de un pantano.

Aquel cerebro acabaría por idiotizarse; se ausentaría el hombre y quedaría la bestia.

II

Una tarde que el estudiante había entrado á hurtadillas á la casa de su tío, salió á su encuéntro Susana.

—Tú tienes algo, le dijo Rafael.

—No, no es nada.

—Sí, te conozco demasiado.

—Pues bien, sufro mucho.

—La señora tal vez, las niñas......

—No, me tratan perfectamente.

—¿Pues entonces?

—Oyeme, y júrame no decir una palabra.

—Te lo juro, Susana.

—Pues bien, yo he notado...

—¿Qué has notado?......¡habla!

—Que tu tío, á pesar de su santidad, que todos pregonan, se ha enamorado de mí.

—¡Maldito viejo! exclamó el estudiante; pero eso es imposible. ¿Te ha dicho algo?

—No, pero yo lo conozoo en todo, me hace unos cariños que me repugnan, me besa y le tengo miedo.

—¿Pero todo eso pasa sin que nadie lo vea?

—No, por el contrario, delante de todos; en eso está la incidia.

—¿Y la señora?

—Nada ha sospechado.

—¿Qué haremos?

—Mira, Rafael, es necesario que yo salga de esta casa; estoy más segura y más bien en casa dé Ruperta la lavandera.

Pero aquella casa tan pobre.

Es preferible; aquí le tengo horror á todo, estoy mal impresionada, ese hombre es espantoso; yo quisiera que lo vieras cuando nos encontramos por casualidad solos, porque yo le huyo, sus ojos se encienden con una luz de fuego, las mandíbulas le tiemblan, sus brazos y manos están convulsos y el otro día que me besó la frente, sentí que babeaba.

—¡Viejo nauseabundo! gritó el estudiante.

—Ya no puedo soportarlo.

—Tomaremos una resolución, dijo Rafael, dentro de tres días vuelves á la casa de la lavandera, voy á arreglarlo todo.

—Veo el cielo abierto.

—Me parece mentira; un hombre á quien todos veneran como á un santo, porque tú no sabes hasta dónde llega su concepto y su influencia, su opinión es decisiva en todos los asuntos de la mitra; nada

hace sin consultarle, y se cree que será el arzobispo de México.

—Las apariencias engañan, Rafael, es un hombre como todos y peor, porque valido de esa investidura se cometen todos los abusos.

—Pero la sociedad nada cree.

—Ya irá creyendo poco á poco, Rafael.

—Entretanto, evita su contacto, no te apartes de las niñas y sobre todo de la señora, éxcusa cuanto puedas estar á solas.

—El tiene muchas mañas, y como nadie sospecha, me tiene fastidiada.

—Evitemos todo y salgamos de esta casa, yo pediré limosna, si es preciso.

—El señor tu tío me da delante de todos dinero para mis gastos, y yo lo he guardado todo, es espléndido conmigo.

Rafael no respondió.

—No tengas cuidado, dijo Susana, el oro no será nunca el que me seduzca, sobre tu amor no hay nada, si yo tuviera otras ideas, no te habria hecho esta revelación ni te instaría á que me sacaras de aquí.

—Es verdad, Susana, es verdad.

—Toma, le dijo Susana al estudiante entregándole una cartera repleta de billetes de Banco, dispón de todo y vámonos, esta casa la llevo sobre las espaldas.

—Pero habrá un escándalo.

—Estoy resuelta á todo, antes que permanecer aquí.

IV

Un toque de timbre despertó al Dean de sus cavilaciones.

La puerta se abrió y entraron tres frailes españoles, con ese aspecto burdo y grosero de esa gente que entra al claustro por recurso, como entrarían á una caballeriza.

Aventureros de Filipinas, mendingantes en todo el mundo, fanáticos, ignorantes, malvados, soeces, sin cultura ni educación y abiertos para todos los vicios, crueldades y seducciones.

Arrojados por la conquista americana de aquellas regiones, llegan á México en parvadas en pos de explotaciones, porque estos países son todavía inocentes, fanáticos y confiados.

Los frailes se arrodillaron y besaron la mano del Dean.

Todos traían un topo ó manzanilla.

—¿Que se ofrece?—dijo con orgullo el Dean.

—Ilustrísimo Señor, dijo uno de los frailes, como nosotros no nos movemos sin la voluntad de usted......

—Sí, sí, y así camina bien la iglesia, sermones, dessgravios, misiones, todo ese tren que necesitamos para conservar en las masas el sentimiento religioso combatido por los herejes y los masones,

que todo es lo mismo. Estoy satisfecho de vosotros porque sólo elogios llegan á mis oídos, sois unos verdaderos apóstoles de Jesucristo.

—Ayer, Ilustrísimo señor, fué el dia grande de nuestra Santa Patrona la Virgen de la Merced; todo el dia, desde que despuntó la mañana, fueron misas y rezos y oraciones, no hemos descansado un solo momento.

—Lo sé, dijo el Dean, el templo estuvo bien servido y así podremos recuperar nuestro concepto; se acercan multitud de personas á la mesa del sacramento.

—Y todos fueron servidos, contestó el fraile.

—Lo sé. ¿Y cuánto produjeron las limosnas?

—Doscientos pesos y centavos.

—Tomadlos para vosotros á partes iguales. El que sirve al altar debe comer del altar.

—Gracias, Ilustrísimo Señor, pero antes nos permitireis hacer algunas limosnas para los pobres.

—Sois unos tontos, contestó el Dean, y á qué veníis, reverendos padres?

—Es muy sencillo, Ilustrísimo Señor, deseamos que se nos permita lo que en España se llama una *juerga*.

—Lo comprendo.

—Una *bronca* quiere decir mi compañero.

—Ahora entiendo menos.

—Ilustrísimo Señor, un momento de fiesta.

—Vamos, eso es hablar claro, dijo el Dean.

—Sí, Ilustrísimo Señor, es un pequeño bailecito.

—¿Y con quién?

—Con nuestras hijas de confesión y otras virtuosas devotas.

—Eso es pernicioso.

—No, Ilustrísimo Señor, eso es con gente mala; pero con nosotros es un festival inocente y sin mácula. Van algunos sacerdotes y jesuitas laicos, todos presenciarán nuestra conducta, somos incapaces de desvirtuar nuestra sagrada institución por la que nos sacrificamos.

—Es verdad, pero se dará lugar á censuras.

—Todo lo vamos á hacer en secreto. Pero si usted, Ilustrísimo Señor, no lo permite, no insistiremos.

—No, no, pueden ustedes, pero con entera reserva, gozar de esa inocente diversión, sin propasarse.

—Ni por pienso, Ilustrísimo Señor. Es cuestión de unos momentos; un remedo infeliz del mundo y para enseñar que se puede gozar de todo sin ofender al Señor.

—No me habia ocurrido; vayan ustedes y cuídense mucho del escándalo.

—Dios nos libre, Ilustrísimo Señor, seria un doble crimen, y gracias á Dios la gracia aun no nos abandona; todo tiene su límite y nosotros se la ponemos con anticipación.

—Perfectamente.

—¡Adiós, Ilustrísimo Señor!

—Adiós, reverendos padres.

Los frailes salieron frotándose las manos.

El Dean quedó sumergido en el abismo oscuro de sus pensamientos.

V

El vulgo tenia como unos santos á los padres misioneros y les besaban las manos y los hábitos; eran unos siervos de Dios; unos elegidos por el Todopoderoso para salvar á la humanidad doliente.

Todos se reunieron en una celda de un antiguo convento y se pusieron á arreglar todo para el baile.

Mandaron traer cajas de manzanilla, de cognac y otros licores; un barril de cerveza y contrataron una música ratonera de barrio.

Ya todo en tren, esperaron á la concurrencia.

A las ocho comenzaron á llegar las beatas y las devotas en gran cantidad.

El jesuita laico llevó á Pastrana y lo presentó á la reunión como un presunto marido, enlazado con la familia de un sacerdote.

Se destaparon botellas y se bebió á su salud.

Todas las beatas saludaban cariñosamente á los frailes, que se mostraban muy humildes y obsequiosos.

Comenzó el baile y los frailes se desataron como unos calaveras requebrando á las devotas y saltando como unos bailarines.

Siguió la bebida y aquello fué el dia del juicio.

Ya en estado de ebriedad sacaron unas guitarras y comenzó un jaleo español.

Se cantaron seguidillas y peteneras color de fuego y bailaron jotas y sevillanas con las beatas, que se lucían como unas andaluzas.

El jesuita laico, tan enjuto y tan delgado, bailaba y brincaba como un chapulín y cantaba y abrazaba á las beatas y se chanceaba con los frailes borrachos.

—No me quieren pagar por que hable, gritaba el jesuita, y me pagarán por que calle!...... tengo muchos secretos, y el dia que quiera hago un escándalo. ¡Viva la Iglesia! y sacudía su levita gris como las alas de un gavilán.

—¡Ahora baile francés!—gritaron los frailes y las devotas se pusieron á bailar un can-can desesperado, como en el teatro de la zarzuela.

Ya todos estaban ebrios y atrevidos; las escenas más repugnantes menudeaban y los gritos eran insoportables.

Dos frailes se pelearon por una beata y se abofetearon delante de todos.

Sacaron las navajas andaluzas y se tiraron á muerte hasta que cayeron víctimas del licor.

Todos aplaudieron y siguió la *juerga*.

Frailes borrachos tirados en la mitad de la pie-

za, devotas desgreñadas; y todo aquel brutal espectáculo causando asco y repugnancia.

Pastrana estaba ebrio y gritaba: ¡viva el padre Jerónimo y su amante! ¡viva mi mujer! ¡vivan los jesuitas! y bailaba como un loco.

El desorden no conocía límite.

La orgía habia llegado á su colmo.

VI

Un clérigo habia sido invitado, y cruzado de brazos contemplaba aquel desorden inaudito.

—Hipócrita, le gritó un fraile, te estás haciendo el santurrón y has de ser la piel del diablo! Bebe, habla, baila, alégrate, que el mundo es nuestro. Bastante nos cubrimos del mundo para que ahora nos hagamos los santuchos; goza, que esta es nuestra hora; aquí están las que confesamos, mañana las absolveremos; por ahora manzanilla y peteneras; ¡viva la *juerga!*........ ¡vivan las buenas mozas!

Levantose furioso el clérigo, se paró en medio de la sala; su aspecto era terrible.

La música enmudeció y hasta los borrachos guardaron silencio.

—¡Basta, gritó el clérigo, basta de desórdenes; esta reunión es sacrílega, ofende á Dios y á los hombres! Arrastrais por el lodo nuestro ministerio;

pero qué digo, nuestro; no, vosotros no sois ministros del Altísimo, sois unos miserables que todo lo corrompeis, vuestro aliento es peste, vuestras palabras veneno que se infiltra en las almas; sois la cólera del cielo!

—¡Estás borracho!—gritó un fraile que estaba tirado en medio de la sala.

—Sí, ebrio de ira por lo que estoy presenciando que es un escándalo!

—¡Cállate!—volvió á gritar el fraile—ya te conozco; abandonaste á tu amante para ordenarte!

—¡Mentira, calumnia!—gritó el clérigo—jamás me he pervertido!

—Eres capaz de robarle las niñas al Dean, la señora tuvo escrúpulo de venir, le tuvo miedo á la manzanilla, como si fuera tan vieja como el Dean!

Se oyó una carcajada de todos los frailes y de las devotas que aun permanecían despiertas á pesar del vino.

—Todo esto es reprobable, dijo el clérigo.

—Son las limosnas de los fieles convertidas en coñac, contestó un fraile.

—Pero esto es espantoso, dijo el clérigo, con razón nos llaman los sepulcros de la Biblia: blanqueados por fuera y por dentro gusanos y podredumbre!...... blasonamos de morales y somos impíos, nos vendemos como santos y Satanás nos inspira, queremos dirigir á las masas y las corrompemos con nuestro ejemplo, desvirtuamos la religión, somos un sarcasmo espantoso!

—Al diablo con tu moral, gritó un fraile, déjanos, tenemos permiso para beber y para bailar.

—No es esa vuestra misión, dijo el clérigo, yo me he asomado á esta sentina y estoy horrorizado, ignoraba vuestra corrupción, creí en un momento en vuestra virtud y todo es mentira!...... No culpeis mañana á nuestros enemigos; ellos tienen razón de combatirnos y de denunciarnos; mañana se sabrá esta detestable orgía y no sabremos qué responder: caeremos delante de la verdad.

—Ese clérigo está muy *latoso*, dijo un fraile, al diablo con sus lecciones, no necesitamos maestros sin manzanilla y guitarras; muchachos, á bailar; vengan las castañuelas; yo era el bailarín de Sevilla, me metí á fraile para gozar; nos echaron de Filipinas, pero ya estamos en América donde todavia creen en nosotros. ¡Viva la *juerga!*

El clérigo, que era Antonio, salió furioso y desesperado de aquella tremenda orgía; todo sin ilusiones, diciendo que lo que se llama mundo es menos corrompido que la hermandad de desmoralizados y de impíos que bajo el sayal ó la sotana, ultrajan á la sociedad y al nombre de Dios!

A lo lejos escuchaba los ecos de la música y los gritos desacompasados de la orgía.

VII

Mientras pasaba esta escena en el convento, tenía lugar otra no menos edificante en la casa del Dean.

La señora y sus hijas habían pedido permiso para ir á la zarzuela á recibir lecciones de moral y Susana se habia quedado en casa para lo que se ofreciera.

Cuando ya la servidumbre se habia retirado y quedaba sólo el silencio de la noche, el Dean, presa de uno de esos momentos terribles de desequilibrio cerebral y velado por la pasión, se dirigió al aposento de Susana.

—¿Duermes, hija mía?—le dijo.

—No, estoy despierta, dijo la joven poniéndose en pie.

—Pues yo estoy algo enfermo.

—Llamaremos á los criados.

—No, aquí voy á reposar un momento.

Tomó asiento en el confidente.

—¡Qué hermosa estás, hija mia, pareces un ángel del cielo!

—No diga usted eso, contestó Susana con sencillez.

—Lo digo de veras, hija mia, ¡eres un portento!

La joven se sonrió.

—Mira, dijo el clérigo, yo te amo. A fuerza de

verte todos los dias, de contemplar tu belleza, he llegado á adorarte.

Susana estaba asustada.

—Sí, Susana, yo tengo por tí una pasión loca, y esperaba este momento para declarártela.

—Calle usted, señor, dijo la joven, usted es sacerdote y mi protector.

—Dos cosas que no valen la pena; mira, te amo con tal desinterés que te tengo aquí tres mil pesos por si te falta algún dia.

Como Susana no por ser joven y bella dejaba de ser mujer, pensaba que aquel dinero le serviria para huir con Rafael y tomó la cartera que le alargó el Dean.

El clérigo creyó haber dado un paso seguro sin comprender, ni aun lejanamente la intención de Susana.

—Ahora, le dijo, dame tu mano y ponla sobre mi corazón y siente sus latidos, todos son por tí; ¿me amarás?

—¡Nunca!—exclamó la joven con horror.

—¿Nunca?—preguntó con ira el Dean.

—¡Nunca!—murmuró Susana.

—Pues bien, ¿no te ablandan ni mis súplicas, ni lo intenso de mi cariño, ni la locura de mi amor?...

—No, nada, contestó resuelta la joven.

—Entonces, dijo el clérigo levantándose, llevado por una fuerte tensión de nervios, ¡vas á ser mia por la fuerza!

—¡Socorro!—gritó la joven.

—No hay quien nos oiga, todos duermen, estamos enteramente solos; y se precipitó sobre Susana tomándola por la cintura, tapó con sus labios jadeantes la boca de la joven y quedaron juntos sus pechos; el de Susana palpitando de terror, el del Dean agitado terriblemente por la sensualidad.

En aquel momento se abrió la puerta y la señora amante del Dean se precipitó en la estancia como una furia, tomó al clérigo por el cuello y lo azotó contra el suelo.

El Dean se paró con trabajo.

—¿Qué hacía usted, miserable?—le gritó.

—Nada, jugaba con Susana mientras venían.

—¡Calla!—gritó la señora—lo mismo has hecho con otras y siempre la misma disculpa.

—¡Calla y no escandalicees!—gritó el Dean.

—¡Lárguese usted de aquí!—contestó la señora.

El Dean se escurrió más que de prisa.

—Señora, dijo Susana, la casualidad me ha salvado de un atropello, crea usted que no soy culpable.

—Lo sé, hija mia, porque conozco á ese hombre; es terrible en sus pasiones, está desesperado.

—Yo estoy apenada, dijo Susana, y pido á usted permiso para retirarme de esta casa en donde había encontrado un abrigo tan generoso.

—Mañana, hija mia, mañana, y cuente usted con mi protección.

—Gracias, señora.

VIII

Quedó sola Susana. Recogió cuidadosamente cuanto tenía, porque al estudiante no le había entregado sino una mínima parte de su dinero.

A la mañana siguiente la señora fué á despedirse y le dió una cantidad.

Susana se despidió llorando, y cuando se encontró en la calle pensó que irse como una infeliz á la casa de una lavandera era un desatino, lo mismo que vivir con un estudiante sin fortuna y sin carrera.

Tomó una resolución suprema: se dirigió á la Estación del Ferrocarril de Veracruz, tomó pasaje y exclamó: ¡en Europa nos veremos!

Partió el tren y se perdió entre las brumas de la mañana.

El estudiante fué á la casa del Dean, que lo recibió con un humor negro.

—¿Qué buscas aquí?

—A usted, señor.

—Pues no me busques porque no me has de encontrar. Tú te has llevado á Susana.

—¡Mentira!—gritó el estudiante.

—Pues búscala y avísame. Toma, y le alargó un billete. Pero no la traigas aquí, en otra parte cualquiera.

—Comprendo, dijo el estudiante. Y lleno de ansiedad se fué en busca de su novia, sin sospechar que olvidándolo como á un desgraciado, había tomado rumbo para la culta Europa.........

CAPITULO X.

DRAMAS Y COMEDIAS.

I

El Dean se sentía enfermo.

Aquella pasión por Susana había echado raíces hondas en el alma envejecida del clérigo.

El amor senil se había apoderado de aquel organismo apolillado, y carcomía á aquel ser desventurado.

Con la frente sobre la mesa y apoyando sus manos sobre el cráneo ardiente, pensaba sólo en Susana, la veía atravesar delante de él como una visión, en vano quería asirse de ella, detener la imagen y atraerla sobre su pecho, la sombra se deslizaba y se perdía en los vastos horizontes de sus pensamientos.

Sus ojos enjutos se llenaban de lágrimas, y de su pecho salían sollozos horribles.

Aquel hombre estaba demente; hubiera dado la mitad de su existencia por volver al pasado de una hora, estar al lado de Susana, sentir el contacto de

su mano y el aliento que resbalaba sobre su frente.

Nada, todo había desaparecido para siempre.

Todo lo que aquel hombre había amado, se esfumaba, todo le causaba repugnancia.

Temblaba á cualquier ruido, estaba cobarde y nervioso.

La decadencia de la vida se hacia sentir en toda su horrorosa pesantez.

Se encontraba en presencia del infortunio.

II

Rechinaron los goznes de la puerta y entró el padre Jerónimo.

El clérigo era otro aspecto.

Pálido, enjuto, con la mirada vaga, la barba temblona y las manos trémulas.

Aquellos dos séres parecía que se habían dado cita en un cementerio.

El Dean levantó la cabeza y dijo con voz opaca:

—¿Era usted, padre Jerónimo?

—Sí, señor Dean, os traigo buenas noticias.

—¿Buenas? murmuró el Dean.

—Sí, señor Dean, no pueden ser mejores.

—Hable usted.

—La viuda de Iza, madre del padre Antonio, falleció anoche.

—Bueno, bueno, murmuró el Dean.

—Tengo el testamento, dijo el padre Jerónimo; testa en favor de la iglesia medio millón.

—¡Al fin! exclamó el Dean, es necesario poner un cable en cifra al General de los Jesuitas, avisando, y que la otra parte de la herencia ya la tenemos cogida con el padre Antonio.

—Dispondremos unas grandes honras.

—Sí, muy solemnes, fué una gran protectora de la iglesia. ¿Y nada más eso?

—No, deja otras muchas cosas de valor para nosotros.

—¿Y el albacea?

—Soy yo, señor Dean.

—Inmejorable, el pandero está en nuestras manos.

—Yo sabré arreglar todo, y pienso sacar en la venta de las *haciendas* una tercera parte más.

—Eso será para usted y para mi, la testadora no pensó en ello.

—Es verdad, y así lo haré, en tanto, la herencia se ha puesto en nombre del Licenciado.

—No olvide usted los contradocumentos, no nos vaya á pasar lo que con esos malditos extranjeros, que se quedaron con las fincas y nos negaron la partida con el mayor cinismo.

—Soy un buen lince, señor Dean; no hay que tener cuidado; sé cómo se manejan estos negocios.

—No hay que olvidar nuestra tercera parte, á nadie defraudamos.

—A nadie, señor Dean.

—Estamos de acuérdo.

—Y, entre paréntesis, padre Jerónimo, ¿qué tiene usted? lo veo pálido, enfermizo, todo cambiado.

El padre Jerónimo dió un suspiro profundo.

—¿Sufre usted? le preguntó el Dean?

El clérigo se llevó la mano al corazón, como si quisiera contener sus latidos.

—Aprenda usted á mi, dijo el Dean, soy presa de un dolor horrible, de una amargura sin límites, y me manifiesto tranquilo.

—Yo no puedo, contestó el padre Jerónimo, esta misma noche tengo que casar á la mujer que amo.

—Pues yo, dijo el Dean descubriendo su dentadura postiza, yo ya perdí para siempre á la mujer que amaba, y estoy loco, demente, no sé qué hacer ni qué partido tomar...... viejo, desarmado, vencido, soy la imagen viva de la infelicidad y del desprecio.

El padre Jerónimo miró atentamente al Dean, y sintió por él una viva compasión.

—¿De qué me sirve el dinero, dijo, si esa mujer se ha ausentado para siempre.

El viejo se echó á llorar.

Pasó un momento de angustia y aparentando reponerse, dijo:

—Pero hay que conformarse, esa será la voluntad de Dios.

—¿Y se fué con algún amante, señor Dean?

—No, eso hubiera sido mi desesperación; salió echada de esta casa ¿qué será de ella? ¿dónde estará?

—La buscaremos, dijo el padre Jerónimo, eso es muy fácil.

—¡Muy fácil! gritó el Dean, pues bien, si usted tiene lástima de un hombre de un compañero, búsquela usted, búsquela, siquiera aunque nada más por verla un solo instante, porque la adoro con locura.

—En el acto, dijo el padre Jerónimo, no vuelvo sin haberla hallado, se lo prometo á usted.

—No tendré con qué pagar ese favor, porque yo me siento morir, mi cerebro se enloquece, mi sangre arde...... padre Jerónimo, deme usted agua, el pecho se me cierra.

Corrió el padre Jerónimo por un botellón y una copa que estaba en una mesa próxima, cuando vió que el Dean se desplomaba.

Quiso levantarlo y no pudo; roció la frente con agua.

El Dean, pálido intensamente, estaba rígido sobre la alfombra.

El padre Jerónimo agitó la campanilla, pidió un médico.

Entró la familia dando gritos de espanto.

Llegó el doctor, y después de examinar al Dean, como era el médico de los jesuitas, se limpió una lágrima, y dijo:

—¡Rogad á Dios por el alma de este santo!

Cuando el padre Jerónimo se encontró en la calle, refrescado por el aire de la noche, exclamó lleno de angustia:

—El amor lo ha matado; ese mismo puñal hiere mi corazón.

III

Se inundó de frailes la casa del Dean, y mientras le rezaban el Credo y otras oraciones, la señora entró á saco en la casa como un beduino, abrió el bufete y se sacó rollos de billetes y muchas monedas de oro, desnudó de sus alhajas á las imágenes, hizo envoltorios de ropa y se sacó de la casa cuanto pudo y no pudo.

—¿Dónde están las niñas? preguntó á una criada.

—Pues la niña Isabelita se fué con fray Atenógenes de los Santos Cuates, y la niña Rosarito con fray Manuel de los Santos Lugares.

—Muy bien; se las han llevado á pasar los nueve días del luto.

—¿Y estarán bien atendidas?

—¡Ya lo creo!

Entró el padre Jerónimo.

—Señora, recoja usted todos los papeles, que son de alta importancia..

—Ya todo está guardado, ¿y yo cómo quedo?

—No hay cuidado, soy el albacea y toda esta casa es de usted y de las niñas, debilidades de los hombres; pero al fin son hijas del Dean y deben heredarlo.

—Le juro á usted que son sus hijas.

—Lo creo, señora, además, son su propio retrato.

—¿Y dónde están?

—Se las han llevado los dos frailes que usted conoce, á que pasen el luto.

—Son unos bribones, señora, es un fraile italiano y un español, capaces de todo.

—¡Dios mío!

—Mande usted en el acto por ellas.

La señora agitó la campanilla.

Se presentó un lacayo enlutado.

—El coche y yo misma voy.

—Temo que llegue usted tarde.

—Apenas hace una hora que han salido.

—Lo suficiente, dijo el padre Jerónimo, vaya usted en el acto.

La señora bajó y se entró en el carruaje, que partió á todo escape.

El clérigo se dirigió á la biblioteca del Dean, quitó libros hasta encontrar unos papeles.

—Estas son, dijo, las contraescrituras de los bienes confiados á los extraños, ya estamos salvados; ahora, á pasar el cadáver á la Catedral, y si quieren los canónigos, que se lo coman ó que lo sepulten, me tiene sin cuidado.

Después se fué á rezar responsos.

Estrena 11ª—Junio 9 de 1862.

A la hora volvió la señora.

—¿Qué pasa? le preguntó el padre Jerónimo.

—Una desgracia muy grande.

—¿A qué llama usted grande?

—Que mis hijas no quieren volver á casa.

—¡Se lo dije á usted, señora, esos frailes extranjeros son el demonio!

—Dicen mis hijas que ya son mayores de edad, y que allí están bien.

—Yo pondré á todos á buen recaudo, pero será mañana; esta noche tengo un casamiento.

El clérigo crispó las manos.

—Lo que siento, dijo la señora, es que estos frailes sean extranjeros.

—Mejor, el día menos pensado las dejan, pretextando un viaje, al fin nada les han de dar.

—¡Y son muy guapas!

El padre Jerónimo movió la cabeza con impaciencia.

Llegó el carro fúnebre, colocaron el cadáver del Dean y tomaron rumbo á la Catedral.

La señora no vertió una sola lágrima, los criados eran los que lloraban.

Llegaron muchas devotas á acompañar á la señora.

Comenzaron por hacer un panegírico del Dean y después siguió la crónica escandalosa y risas y las ocurrencias graciosas.

Dieron las ocho y todas rezaron las oraciones de difuntos.

Circuló el vino y los pastéles y la tertulia se pu-

so en todo su auge, ni quien se acordara del difunto.

Entraron varios frailes muy compunjidos y la señora les dió dinero para misas de *requiem*.

Entonces la tertulia se hizo más alegre, los frailes se descolgaban con chascarrillos y cuentos y las beatas y la señora, reian á dos mandíbulas.

Así se pasó la noche, después de una cena suculenta y este fué el velorio del Dean.

IV

Pastrana, el presunto marido de Brígida, se encontraba en el Hotel, vistiéndose de punta en blanco para la ceremonia.

El jesuita laico, aquel tipo enjuto y descolorido vestido de gris, ya también iba en tren, con una gran levita, zapatos de charol y un sombrero casi nuevo.

—Está usted de enhorabuena, le decía á Pastrana, la novia es *bocato de cardenali* y el dinero es otro bocato más sabroso.

—Ya lo creo respondió el ordinario del Pastrana; pero creo que á esa mujer no le simpatizo.

—¿Y eso que importa? siendo usted el marido tiene todos los derechos.

—Es verdad pero yo le tengo miedo, es muy altiva y es muy bonita la malvada.

—Y muy elegante, como que el padre Jerónimo la tenía á cuerpo de rey.

—Sí, está todavía enamorado de ella, observó Pastrana.

—¿Y eso qué importa? dijo el jesuita, amores ideales, ilusiones perdidas, usted es el dueño.

—Pero él paga y no sé lo que suceda, todavía no me habla claro.

—Ni hablará, pero usted comprenderá que se trata de que usted sólo sea un marido público y de que él siga siéndolo en secreto.

—Todo entra en el precio.

—Pero usted no se dé por entendido y se lleva á la pécora y luego la vende cara.

—Ya lo tengo pensado, contestó Pastrana, riendo como un imbécil.

—Pero usted debe aparentar ignorarlo todo, debe usted mostrarse amoroso.

—Como que es linda!

—Sí, ese es un aliciente más, puede usted jugarle al clérigo una mala pasada.

—Y se la jugaré esta misma noche, soy el marido y santa palabra, ella no podrá rehusarse á mi amor.

—Ya lo creo dijo el jesuita, está usted señor Pastrana en toda regla.

—Además, no soy tan feo y con este traje, doy el opio!

—Como no se ha de acostar de frac.

—Es verdad, pero eso no le hace, le repito á usted que le tengo miedo.

—No es enemigo temible una mujer y menos en noche de boda.

—Veremos, veremos, dijo Pastrana, calándose los guantes, con un trabajo terrible.

—Va usted á romperlos.

—Puede ser muy bien, es la primera vez que me pongo estos forros.

—Pues mucho cuidado.

—Si no puedo mover los dedos; diablo de casamiento. Lo que importa es sacar las pesetas, no deje usted de avisarme, yo no quiero nada, sino saberlo todo sin eso no hay inconveniente, dijo Pastrana:

—Yo nada más recojo historias, soy aficionado á guardarlas.

—No comprendo el objeto.

—Soy anticuario, dijo el jesuita y guardo todo lo viejo.

—Pero esto es nuevo.

—Ya se envejecerá, ese es mi trabajo de elaboración.

—Bien, tendrá usted historia y muy divertida.

Pastrana continuó con su risa imbécil.

El jesuita también se reia, pero insidiosamente.

V

El padre Jerónimo llegó á la casa de Brígida, que estaba suntuosa.

Con permiso de la mitra, el matrimonio debía verificarse en aquella noche y en aquella casa.

Profusión de luces iluminaban todo el edificio.

Los lacayos circulaban por todas partes, llevando objetos para el comedor y los salones.

En materia de flores había un lujo inusitado.

Todo respiraba elegancia y buen gusto.

Las modistas del Jockey habían vestido á la novia, que llevaba un traje espléndido, lleno de encajes y perlas.

El velo era magnífico y estaba colocado sobre la rubia cabeza de la joven, con un gusto inimitable.

La novia estaba impregnada de esencia como una gardenia.

Un collar de solitarios que sostenía también una cruz de preciosos brillantes, colgaba al cuello maravilloso de la joven.

Estaba sentada esperando la hora de la ceremonias cuando entró el padre Jerónimo.

Aquel hombre no sabía que Brígida era tan bella.

Quedó deslumbrado de tanta hermosura y su corazón latió con una violencia que amenazaba estallar dentro su pecho; sintió en su alma todo el

amor fatal que se había apoderado de su existencia, todo aquel cariño nutrido en sus vigilias y contemplaciones y que se había adueñado de su alma.

Se arrepintió de haber preparado aquel casamiento.

Prefería todo escándalo antes que perder á aquella mujer de quien estaba profundamente enamorado, veia el abismo y quería caer en él, lanzarse por su voluntad hasta morir; pero no ceder á nadie aquel ídolo, que era su pasión y su encanto. ¿Qué le importaba ni la sociedad ni el mundo? él le gritaria desde sus dinteles ¡la amo!

Y la sociedad y el mundo enmudecerían.

Pero entregar en brazos de un hombre á la divinidad de sus sueños, á la imagen maravillosa de sus ilusiones, era espantoso, preferia cien veces la muerte!

Sabía que á la mañana siguiente moriría como el Dean.

Pero el Dean no habia entregado á Susana, y él, él mismo iba á casar á la joven.

Entonces tomó una resolución tremenda, espantosa, puso la mano en su pecho y acarició el pomo de un puñal y luego con la sonrisa del infierno, exclamó:

—¡Ella y yo!

Acercóse á la joven y le besó la frente.

Brígida sonrió.

—¿Estoy bien? Preguntó con voz dulce.

—¡Nunca has estado más bella! exclamó el clérigo; ignoraba que fueses así, que tuvieras más po-

der que el que has desplegado para llevarte entre las manos mi alma y mi corazón.

—Adulador, murmuró Brígida.

—Oyeme, dijo el clérigo, ya estoy arrepentido, me parece todo esto un sacrilegio espantoso.

—¡Tonto! le dijo la joven.

—No, dime loco, yo he cedido á las amenazas de la Compañía de Jesús á quien tanto he temido; pero ahora soy fuerte y soy valiente, nada temo, tu eres primero que todo el mundo!

—Calla, si esta no es más que una farsa, quiero ser casada para ser libre.

—Y lo vas á ser, pero ese hombre?

—¿Cuál?

—Tu marido.

—Lo has sabido escoger no temas, es un imbécil á quien desprecio.

—Pero esta noche, aquí, solo contigo.

—¿Y qué me importa?

—¿Qué me supone un miserable vendido al oro y prostituido, más bien envilecido ante el interés!..... no, yo no soy esclava á quien se le venda ni un mueble á quién se traspasa, yo sé lo que soy!

—Brígida, gritó el jesuita, me asustas.

—No, ni usted ni nadie me conoce, creen que soy la beata inocente del convento, con la mirada azul puesta sobre el cielo y las manos sobre el re... torio, no, soy otra cosa, usted ha despertado el alr... que vivía en el fondo del pecho como una

águila dormida, hoy tiendo las alas, el mundo no me impone, yo estoy por cima de todo.

—Así, así te quiero, así te amo, así te idolatro, exclamó el jesuita, cayendo de rodillas á los piés de la joven.

—Levante usted y escúcheme: esta noche, cuando lo crea usted oportuno, se esconde usted en mi aposento de boda, allí se calmarán sus celos, verá usted como se porta una mujer que tiene la conciencia de su orgullo y de su dignidad, esa dignidad que usted ha arrastrado por el lodo!

—Perdóname, no he sido yo, ha sido la fatalidad de mi destino.

—Bien, ¿ya está usted calmado?

—Sí, ya, decía, respirando el clérigo, necesitaba todo esto para tener valor para la ceremonia, gracias hija mía, gracias!

La joven le puso la mano sobre los labios y el clérigo le imprimió un beso ardiente.

VI

Había una gran concurrencia.

Todos los hombres del partido de la iglesia habían sido invitados por el padre Jerónimo, para su vindicación; abogados, médicos, comerciantes, todos devotos y santurrones, blasonando de católicos y hablando hipócritamente de la situación.

—¡Cuanta calumnia! decía un licenciado.

—Todo calumnia, repetía el médico, yo que no me he separado del padre Jerónimo, porque está enfermo, soy testigo, puede decirse, de todas las horas de su vida, las confidencias con el médico son de ordenanza y ese buen sacerdote es un santo.

—El escándalo lo arman los habladores, dijo el abogado, esas infames lenguas que no dejan de repicar, decir que el padre Jerónimo tenía relaciones con la joven conventuala, es una indignidad.

—Ya lo creo, dijo un santurrón, si hay un hombre virtuoso es el padre Jerónimo.

—Sobre todo, agregó el abogado, no se comprende que un hombre que ama ardientemente á una mujer la casa con otro, esto es inconcebible.

—Increible, murmuró el médico.

—¿Qué dirán ahora que se sepa este casamiento? serán capaces de inventar otra cosa; porque en materias de inventiva los lenguaraces no se detienen.

—Todo es el odio á la religión, señores, dijo el beato, la guerra sin tregua que nos hacen, se apoderan de cualquier cosa para desconceptuarnos, esos malditos periódicos no se cansan de satirizarnos con dardos envenenados; pero el edificio no se conmueve ni perecerá la nave de la Iglesia.

—Cuando oigo esos discursos en las Cámaras, me dan gana de esprimir á esos malditos, exclamó el abogado.

—Eso no es nada, dijo el santurrón, los infames

masones, que son los de los chismes, hacen correr historias infames de nosotros.

—Pero sea lo que fuere, observó el médico, esta es una noche de reparación, el padre Jerónimo se rehabilita ante los ojos de los incrédulos, no ante los que lo conocemos.

—Es verdad, él mismo casa á la joven ¿qué más pueden pedir esos herejes?

—No hay más allá, agregó el abogado.

—El oratorio, dijo el devoto, está que no hay ojos con que verlo, es un bosque de flores, todas son gardenias y ramos blancos.

—La pureza, amigo mio, dijo el abogado.

—Sí, sí, todo blanco y lleno de esencia, el gusto es admirable.

—El negocio cuesta mucho dinero.

—Como que la joven es muy rica vea usted á aquel viejo humilde que está allí sentado y que no habla con nadie, es el padre de la joven, el padre Jerónimo lo ha hecho venir á la boda de su hija, asiste á la ceremonia, bendice á su hija y se marcha al instante, lo que el llama la corte, le aburre y su hija lo deja ir, no quiere contrariarlo.

Efectivamente el padre de Brígida estaba presente y ni aun sospechaba lo que estaba pasando. La madrastra tenia envidia y no asistia al casamiento.

En el salón habia multitud de familias y las aristócratas lucian sus soberbios trajes y sus deslumbrantes joyas.

Multitud del alto clero asistió: obispos y dignidades, porque la Compañía de Jesús estaba empeñada en vindicar á uno de sus miembros y no perder ni un ápice de su concepto.

Se oyó un murmullo y era que el jesuita laico se presentaba con el novio.

Luego que aquella concurrencia distinguida vió á aquel personaje grotesco y ordinario, con un frac mal avenido, unos pantalones anchos y zancones, unos guantes arrugados y la fisonomía de un estúpido, hizo un gesto de desagrado.

El jesuita fué presentando á todos á Pastrana, que deslumbrado ante aquella sociedad, no ataba ni desataba.

—Es simplemente un bruto, dijo el abogado, decididamente las mujeres escogen lo peor.

—Pero esto es lo detestable, exclamó el santurrón.

—Tiene fisonomía de idiota, dijo el médico.

—Y me parece que lo es, agregó el beato.

—Por lo menos no lo disimula, agregó el abogado.

Levantose otro rumor más pronunciado.

La novia entró en el salón.

El talle elegantísimo de la joven, aquel rostro encantador, aquella mirada celestial y aquella boca incomparable, causaron desde luego una gran sensación.

El padre Jerónimo, acompañado del padre de la joven, hizo la presentación y todos admiraron más

que la belleza de la novia, la fealdad espantosa del marido

—Hay cosas que no pueden ser, dijo el abogado, y esta es una de ellas. Esa niña no debe por derecho pertenecer á ese jabalí.

Pastrana estaba embobado.

La joven se tomó del brazo del novio, y acompañados del padrino que era un Obispo y de la madrina que era una vieja dama de la aristocracia, entraron al oratorio seguidos de la multitud.

Se revistió el padre Jerónimo, y puesto frente al altar, recibió el juramento de los novios.

Todos notaron que la joven estaba displicente; pero ninguno se asomaba á ver la tempestad de su alma.

El padre Jerónimo estaba intensamente pálido, lo que se atribuía al pesar causado por la muerte del Dean.

Leyó el clérigo la Epístola de San Pablo, les dió la bendición y terminó la ceremonia.

Una grande orquesta habia tocado un trozo de Rossini durante el casamiento.

El jesuita laico, al abrazar á Pastrana, le dijo:

—Cuidado, amigo mio, el dinero antes que todo y no deje usted escapar á la novia que está linda mo un astro.

—Así lo haré, murmuró Pastrana, pero insisto ue tengo miedo.

padre de Brígida la bendijo y se retiró.

aron todos al comedor donde se sirvió una es dida comida.

Pastrana ya estaba medio borracho.

El jesuita le atizaba copas y copas de coñac.

Reinaba una grande alegría.

El padre Jerónimo no asistió á la mesa, estaba de duelo.

Terminada la comida se disolvió la reunión, no sin decir multitud de sarcasmos á costa del novio, que no supo ni tomar los cubiertos.

La novia se retiró á su aposento y se arrojó sobre un diván, manifestando su hondo fastidio.

Entró Pastrana y desde luego se disponía á quitarse el frac.

—Todavía no, dijo la joven, me repugna ver desnudar á un hombre.

—Está bien, murmuró Pastrana.

Quedaron los dos novios, ó más bien marido y mujer, por largo tiempo en silencio.

Repentinamente, Pastrana, impulsado por el vino, dió unos pasos y se inclinó para besar á su mujer.

Levantose la joven como si la hubiera movido un áspid y le dió una bofetada.

—¿Qué hace usted?—gritó Pastrana.

—Abofetear á un miserable.

Pastrana bajó los ojos.

—Usted ha creído que yo era una perdida que se prestaba á esta farsa, y se ha equivocado. Usted no es mi marido, ni lo conozco á usted.

—Yo no sé, dijo Pastrana, usted se acaba de casar conmigo y yo tengo derecho.........

—Lo que es usted es un canalla, gritó la joven, que en este momento se marcha de aquí.

—¿Y quién me sacará de aquí?—dijo riendo Pastrana.

En aquel momento se abrió el guardarropa: de un salto el padre Jerónimo se puso frente á frente de Pastrana, y con una fuerza nerviosa y desconocida hasta entonces, tomó por el cuello al marido y lo arrojó fuera del aposento.

El asalto fué tan imprevisto y violento, que Pastrana rodó por el suelo.

—Retírese usted, dijo Brígida, y el jesuita volvió á entrar en el aposento.

Pastrana se levantó furioso.

—Yo acusaré á usted de adulterio mañana mismo.

—Eso será mañana, dijo la joven, ahora se larga usted de esta casa.

—No me iré, gritó Pastrana.

La joven tiró del cordón de la campanilla y se presentaron los lacayos.

—Sacad á este hombre de aquí y ponedlo en la calle.

Los lacayos se arrojaron sobre Pastrana y á empellones y á palos lo hicieron bajar la escalera y lo arrojaron á la calle.

VII

No habia pasado media hora cuando se presentó el Comisario.

Se dilataron en abrirle. Subió y salió á recibirlo una señora anciana.

—Diga usted, señora, dijo el Comisario, ¿es verdad que este señor ha sido arrojado á palos de esta casa?

—¿De esta casa?—dijo la viejecita—es imposible, yo ni conozco al señor.

—¿No es verdad que se ha casado aquí?

—¿Casarse?—dijo con entereza la anciana. Me está usted, señor Comisario, diciendo cosas!......

—¡Es verdad!—gritó Pastrana—pasemos al oratorio, y verá usted señor Comisario.

—Pasemos, dijo la vieja, y abrió el oratorio. Ni una flor, ni una vela, solamente una lamparita sobre el altar.

—Todo lo han quitado, exclamó Pastrana.

—Está loco, dijo la vieja al oido del Comisario.

—Juro que me he casado, decia Pastrana.

—Pasa en observación al Hospital de San Hipólito, dijo el Comisario.

Y dando sus excusas salió de la casa.

CAPITULO XI.

LAS MANIFESTACIONES.

I

Pepín chasqueado por Brígida y Rafael por Susana, eran dos infelicidades andando.

Los pobres estudiantes estaban dados al diablo: enamorados, llenos de desengaños y sin saber dónde estaban sus novias, se tiraban de los cabellos y vagaban por la ciudad, desertores de la Escuela Preparatoria.

Llenos de fastidio y de pobreza, eran dos átomos desgregados que flotaban sobre esa atmósfera pesada de la capital.

Descansaban en el jardin del zócalo en espera de nada, cuando atravesó á todo escape un repórter de «El Imparcial,» y los saludó.

—Detente, dijo Pepín.

—Voy muy de prisa, contestó el repórter; pasan cosas terribles, escándalos sin nombre.

—¿Pues qué sucede?—preguntaron á una voz los estudiantes.

—Es toda una historia; vengo de Belén.

—¡Cuéntala, hombre, cuéntala!

—Nada, que hay una acusación de adulterio en el Turno.

—¿Cómo se llama la víctima?

—Pastrana. Un pobre diablo á quien engañó un clérigo haciéndolo casar con su amante; y cátate que la misma noche de bodas le dieron una paliza y se llevaron á su mujer.

—¡Tiene chiste la ocurrencia!

—Sí, para nosotros, pero muy poco para el marido.

—¿Y quién es ella?

—Una tal Brígida, conventuala.

Pepín se extremeció y luego dijo:

—Qué ¿un clérigo la casó?

—Sí, su mismo confesor después de deshonrarla.

—¡Esto es horrible!

El repórter se largó sin despedirse.

—¿Ya lo has oído, Rafael? Es Brígida, es mi novia; aquella hermosísima mujer que metieron al conventículo.

—No recuerdes historias pasadas.

—¡Me la ha de pagar el clérigo!

—¿Y para qué?

—Para vengarme.

—¡Ya pensaremos en eso! El escándalo que meta la prensa ha de ser terrible.

—Veremos lo que pasa, y así tomaré una determinación.

—Perfectamente. En cuanto á Susana, imposible saber nada.

—Hombre, basta con que estuviera en la casa de un clérigo para sospechar el fin del drama.

—No lo creas, el Dean ha muerto. Cuando fuí á la casa todo habia desaparecido, ni á quien preguntarle. La señora no quiso recibirme, pero tuvo la bondad de mandarme dinero para comprar un traje de luto por la muerte de mi tio.

—Ha de haber saqueado la casa. Esos cincuenta pesos que te ha dado, son cincuenta remordimientos.

—Entonces tú no conoces á esa gente; la conciencia la tienen empedernida: nada les remuerde.

—Estamos conformes, pero Susana no parece.

—Ya parecerá luego que pueda, estoy seguro de que me escribe.

—Lo creo, pero ya vez lo que pasa con Brígida.

—Yo tengo la idea de que esa mujer no se deja tan fácilmente gobernar: es altiva, orgullosa y de un valor á toda prueba; no sabemos como estaría lo del casamiento, todo ha de haber sido una farsa. Esperemos.

—Sí, es el mejor partido.

Los estudiantes se quedaron en silencio y dormitando en el jardín del zócalo.

II

Veamos lo que habia pasado:

Luego que los lacayos arrojaron á la calle al pobre marido, ocurrió la policía y el resultado ya lo vimos.

Brígida volvió á su aposento y se encontró con el padre Jerónimo.

—En el acto, le dije, que toda la servidumbre quite las flores y los adornos, que no quede una huella de la fiesta, la policía va á venir y es necesario negarle todo, ya nos veremos mañana.

Obediente salió el clérigo, y como quien muda una decoración de teatro en una comedia de magia, la turba de lacayos se llevó las flores y los adornos, restableciendo el antiguo orden.

La vieja cuidadora de la casa aprendió su papel y á todo esto se debió el fiasco de la policía y del infortunado marido.

—Ahora, dijo Brígida dirigiéndose al clérigo, váyase usted y espere, yo no estaré en México durante tres dias, voy á una casa de Tacubaya de donde escribiré, porque el escándalo va á ser mayúsculo.

—No tengo con qué pagar tus bondades, hija mia, dijo el clérigo.

—Ya hablaremos de eso; por ahora á contener el golpe y nada más.

Adiós, Brígida, dijo el clérigo, y besó en el carrillo á la joven.

Salió en seguida loco de contento y de amor, y echando cálculos para el porvenir, estaba dispuesto á sacrificar todo: nombre, concepto, honra sacerdotal, todo, por el amor de aquella mujer.

Pastrana, enojado de la Comisaría y amagado de entrar en la casa de dementes, se fué en busca del jesuita laico, que dormía profundamente después de la fiesta del casamiento de Pastrana.

Cuando lo despertaron á esa hora tan avanzada, que ya empezaba á amanecer, estiró los brazos, bostezó y sonriendo, dijo: «Ya apareció aquello.» En seguida hizo entrar á Pastrana.

—¡Señor, gritó el marido, me han amolado!

—Ya lo sospechaba, contestó el clérigo laico, y se echó á reír como un desesperado.

—Pero esta no es cuestión de risa, dijo Pastrana.

—Pero señor de Pastrana, no olvide usted que aquí sólo se ha tratado de dinero.

—Sí, pero no veo claro.

—¡Vamos, desayúnese usted é iremos á ver al padre Jerónimo!

—El, él fué, gritó Pastrana, el que me arrojó contra el suelo, estoy furioso.

—Calme usted sus ímpetus y no olvide que está próximo á ser rico; dígale usted que lo perdone, que usted por precipitarse tuvo la culpa: á jesuita, jesuita y medio.

—Tiene usted razón, ya estoy calmado. Que amanezca bien y vamos á ver al padre Jerónimo.

—Es usted un hombre muy razonable y usted prosperará, yo se lo aseguro.

—Lo siento y lo creo.

—Además, el padre Jerónimo ha de estar de buen humor. Acaba de heredar medio millonejo y esto alegra á cualquiera.

—Ya lo creo, dijo Pastrana.

—Además, si á usted lo arrojaron á palos, sería......

—Porque quise ser marido.

—En eso estuvo la equivocación, olvidó usted su papel, no esperó los sucesos y fracasó, eso era sabido.

—No pensé tanto.

—Si con poco era suficiente.

Se desayunaron como buenos amigos; y á las ocho, hora en que el padre Jerónimo recibía, después de decir misa, se dirigieron á su casa.

El padre Jerónimo ni se inquietó cuando le anunciaron á Pastrana y al jesuita laico.

—Que pasen esos señores, dijo, y tomó un revólver que estaba en un cajón de su bufete y se lo guardó bajo la sotana.

Entraron Pastrana y el jesuita.

—Pasen ustedes, señores, y tomen asiento.

Todos se sentaron.

—Ya escucho á ustedes, dijo el padre Jerónimo.

Pastrana, no queriendo cometer una imprudencia, guardó silencio dejando hablar al jesuita.

—Señor, después de los sucesos de ayer, creemos que estará usted satisfecho.

El padre Jerónimo no respondió.

El jesuita continuó:

—Según me ha informado el señor, tuvo la imprudencia de acercarse á su esposa y eso motivó el justo enojo de la dama. En cuanto á usted, salió oportunamente á defender á una dama como lo hace todo caballero.

El clérigo permanecía callado.

El jesuita, algo contrariado, continuó:

—El Sr. Pastrana viene á dar á usted una satisfacción por lo de la Comisaría, á pedirle instrucciones y á alguna otra cosa.

—No tengo instrucciones que darle, porque aquella casa se ha cerrado para siempre. La señora se ha ido sin que se sepa dónde; así es que puede usted decirme el último objeto de su visita.

—Así lo haré, dijo el jesuita.

—¿Me parece que no tiene usted queja del Sr. de Pastrana?

El padre Jerónimo inclinó la cabeza.

—Pues bien: se ha prestado al casamiento, ha estado correcto, á nada se ha opuesto. Una faltilla disculpable, porque al ser marido de una mujer tan bella y como estaba anoche, ó cualquier marido se le ocurre.

El padre Jerónimo se puso más pálido todavía, lo que no pasó inadvertido para el jesuita.

—Vamos al negocio, caballero.

—Pues el negocio no es más que el término ó terminación de lo mismo.

—Ya escucho.

—Como yo intervine, no extrañará usted que yo venga á concluirlo.

—¿Y bien?

—Nada, que al señor le hemos ofrecido una cantidad por su sacrificio, y es necesario cumplirle.

—Es que el señor nos ha engañado.

—¿Yo?—preguntó Pastrana.

—Sí, señor, usted, dijo el padre Jerónimo.

—Oigamos con calma, dijo el jesuita.

—El Sr. de Pastrana, como usted le dice......

—Y como me llamo, interrumpió Pastrana

—Sea como usted guste; aquí tengo los apuntes sobre su vida.

Pastrana se extremeció.

—Pues bien, el señor no podia haberse casado anoche, ese matrimonio es nulo; porque este señor es casado, y por añadidura con hijos que ha abandonado.

Pastrana se puso á temblar.

—¿Qué dice usted de eso, Sr. de Pastrana?

—Que todo eso es una calumnia; que esa mujer á quien se refiere el señor, cuenta esa fábula para desconceptuarme.

—Está en mi poder, dijo el padre Jerónimo, el certificado del Registro Civil, que usted no podrá negar, y en vista de todo esto no daré un céntimo, porque hemos sido engañados usted, yo, y esa señora que de todo está enterada.

—¡Pero esto es increíble!—exclamó el jesuita laico.

—Muy creíble, caballero, y como la conducta de usted es una complicidad en este hombre, permítame usted que á esa conducta le llame asquerosa!

—Al Sr. de Pastrana puede usted decirle cuanto quiera, pero no á mí que lo he ayudado malamente en esta aventura; usted se ha arrepentido, recobra usted á esa mujer y se excusa de cumplir su promesa; usted sabe que estos son negocios de caballeros, que no se pueden exigir ante un Tribunal y que la gente honrada tiene que cumplirlos.

—Eso cuando se trata entre gente honrada, usted lo ha dicho.

—Puede usted muy bien, dijo el jesuita, haber dicho una ofensa.

—Lo dicho está dicho, caballero, dijo el padre Jerónimo.

—Muy bien, contestó el jesuita; la defensa es natural; pero no tema usted, no será secreta, sino pública. Mañana ya se sabrá esta historia con todos sus detalles.

—¿Me amenaza usted?

—No, no es amenaza, es realidad.

—No tendrá usted valor para denunciar ni á ese hombre.

—Yo tengo valor para todo, hasta para escribir á Roma.

El padre Jerónimo sintió la tempestad que se venía encima, pero se mantuvo en su puesto.

—Por última vez, dijo el jesuita, cumple usted con su oferta?

—¿Qué oferta?—dijo el padre Jerónimo—yo no recuerdo haber hecho alguna.

—Entre nosotros, dijo el jesuita, todo lo que usted dice sale sobrando; nos conocemos mucho, muchísimo!

—Pues yo á usted no lo conozco.

—Es extraño, los dos pertenecemos á la Compañía de Jesús.

—Entonces usted debía ser mi amigo, no mi adversario.

—Es que yo arreglé este negocio.

—Pues ya nos entenderemos.

—¿Y yo?—preguntó Pastrana.

—Usted no es nadie, respondió el padre Jerónimo (porque aquel hombre le era en extremo repugnante y odioso).

—Bien, respondió con calma Pastrana, yo voy á ser la burla y la irrisión del mundo entero, yo nada importo ni tras de mí hay algo; pero en mi caída arrastraré no sólo á usted, sino á todo el clero; arrojaré sobre ustedes á la sociedad entera, los arrastraré por el lodo, esa será mi venganza!

—Nos defenderemos; todavía la mayoría nos cree, todavía las multitudes nos veneran, y aparecerá usted como un miserable calumniador, nos fingiremos las víctimas y los mártires y usted será el execrado.

El jesuita le hizo una seña á Pastrana y éste no volvió á hablar.

Cuando estuvieron en la calle, el jesuita dijo á Pastrana:

—Voy á redactar el escrito de acusación de adulterio que llevará usted al Turno, y á las veinticuatro horas este bribón estará en una bartolina.

Ese escrito fué el que vió el repórter y que, publicado por los periódicos de la mañana, arrojaron el escándalo en la sociedad entera.

III

Los estudiantes se dirigieron á la Preparatoria y á Jurisprudencia y formaron una junta, disponiendo en el Circo Orrin una manifestación anticlerical.

El circo se vió concurridísimo y con asistencia de muchas señoras que estaban en los palcos.

Cuando apareció la familia del Benemérito de América, el entusiasmo no tuvo límites: aplausos, vivas, dianas, gritería.

Los estudiantes, en pie, saludaban con sus sombreros.

La tribuna fué espantosa: los discursos incendiarios todos contra los frailes.

Cada orador era saludado con nutridos aplausos y cada frase con gritos desbordados de entusiasmo.

El hijo de Benito Juárez fué arrancado de su palco y llevado á presidir la velada.

Aquello era un tumulto revolucionario.

Hacía treinta años que se escuchaban gritos de ¡viva la religión! Ahora ni uno solo, todos contra los frailes.

Concluida la velada una masa de pueblo y estudiantes se precipitó á la calle en una avalancha incontenible, dirigiéndose al Panteón de San Fernando á depositar coronas en la tumba de Juárez.

En la Alameda, subidos los estudiantes en las bancas de las lunetas, pronunciaban discursos vehementes, querían apedrear los templos.

Rafael y Pepino alentaban el escándalo, y llevaron á la multitud frente á la casa del padre Jerónimo y allí fué más terrible y estruendosa la manifestación anticlerical.

La policía se puso en vela, pero no podía contener el tumulto.

Había una fiebre en los estudiantes; todos pedían á gritos el aniquilamiento del clero.

IV

El padre Antonio se habia dirigido á la casa del padre Jerónimo para hablar algo sobre el testamento de la madre.

El padre Jerónimo lo recibió llenándolo de agasajos

El padre Jerónimo lo abrazó llorando, lamen-

tando la muerte de la ilustre señora y diciendo cuánto la iglesia había rogado por el descanso de su alma.

El padre Antonio comprendía que todo aquel sentimiento reconocía por orígen la herencia.

—¿Qué se le ofrece á nuestro muy querido hermano? No tiene más que abrir los labios y será servido.

—Pues venía á que deslindemos los intereses. Quiero quedarme con la Hacienda X, que allí fué la casa de mis padres y allí crecí, y me sería doloroso verla en ajeno poder.

—Nada más justo, hijo mío, la Hacienda quedará en tu poder y todo cuanto quieras, al fin todos los bienes son de gran valor y la iglesia no hace sacrificio alguno. ¡Tú eres el hijo de nuestra protectora, para tí no hay dificultades.

—¡Gracias, padre, dijo Antonio, no esperaba otra cosa!

—Tú harás la partición de los bienes; yo firmaré nada más.

—Sea, dijo el padre Antonio, tenemos desde el tiempo de mi padre depositados medio millón en el Banco de Londres; nos lo dividiremos por mitad y otro medio millón de bienes raíces: hay cuatro haciendas y buenas fincas en la capital.

—Estamos convenidos; presentaremos de común acuerdo la repartición y es negocio de un día, y no quiero contar las alhajas de la señora, esas son todas de usted.

—Gracias, padre, quería terminar amigablemente esto negocio.

—Pues terminado, contestó el padre Jerónimo pensando en el oro depositado en el Banco de Londres.

—¿No se le ofrece á usted otra cosa?

—Por ahora no, sino que se evite ese inventario del mobiliario de la casa.

—Esas son pequeñeces. Dése por concluida la testamentaría; afortunadamente no hay más que dos herederos: usted y la Iglesia, y no habrá dificultades y menos con usted, eso no tendría nombre, sería hasta criminal.

El padre Antonio apenas escuchaba al jesuita.

V

En aquellos momentos llegaba la manifestación anticlerical frente á los balcones y la gritería era horrible.

—¿Qué pasa?—dijo el padre Antonio.

—Casi nada, dijo el padre Jerónimo, son los estudiantes que hacen una manifestación anticlerical, que nos insultan; pero eso es ladrarle á la luna.

—Se equivoca usted, dijo el padre Antonio, eso es la tempestad que llega, porque nuestra última hora se acerca en la historia; es la juventud que se-

rá dueña de los destinos de mañana y que nos odia, y pide, y decreta, nuestro exterminio; es la evolución que llega hoy entre gritos; pero mañana, serena, imperturbable y justiciera.

—No lo creo son las explosiones del momento, que pasan como nubes de verano.

—Se equivoca usted, padre Jerónimo, vuelva usted la vista á la historia y comprenderá todo. Ayer tiranizamos á una raza, la llevamos á la hoguera impíamente; después la hicimos nuestra esclava, la hundimos en la servidumbre, la robamos para hacer nuestros capitales; vino la revolución, el primer paso, y nos detuvo; pero seguimos fanatizando al pueblo, nos pusimos frente á la libertad, libramos combates, derrochamos el dinero de la iglesia en motines, le abrimos la puerta al extranjero y vino la Reforma, que nos ha arrebatado capital, dominio y principio religioso con la escuela laica y obligatoria, es decir, nos ha arrancado á Dios de nuestras manos.

—¡Es verdad, gritó exaltado el padre Jerónimo todo nos lo ha quitado, pero nosotros desde el silencio hemos trabajado y seguimos, y nos rehacemos y ya nos sentimos fuertes!

—¡Mentira! exclamó el padre Antonio, los hombres primero mueren y luego se corrompen, y las instituciones primero se corrompen y luego perecen, y nosotros estamos corrompidos y los miasmas llegan hasta el pueblo y asfixian y envenenan las sociedades; ya no nos toleran; el pueblo, embru-

teoído ayer, se despierta de su letargo y nos condena y nos maldice.

—¡No, no, eso no es cierto!

—¿Y qué hacemos nosotros? presentar nuestras llagas, porque ya en el estado actual nada se ignora; antes, todo quedaba en el secreto del convento, en la sombra del claustro; hoy, no hay misterios, todo se sabe, todo se comprende.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia! exclamó el padre Jerónimo, oyendo hablar así á un sacerdote.

—Ustedes, continuó Antonio, creen que nadie se apercibe, y se equivocan: ¿no soy yo mismo una de vuestras víctimas? ¿no usted ha poblado de sombras el cerebro de mi madre, y á fuerza de fábulas y consejas, le ha hecho testar esa fortuna, que me corresponde, á favor de ustedes?

—¡Pero esto es inaudito! exclamó el padre Jerónimo.

—No, no es inaudito, lo que sí es terrible, es que usted haya hecho desaparecer á la mujer á quien yo amaba ¡miserable! para arrancarme de ella y arrastrarme á la iglesia, que detesto ahora más que nunca, condenándome á una vida de desesperación, engañando á los hombres y á Dios.

—¡Me calumnias, hijo mío!

—No, todo es verdad, yo fuí un imbécil en creeros; me dijísteis que el amor era mentira; que mi novia había huído con un amante, y yo creo que todo esto no ha sido más que una alevosa intriga para desheredarme.

Continuaba en la calle la tempestad, y el padre Jerónimo comenzaba á asustarse

—No se impresione por lo que está usted oyendo, dijo Antonio, por lo que ha de temblar usted es por el mañana, por ese torrente desbandado que nos arrastra y se lleva hasta el dogma entre sus olas......¡no, no es el pueblo de ayer, es un pueblo que resucita y se desprende de los fanatismos antiguos para buscar la luz de la libertad y los horizontes libres de la conciencia humana! ¡Ay de nosotros, es decir, ay de de ustedes, porque yo.......

VI

En aquel momento se abrió la puerta se presentó el juez de lo criminal.

—¿El padre Jerónimo?

—Servidor de usted, señor juez.

—Está usted acusado de adulterio.

—Creía que era otra cosa, murmuró el padre, y siguió al juez.

Cuando los estudiantes vieron salir preso al clérigo, dieron una silba espantosa y aplaudieron al juez.

Al dia siguiente fué llamado á declarar.

—Señor juez, dijo el padre Jerónimo, ¿dónde está mi cómplice? yo solo no puedo ser encerrado.

—Ya se le busca, entretanto, queda usted detenido.

—No quedo, dijo el padre con osadía, para que usted pueda proceder, necesita el certificado del matrimonio civil, el religioso nada vale.

El juez plegó el seño y dijo:

—Se ofrece presentarlo.

—No se admiten promesas en práctica criminal; mientras no venga el certificado, no puede usted dar paso á la acusación, falta la base.

El juez estaba en un brete y llamó á Pastrana.

Entró muy arrogante Pastrana, creyendo, por lo visto y actuado, que iban á freir en aceite al clérigo.

—Diga usted, Sr. Pastrana, preguntó el juez. ¿cuándo se casó usted civilmente con la señora que hoy acusa de adulterio?

Pastrana se quedó petrificado y balbutió unas cuantas palabras.

—Que conteste usted categóricamente, dijo el juez levantando la voz.

—Pues, señor juez, no...... no......

—Yo concluiré, dijo el padre Jerónimo, el señor no se ha casado, porque no ha podido, es casado por lo civil con otra señora.

Pastrana no pudo desmentir al padre, y dijo:

—No me casé, porque el señor se la robó.

—Pregúntele usted, señor juez, si se presentó siquiera al Registro.

—No no me presenté por falta de tiempo.

—¡Al diablo con el hombre! exclamó el juez. Ahora se queda usted detenido y consignado por engaño á la autoridad, y usted puede marcharse al momento.

—Gracias, señor juez, dijo el padre Jerónimo, y dando una mirada oblícua á Pastrana, murmuró:

—Esta sí fué una *jesuitada* de primer orden, al acusado lo ponen en libertad y el acusador se queda en la bartolina!

CAPITULO XII.

BORRASCAS DEL CORAZÓN.

I

Habían pasado cuatro dias y Brígida no habia escrito al padre Jerónimo, como se lo tenia ofrecido.

El clérigo estaba sumamente inquieto.

Se resolvió á ir á la casa por si habia tenido la anciana cuidadora alguna noticia, ó por las últimas palabras y disposiciones de la joven podia sacar rastro del paradero de aquella mujer, que arrojaba en su alma tan profundas inquietudes.

Entró cabizbajo á la casa. Sintió, al penetrar á aquel recinto donde tantas cosas habian pasado, que un sudor frio inundaba su frente.

Procuró serenarse. Penetró á la antesala donde la vieja estaba á su servicio lo esperaba no sólo respetuosamente, sino con miedo.

Se asustó al ver el semblante descompuesto del clérigo, sus manos pálidas y flacas, y hasta le pareció que aquel hombre en unas cuantas horas habia envejecido,

—¿Cómo está usted de salud?—le preguntó.

—Así, así, no me siento bien.

La vieja guardó silencio.

—¿No ha sabido usted algo de Brígida?

—Ni una palabra, señor.

—¿Se llevó cuanto le pertenecía?

—Todo, señor; y no sé por qué me pareció que aquello no era una mudanza sino un viaje.

El clérigo abrió los ojos desmesuradamente y sus pupilas se dilataron.

—¡Un viaje!—exclamó—y su cabeza se inclinó sobre su pecho.

La vieja comprendía perfectamente la tempestad que rugía en el alma de aquel hombre; pero como devota se complacía en martirizarlo.

—No sé por qué me parece que la señora se ha ido para no volver.

El clérigo dió un salto.

La devota sentía el placer del verdugo.

—Voy á su pieza por si encuentro algo, dijo el padre Jerónimo.

—Todo está como ella lo dejó: intacto; intencionalmente no he querido mover nada hasta que usted la viera.

—Bien hecho, dijo el clérigo, y se encaminó á la estancia de la joven.

II

Entró en aquella elegantísima pieza y una nube de perfume flotó sobre la cabeza de aquel hombre infortunado.

Llevó las manos al corazón y comenzó á llorar amargamente.

El lecho estaba revuelto, colgaba una sobrecama nácar de encajes, dejando ver unas sábanas blancas y finísimas puestas en desorden sobre los almohadones de raso.

El edredón estaba en el suelo.

Dió un paso el jesuita, se arrodilló junto al lecho y puso la frente en los almohadones.

Percibió el olor de los cabellos de la joven y aun le pareció sentir el calor de su cabeza.

Restregó su rostro sobre aquellas sedas y las humedeció con su llanto.

¡Aquí!—gritó—aquí has estado, aquí he oído palpitar tu corazón y he visto la luz trasparente de tus ojos; porque está en el fondo de mi alma esa mirada vaga y celeste que era mi encanto y mi locura...... ¿dónde, dónde estás?......... yo te siento aquí, te veo, te palpo, eres como siempre la luz de mi existencia!......... Aquí está aún la señal de tu cuerpo!......... ¿Por qué te has ausentado, no sabías que sin tí mi existencia era un páramo, un desierto

inmenso?...... ¿Dónde estás?...... Yo iré á buscarte hasta en las estrellas, ángel mío!......

Después, desgarrando la sotana que cubría su pecho, exclamó fuera de sí: esta vestidura horrible que le grita al mundo «aquí no hay un hombre,» es un ser proscrito, excluido del sentimiento; en ese seno no hay pasiones, ¡la nieve eterna de la existencia!...... Alejaos de ese que parece un hombre y es la miseria de la tierra, lo infecundo, lo maldito!...... Si ama, es un crimen; su mirada ha de estar sobre el suelo, más baja todavia que sus plantas!...... Amar es el desastre, sobre su frente está el rayo del anatema: ¡adelante, adelante! Siga la barca entre las borrascas de la vida!

El clérigo se quedó como aletargado, estrujando con las manos crispadas aquellos delicados encajes.

Levantó al fin la frente, paseó la mirada por todo el aposento buscando algo que no habia de encontrar, y tropezó con un retrato.

Se abalanzó á él como una fiera, lo besó, lo llenó de lágrimas, y luego lo guardó sobre su corazón, jadeante de amor y de pasión.

—Aquí, aquí, sobre mi pecho, no te apartaré jamás de mí, te encontrarán sobre mi cadáver!

Se oyó un toquecito á la puerta.

El clérigo compuso su sotana, procuró restablecer la calma á su semblante y moderar la respiración agitada de su seno.

—Adentro, dijo con voz apagada.

Entró la vieja con un papel en la mano.

—Un telegrama para usted.

El clérigo tendió ansioso la mano, tomó el papel y dijo á la vieja:

—Aguarde usted afuera.

La anciana se retiró, fingiéndose muy compungida.

La devota ya habia abierto con maña el pliego y se había enterado del telegrama.

Aquella gente toda pertenecia á la Compañía de Jesús.

Luego que la puerta se cerró de golpe, el clérigo abrió ansioso el telegrama.

No tenia firma, pero era de la joven por el contenido.

«Nueva York, Mayo......... Sigo para Europa, quiero alejarme de ese país ingrato y fatal para mí. Voy tras de mi destino.»

—Te seguiré hasta el fin del mundo, gritó el clérigo.

Leyó y volvió á leer; le parecía oír la voz dominadora de aquella mujer, lo imperioso de su acento, lo tangible de sus grandes resoluciones.

—Yo desperté esa alma, decía el clérigo, ella no sabía quién era, ya lo sabe.

Después sintió un choque de celos: ¿quién la acompañará?......... Cualquiera que la vea sola se atreverá á requerirla de amores...... ¿En qué lugar de Europa se fijará?...... ¡Ha de ser París!

Se paseaba, agitado, por la estancia.

Dentro de pocos días me habré reunido con ella. Ya tengo en la imaginación el pretexto para que

nadie sospeche. Sí...... bien ideado...... ¡ya lo creo! De aquí salgo á ponerlo en planta...... mis ideas no fallan nunca......... Sí, si fallan solamente con esta mujer; ¿qué prestigio fatal tiene para mí? ¿Por qué la conocí? ¿Qué impulso desesperado me arroja en su camino?......... Sacrilegio: ella es el todo para mí...... Ella, sólo ella impera en mis sentidos. Obedezcamos al destino, inclinémonos ante el fatalismo de la existencia!.........

Tomó su sombrero, y sin saludar á la vieja, dejó para siempre aquella casa, arca de sus lágrimas y sufrimientos!.........

III

Rafael era otra alma perdida en el caos insondable de las pasiones.

No estaba en la edad de los rudos sacudimientos ni de las grandes y serias impresiones; era la abeja chupando la miel en el cáliz de todas las flores.

La contrariedad sostenía un amor que ya hubiera puesto en olvido.

Pero Susana estaba más en su pensamiento que en su corazón.

Lo romancesco del convento, el traje de monja, las grandes dificultades que se habían opuesto á sus relaciones con la novicia, todo había formado

un cúmulo que flotaba sobre su imaginación juvenil como las nubes sobre la cumbre de las montañas.

Se sentía apasionado de la joven, no olvidaba aquellas ráfagas negras de sus ojos.

El estudiante soñaba despierto, se paseaba frente á aquel edificio que le parecía de hielo, oía el rumor y los toques del convento, y en todo encontraba una memoria de Susana.

Corría después frente á la casa del Dean, donde la había visto por última vez, y el edificio estaba sombrío y triste, parecía que estaba habitado por la sombra del clérigo, oía sus pasos tardíos y después la voz de Susana que lo esperaba todas las noches.

Aquello era un perpetuo martirio.

En medio de aquellos pensamientos dramáticos, sentía el dardo punzante de la burla.

¿Por qué Susana se había marchado sin avisarle? ¿Dónde estaría?

Ese silencio que lo rodeaba era inquietante, y no sabía ni cómo juzgar aquella situación creada por su novia.

Un criado de la casa del Dean le había contado la última escena entre la señora y el clérigo; pero pero Rafael no había creído nada, y menos con el acontecimiento fúnebre que vino pocos días después de ese suceso.

Además, aunque hubiera sido cierto, el viejo Dean no le inspiraba celos, amor senil y desprecia-

ble, sueños de un triste anciano incompatible con la juventud de su novia.

Lo que lo preocupaba era esa ignorancia de todo, ese no saber nada, ese vagar al acaso.

Tomó una resolución suprema, abandonar el país, marcharse á cualquier parte para olvidar.

Pero faltaba lo indispensable, el dinero, y el estudiante no tenía ni el pan nuestro de cada día.

Se alimentaba, porque hasta las hormigas y los pájaros hallan el diario sustento.

Comía por casualidad.

En esas circunstancias, pensar en un viaje era el disparate más irrealizable.

Le pasó por la imaginación el suicidio, pero eso era una tontería; entonces menos encontraría á Susana, y, además, tendría que ocurrir á la torre de Catedral, porque carecía de arma de fuego, y no le parecía muy á propósito volar; era muy poco poético.

Rafael tenía un tío en el Ministerio de Relaciones; él podría proporcionarle modo de ir á un consulado ó á una legación, por supuesto de escribiente.

Fuese en derechura á Palacio, y dió con su tío, que era jefe de una sección.

—¿Qué buscas por aquí, perdido?

—Señor tío: hoy se me puso en el pensamiento que estaba usted malo, y me dije:

—El hermano de mi madre está enfermo, es un deber visitarlo, y he venido, teniendo la agradable

sorpresa de ver á usted bueno y fresco como una manzana.

—Pues que no se te pongan esas cosas en el magín, y ya puedes marcharte, que estoy tan bueno y sano como tú.

—¿Así me despide usted, tío?

—No, perdona, voy á mandarte al introductor de Embajadores.

—No, tanto, tío, dijo Rafael, pero sí una poca de atención á lo que voy á decirle.

—Habla, charla á tu antojo, dijo el tío.

—Pues, señor, sé que está vacante la última plaza del último escribiente del último consulado de París.

—¡Creí yo que ibas á decir del último París!

—No tío, sino para significar lo insignificante del puesto, y si usted tiene la bondad de proponerme, me haría usted el favor más grande que pueden hacerme mis antepasados.

—Hombre, no está mal pensado; París está lleno de sinvergüenzas, le mandamos uno más y negocio redondo.

—Yo me portaré bien.

—Sí, hombre, si todos se portan bien hasta que se portan mal.

—Le daré honor á mi país.

—¿Y tú crees que tu país necesita de que tú lo honres? ¡Pues en buenas manos ponía el país su honra!

—Quiero decir que no lo desconceptuaré.

—Vales nada para desconceptuar una nación; ya

me fatiga oir á tanto majadero decir lo mismo, cuando todos ellos ni honran ni deshonran á México, porque nada valen, y aunque valieran las naciones no sufren nada con la conducta de los hombres, eso era allá en los tiempos antiguos.

—Tiene usted razón, tío, y pensando de ese modo, supongo que usted me ayudará.

—Con mucho gusto; para mí todo da lo mismo; el consulado nada tiene que ver con la diplomacia, y aunque tuviera, los escribientes nada tienen que ver con los negocios de Estado, no son más que los chismosos oficiales de las legaciones y consulados.

—¿Cuento con usted, adorado tío?

—Sí, ven mañana por el nombramiento, tu personalidad no ha de ser objeto de discusión.

—¿Y me podrá usted prestar para el uniforme?

—No, hijo mío, yo no puedo prestar porque no tengo que prestar, y si tuviera, á todos les prestaría menos á ti.

—Tío, hágame usted justicia con un descuento de mi sueldo.

—Esos descuentos son cuentos de las Mil y una Noches, en ese punto, tratándose de un céntimo, soy inexorable.

—¿Y si un día llego á Ministro?

—Simplemente será una barbaridad, lárgate y no me rompas la cabeza, que bastante hago con meter esa sanguijuela al presupuesto.

—Sé trabajar.

—Sí, todos saben trabajar; pero ninguno trabaja. ¡Márchate!

—¡Adiós, tío!

—Me parece que no te has desayunado.

—¡Qué perspicacia tiene usted, tío!

—Toma un real y vete, que ya me has quitado mucho el tiempo.

—¡Adios, tío, y gracias!

—¡Ya soy cónsul, es decir, escribiente del consulado! exclamó Rafael al verse en la calle; mi tío es extravagante, pero me quiere mucho.

Al día siguiente fué Rafael al Ministerio; ya estaba extendido el nombramiento y las órdenes de pago.

Rafael besó las manos de su tío, éste le dió muchos consejos y el estudiante marchó á los tres días á tomar pasaje en la trasatlántica, rumbo á Europa.

No quiso despedirse de Pepin ni de la lavandera á quien regaló todos los muebles que había comprado para Susana, temió enternecerse demasiado y participarles de sus dietas que guardó con ambición, para gastarlas en la gran ciudad del mundo.

IV

Angélica á quién habíamos dejado envuelta en las primeras páginas de esta novela, había estado en el conventículo como alojada, saliendo á la calle á dar un paseo por el campo.

Sin que nadie se lo hubiera impuesto, había entrado en una vida rigurosa de misticismo.

El alma de la joven había plegado sus alas y su espíritu se había recogido entre las nieblas del dolor.

Pasaba horas enteras en el templo, no sabemos si rezando ó pensando.

Aquel amor cuyos lazos se rompieron de improviso, era el martirio de aquella mujer.

Ya no era aquel espíritu lleno de lucidez y de alegría. La amargura lo había convertido y trasformado, la lluvia se había tornado en lágrimas y los suspiros del viento en hondos suspiros.

No cesaba un instante y más en la soledad del templo, en ver la imagen del hombre á quien había amado ó amaba todavía.

Hablaba con él, le hacía confidencias dolorosas y cuando la imagen se disipaba, aquel corazón quedaba huérfano y solo y envuelto en las brumas de la desesperación sorda, que va minando la existencia.

Pero Angélica no había perdido nada de su belleza, por el contrario estaba más romancesca é interesante.

Parecía que sus lágrimas eran el rocío benigno que mantenía á la flor en toda su hermosura.

Parecía una imagen de aquellos que estaban en los altares.

Todos la veían con respeto y admiración.

Los que conocían sus penas la veían grande y sublime.

A fuerza de soledad y de oraciones, había surgido en su mente la idea de profesar de monja.

Un corazón sin esperanzas, una alma sin ilusiones ¿á qué aspiraba en la vida?...... el claustro era el seno donde podía descansar aquel ser atribulado y desconsolado.

El claustro, ese lecho obscuro donde reposan los dolores y las desesperaciones.

El claustro, donde se refugian los seres que han perdido el alma en los naufragios de la vida.

Allí estaba el prólogo de un cielo donde se premian todas las aflicciones de la raza humana.

Entonces era accesorio aceptarlo y Angélica se propuso decirlo al confesor para convencerse de que no deliraba.

Su director de conciencia era un sacerdote mexicano, pobre, lleno de verdaderos harapos.

Pertenecía al clero bajo, despreciado, lleno de vejaciones, sufriendo los arranques brutales del clero alto insolentado con sus prebendas, viendo las riquezas de la Iglesia, las mitras y los zapatos cuajados de perlas y brillantes, los ajuares de oro, el esplendor, mientras esos míseros clérigos, sin Dios y sin altar, en la miseria y bajo la tiranía estúpida de los grandes.

Arrastrando una existencia dolorosa, enviados á los curatos de las costas mortíferas, mientras los frailes extranjeros regalados por las damas de la aristocracia, respetados por la iglesia como si fueran dioses, llamados para ceremonias de las que sacan pingües ganancias y corrompidos y malva-

dos, sembrando el duelo y la deshonra bajo una impunidad vergonzosa.

El clérigo confesor de Angélica sufría todo con paciencia; porque en esos grandes focos de corrupción, hay todavía en bien de la humanidad, almas buenas, corazones sencillos y honrados, que en medio de su pobreza, como un sarcasmo religioso, ofrecen los tesoros del cielo.

V

A los primeros parpadeos de la luz, Angélica bajó al templo, donde creia encontrar á su confesor y se postró á un lado del confesonario.

El confesor había acudido á la cita; pero viendo el confesonario ocupado por un clérigo de la aristocracia, se marchó, dando aviso á la joven que no pudo recibirlo por estar ya en la iglesia.

La sombra invadia el templo y la soledad se hacía más intensa.

El silencio era pavoroso y solemne.

El jesuita laico, después de haber provocado el escándalo y arrojado á la vía judicial al marido burlado, entró en un silencio hipócrita y amenazador y quería que todos lo vieran en el templo.

Con el sombrero quitado desde que pisó el atrio, para llamar la atención de los transeuntes que sa-

Entrega 14

lían de las fábricas, penetró en el templo, pero se detuvo en la puerta.

Tomó agua bendita y se santiguó.

Esperó á acostumbrarse á la obscuridad y percibió á Angélica en el confesonario.

—Aquí hay historia, dijo, veamos.

Deslizando sus pasos y procurando que el eco de las bóvedas no los reprodujeran, avanzó con cautela, hasta quedar tras una columna cercana al confesonario.

Allí aguardó, sabia que algo nuevo sorprendería á esa hora y en ese lugar.

Ni el clérigo ni Angélica se apercibieron de la entrada del jesuita laico.

Acercóse la joven á la rejilla y comenzó su confesión.

El clérigo se puso á oir con displicencia, pero asi que la joven tomó una actitud augusta, el clérigo á su vez asumió su carácter y escuchó con suma atención.

—Yo me acuso, dijo la joven, de amar á un hombre, aquí que debe romperse todo el velo del misterio y decir la verdad, confieso que lo amé con delirio, que me olvidé del cielo y de la tierra para concentrar en él todo mi pensamiento, que fué el objeto de mi culto y adoración.

—Continúa, dijo en voz baja el confesor.

—Un día, y perdonad padre, merced á la intriga de los jesuitas para hacerse de su capital, me lo arrancaron de mi lado, llevándose mi corazón hecho trizas.

La joven se puso á llorar.

—Parece que está contando mi historia, pensó el clérigo.

La joven continuó:

—Aquel hombre se creyó présa de un desengaño, y abrumado por la voz sagrada de una madre y la voz de la religión como único consuelo, se sintió abrumado, perdido; y en uno de esos arranques que cuestan el sacrificio de la existencia, renunció á las esperanzas del mundo y se hizo clérigo.

Pareció oírse un gemido en el fondo del confesonario.

—Pero un dia, continuó la joven, la madre de aquel hombre murió, y al cerrar los ojos se descubrió el misterio: habia quitado al hijo la mitad de la herencia para dejarla á la iglesia, en tanto que la otra mitad ya la tenían capturada, apretando entre sus garras al joven hecho clérigo y metido en la Compañía de Jesús!

—¡Horror, horror!—exclamó el clérigo.

—Yo, señor, me acuso de haber tenido el grande orgullo de no haberme querido vindicar, porque yo era la ofendida, ¿no es verdad?

—Sí, sí, murmuró el confesor.

—Pero yo me acuso, dijo la joven, de haber seguido amando á ese hombre, de haber concentrado en él todos mis pensamientos, de no tener un latido en mi corazón que no haya sido de amor para él...... Cuando toda esa comunidad que me rodea cree que estoy entregada á la contemplación de Dios, ¡mentira! yo pienso en él y estoy ufana de

que no puede acercarse á ninguna mujer porque tendría celos horribles...... Padre, yo lo busco en todes partes, veo su rostro en las imágenes y entonces me abrazo de ellas, me lleno de lágrimas!...... Me ven abrazada á la cruz como Santa Teresa y abrazo la sombra de un hombre, en esta sacrílega pasión...... Y así se deslizan los dias amargos de mi existencia hasta que se extinga la lámpara que ya agoniza, pero siempre su nombre en mis labios: ¡Antonio! ..... ¡Antonio!......

—¡Angélica!—exclamó el confesor—y saliendo precipitadamente del confesonario se arrojó sobre la joven, la tomó de la cintura y la sentó sobre una banca próxima á la columna donde acechaba el jesuita laico.

—¡Angélica yo te amo!...... Tú no has podido olvidar y yo llevo tu imagen grabada en mi corazón. Estoy arrepentido, maldigo la hora en que he puesto un abismo entre tú y yo. Pero tú has jurado bajo un concepto equivocado; Dios ha oido antes nuestros juramentos y nuestras promesas!

—¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

La joven guardó un momento de silencio, y como entregándose á un arranque de histerismo, enlazó sus brazos al cuello de Antonio, y con esa voz que le presta el cielo ó el infierno á la mujer querida, y rozando sus encantadores labios con las mejillas de su amante y envolviéndolo con su aliento, le dijo:

—Vámonos, protestemos contra éstas sombras y estos infortunios, aun hay horizontes sonrosados

para nosotros; no es la puerta de un sepulcro que se ha cerrado, ha sido un instante de locura. Volvamos en nosotros, Antonio, y huyamos al fin del mundo á ocultar nuestro amor!......

—Sí, sí, gritó Antonio, huyamos, yo no puedo vivir sin tí; tú eres mi alma, mi sangre, mi corazón. El claustro nos espanta, el misticismo nos consume. Volvamos á la vida; que las brisas refresquen nuestras frentes calenturientas; que nuestro semblante se desarrugue; que vuelva la luz á nuestros ojos!

—Te encuentro como te dejé aquella última noche en que parecia que nuestro adiós era eterno!... ¡Te amo, te amo!.........

Antonio besó la frente de Angélica.

—Oyeme, dijo la joven; pero antes, delante de este altar, me vas á jurar que respetarás mi pureza.

—¡Lo juro!—contestó Antonio.

—Entonces me confío enteramente á tí; porque tengo una idea, un pensamiento constante, y es que podremos ser enteramente felices en el seno de la virtud y de la honradez.

—No te comprendo, Angélica.

—No importa, vámonos; ni un instante más aquí. Te arrancaron de mi lado sembrando abrejos en mi alma, y yo me vengo á mi vez: te arranco de su seno, pero para siempre!

—Sí, para siempre, exclamó Antonio estrechan-

do fuertemente á la joven sobre su pecho palpitante de amor y de cariño.

El jesuita, que había presenciado aquella escena, murmuró:

—Yo pondré al tanto de todo á la Compañía de Jesús, y se deslizó como una sombra.

Al mismo tiempo aparecieron por la puerta de la sacristía la superiora y dos monjas.

Vieron cuando el padre Antonio tenia en sus brazos á Angélica y se persignaron.

Después los vieron deslizarse por la oscura nave del convento y que salian á la calle.

Luego oyeron el ruido de un carruaje que se alejaba.

—Señora, dijo una de las monjas, avisemos á la Mitra.

—¡Silencio!—dijo la abadesa—es necesario que olvidéis cuanto habeis visto; un escándalo traería el desprestigio no á esas personas, sino á la religión y ella está primero que estas debilidades!...... Nada, silencio, mutismo eterno; esto pasa todos los dias y yo me lo callo. Hay cosas peores, más todavía, y yo con una mordaza en los labios: ¡la religión, la religión!

—¡Pero, señora! ....

—No habeis oído las manifestaciones populares producidas por el escándalo? No aumentemos la bola de nieve: ¡silencio, pena de excomunión mayor!

—Callemos, dijo una monja.

—Soy muda, repitió la otra. Y sonriendo por lo bajo volvieron á sus celdas, sabiendo que cuando se les ofreciera hacer algo, contaban con el silencio sepulcral del fanatismo!.........

CAPITULO XIII.

LOS PEREGRINOS.

I

El Obispo gobernador de la mitra, estaba en su despacho hojeando unos expedientes, regocijándose de lo bien que iban los negocios pingües de la iglesia.

—Vamos, decia, todo esto se queria pillar Monseñor Averardi, se le hacia agua la boca por nuestros millones...... era un zángano el tal Monseñor; queria que ingresaran á Roma los dineros de la *contenta*...... qué imbécil era y sigue siendo Monseñor...... bastante hizo Su Ilma. el Arzobispo, con haberlo mantenido un año, era un sinvergüenza Monseñor, pero nos entendimos con Roma, donde están los picaros de alta talla y voló el Obispo de Tarso, hasta las regiones del Asia...... Dios lo tenga por allá, que de México no tome un centavo ¡qué chasco!......... unas cuantas estafas á las damas y á los bobalicones de marido y nada en dos platos...... buen animal era Monseñor.

El Obispo se echó á reir.

Tomó un polvo y continuó su monólogo.

—Parece increible, caen como apipisoas estas devotas, trabajan para nosotros y es que tienen tan obscura la conciencia, que á todo trance nos buscan para desahogarse y nosotros todo les perdonamos á cambio de plata....... es carillo el perdón, lo confieso, pero según el pecado es el precio; y lo que nos han dado los pecados, bendito sea nuestro padre Adán que los inventó. Sólo los nuestros son gratis, porque entre sastres no se cobra la hechura.

El Obispo se reia como un bobo, estaba de contento humor, había hecho muy bien la colación de la mañana.

II

Se presentó el jesuita laico.

—¿Cómo tiene usted valor reverendísimo padre para presentarse aquí, le dijo el Obispo, después del escándalo que ha causado con sus denuncias imprudentísimas.

—Ilustrísimo señor, eso no vale nada, usted sabe perfectamente todo lo que pasa, y apenas he dicho una friolera.

—Es verdad, pero con esa friolera nos ha traido usted una tempestad.

—Si, una tempestad de dinero.

—No entiendo bien, dijo el Obispo.

—Ilustrísimo señor, dentro de unos dias vamos á hacer unas funciones públicas para desagraviar á Dios y sólo con las limosnas......

—Comprendo y no está mal pensado, habrá triduos y novenarios y Te Deum.

—Eso, eso es lo bueno y volveremos á quedar en olor de santidad; este pueblo está fanatizado, se arrodilla delante de nosotros, nos besa la mano y jugamos con él á nuestro antojo.

—Es verdad, la cosa es divertida.

—Muy divertida señor Obispo, las clases que se llaman directoras están revestidas de una profunda ignorancia y de un fanatismo salvaje y eso nos basta para imperar.

—Pero el pueblo abre los ojos.

—Y nosotros se los cerramos, no ve usted que hay imbéciles que porque oyen una campanada sonora salida de la torre de Catedral, se quitan el sombrero y cuando dan las doce en la Esmeralda nadie hace caso.

—Las costumbres coloniales.

—Si, es una herencia que nosotros debemos conservar, dijo el jesuita.

—Por eso he ido á predicar á Santo Domingo, cuando se solemnizaba la guasa de la batalla de Lepanto.

—Oí ese sermón, dijo el jesuita, obra magna como de usted, señor obispo.

—Así, así.

—Es necesario confesar, dijo el obispo, que hay mucha corrupción en nuestro claro.

—Como que aquí le traigo á usted una nueva historia.

—Hable usted, que estoy inquieto, dijo el Obispo.

—Pues bien, el padre Antonio.

—Ese es un santo.

—Pues oiga usted la historia del santo.

El obispo abrió los ojos desmesuradamente.

—El padre Antonio ha vuelto á ver á su Dulcinea en el confesonario, se reconocieron, se abrazaron y se reconciliaron.

—Siga usted, siga.

—Pues bien, de esa reconciliación vino el que el padre Antonio cargara con la novicia, lo que ya sabrá usted por la abadesa del conventículo.

—Le tengo prohibido que me cuente escándalos, porque no había semana sin que me contara horrores del conventículo.

—Pues bien, los pájaros han volado.

—No importa, dejemos al padre Antonio que se divierta, al fin su dinero le cuesta

—¡Pero es un escándalo!

—¿Y qué? estamos acostumbrados á hacerlos todos los días, uno más, nada importa; además, al padre Antonio no se le puede decir nada, vamos á ser sus herederos. Se lleva á una desequilibrada, y después Dios dirá. ¡Son pecadillos veniales, vamos que está usted asustadizo!

—Puede ser, dijo desmoralizado el jesuita, que creía llevar una gran noticia.

—Después de esa luna de miel nos veremos.

—Perfectamente. Yo venía á que me autorizara usted para traer de Querétaro una peregrinación al Tepeyac.

—Otra cosecha, hermano.

—Se presenta buena, señor obispo.

—Pero escoja usted sacerdotes que no enamoren á las peregrinas ni que se emborrachen, esos son grandes pecados.

—Pero muy naturales, señor obispo.

—Convengo, pero debemos cuidarnos.

—Nos cuidaremos, yo se lo ofrezco á usted.

—Aquí está la autorización. Puede usted marchar esta noche y volver dentro de tres días con los peregrinos, que ya estará arreglada la función.

—Con vuestro permiso, señor obispo.

—Vaya usted, hermano, y procure usted que la colecta sea buena.

—Aquí en México será mejor.

—Así lo espero.

El jesuita se marchó.

III

—¡Este jesuita es el demonio! exclamó el obispo, es más bribón que Garatuza; pero es uno de nuestros brazos: atrevido, de talento y de una grande energía; no podemos con él, cada rato lo excomulgamos y lo volvemos á llamar, y...... hay cosas

que no tienen remedio; sabe todos nuestros secretos, ya sorprendió al padre Antonio, y es capaz de sorprender al mismo infierno.

El obispo apoyó la frente en la mesa y se quedó dormido, hasta que tres toques fuertes, dados á la puerta, lo despertaron.

Entró un familiar como de veinte años, rubio y de ojos azules, manos blancas, piés pequeños embutidos en zapatillas de charol, amanerado, y con un movimiento de cuerpo y de cabeza, que tenía mucho de coquetería.

—Señor obispo, señor obispo, dijo con voz melíflua, perdone usted si le interrumpo su sueñito, pero una de esas, una de esas pícaras mujeres del otro sexo, pretende hablar con usted.

—¿No ha dicho cómo se llama?

—No le pregunté: usted sabe que no me gustan las mujeres, Dios me libre de hablar con ellas, yo sólo con sacerdotes, con sacerdotes.

—Paquito, indaga.

—No, señor obispo, primero me ponen en cautiverio, que dirigir la palabra á esas.

—Pues lárgate y que entre esa señora.

También el padre Luceroni lo busca á usted; qué hombre tan terco; estos italianos son tremendos, me dice unas cosas, que me pongo colorado, vaya un padrecito inconveniente.

—¿Conque se permite, en mi casa?.....

—Pero yo no le hago aprecio, señor obispo, lo

veo así, como quien ve llover y no se moja; ¡Atrevido!

—Pregúntale á la señora cómo se llama, nada más.

—Si ya la conozco, es la hermanita del señor Dean, que de Dios goce.

—Entonces, espera, enciende las velas de ese altar.

El familiarcito encendió las velas con mucha coquetería.

—Ahora, dame ese Santo Cristo.

El familiar descolgó un Cristo de bronce y lo entregó al obispo.

—Bien, ahora, que pase la señora, y cuidado con el padre Luceroni.

—Descuide usted, señor obispo, no soy de esos que busca el padrecito, y meneándose mucho, salió de la estancia.

IV

—¡Demonio con la mujer, viene por sus hijas sin acordarse que ella......... vamos, que esta gente tiene mala memoria, pronto se les olvidan las cosas.

Entró la que pasaba por hermana del Dean.

Se arrodilló y besó la mano del obispo.

—¿Qué se ofrece, señora? le preguntó, ¿algún negocio de la testamentaría de mi finado amigo y maestro?

—Señor, dijo la señora llorando, vengo á quejarme con usted y á que remedie mi mal; dos sacerdotes se han robado á mis hijas, y no me las quieren entregar.

—¿Está usted segura que fueron ellos?

—Muy segura, señor, son unos infames.

—No insulte usted á los siervos de Dios.

—Pero si se han llevado á mis hijas.

—Eso no importa, por eso no pierden el carácter sacerdotal.

—Será lo que usted guste; pero yo quiero á mis hijas, y si no, estoy resuelta á un escándalo.

—¿Y lo armaron los padres de usted cuando se fué con el Dean, que en paz descanse?

—Yo no me acuerdo; lo que sé es que se ha cometido un abuso infame y que voy á poner el grito en el cielo.

—No lo hará usted. La religión se lo prohibe.

—También la religión les prohibe á esos frailes robar mujeres, y lo hacen todos los días.

—Señora, me está usted impacientando.

—Yo vengo á pedir justicia.

—Se le hará á usted.

—Sí, pero ahora mismo; los frailes extranjeros no han huído, por el contrario, se están burlando de mí.

—Eso yo no lo autorizo, pero es necesario tiempo al tiempo.

—Pues yo no lo permito. De aquí me voy al turno y los acuso de rapto de menores y los meto á la cárcel.

—No lo hará usted.

—¿Y quién me lo impedirá? dijo furiosa la señora.

—¡Este! dijo el obispo, levantándose con el crucifijo y poniéndose delante del altar. ¡Este, que está sobre todas las criaturas de la tierra, y cuyo poder es inmenso!

La señora se aterrorizó.

—¡Yo, sacerdote de este Dios de justicia, te mando callar, enmudece para siempre, antes que cometer el sacrilegio de acusar á los ministros del Altísimo.

—¡Pero si estoy muerta de dolor!

—¡Sufre, pecadora impenitente, sufre en desquite de tus pecados, arrástrate por el suelo y pide perdón de tus culpas al que ha hecho la luz y las estrellas!

—¡Perdón!—exclamó la señora arrodillándose.

—No, no habrá perdón si tú abres tus labios para denunciar á los siervos de Dios; El lo permite, inclinémonos ante sus sagrados designios, El sabrá castigar.

—¡Señor, señor!—decia la mísera madre.

—¡Silencio! Las penas del infierno te aguardan, las llamas devoradoras te circundan, el demonio ha tomado posesión de tu alma!

La señora volvia en torno la mirada extraviada y sus ojos arrojaban fuego.

—¡Réprobos!—exclamó el Obispo—osais insultarnos. ¡Sacrílegos! nos llenais de calumnias y el antro oscuro y profundo os espera; nosotros somos los intocables en la tierra.

—Perdón, perdón!

—No, vosotros sois nuestros enemigos jurados, los enemigos del sacerdocio; quereis arrastrarnos por el lodo, pero Dios está con nosotros y no lo permite!

—Pero á ellos, ellos, decia la señora.

—¿Quiénes son ellos?—gritó el Obispo—Los que llevan la voz del cielo, los que abren sus puertas sólo con su palabra: esos son ellos, los que Dios ha elegido para representarlo sobre la tierra!

—Pero, ¿cómo callar?

—¡Callando! Cortándose la lengua si es preciso, antes que hablar de un sacerdote; porque las eternas llamas os esperan y Dios permite que el demonio venga á la tierra para martirio de los humanos. De rodillas, señora, ó lanzo la maldición que debe hundiros en el infierno!

—No, no, yo callaré. Todo es mentira, todo es calumnia; no tengo hijas, no las he tenido jamás. ¡Esos sacerdotes son unos santos; yo, yo soy la culpable y la infame, ¡perdón!...... ¡perdón!.........

El fanatismo religioso habia hecho un oficio; aquella infeliz mujer estaba con el cerebro trastornado.

Levantose, besó el Cristo que el Obispo tenia en la mano, lloró, se maseró el cabello, rasgó el seno con las uñas y dió de alaridos.

Entrega 15ª — Junio 13 de 1902.

El Obispo apagó las velas, dejó el Cristo y tocó el timbre.

—Llamad, dijo al familiarcito, al señor Comisario: esta infeliz señora ha perdido el juicio!

V

Se presentó el Comisario.

—Señor, dijo el Obispo, siento molestar á usted, pero se me ha entrado aquí esta mujer demente y no sé como contenerla.

—¡Mis hijas, mis hijas!—gritaba la loca.

—Ya lo ve usted, señor Comisario, es una extravagancia, quiere que le entregue yo á sus hijas, ¡pobrecilla!

El Comisario se acercó á la señora y le preguntó:

—¿Dónde están esas niñas?

—Los frailes se las han...... no, no, mentira, estoy calumniando, no hagais aprecio, yo no tengo hijas!

—Ya lo ve usted, señor Comisario, dijo el Obispo, no se le puede entender.

—Está perdida, dijo la autoridad.

—Enteramente, señor Comisario, crea usted que me ha dado un rato pesadísimo.

—Lo creo.

—Me ha quebrado el corazón; yo no sé ver estas cosas con serenidad.

—Está bien, me la llevo.

Y luego, dirigiéndose á la señora, le dijo:

—Le ruego á usted que me acompañe.

Creia el Comisario que iria á resistirse, pero fué lo contrario.

—En el acto me voy, señor, usted me llevará á mi casa. Adiós, señor Obispo, no temo ir al infierno, callaré eternamente!

VI

Luego que el Obispo se encontró solo, exclamó:

—¡Oh poder de la oratoria sagrada! Con unas cuantas palabras y una buena mímica, he vuelto loca á una mujer: ¡este es un verdadero triunfo! ¡Malditos frailes extranjeros! ¿Cuándo nos quitaremos de esa calamidad? Parece que vienen á tierra de conquista, no es suficiente que vengan á pesar sobre nosotros, mientras nuestros clérigos mexicanos se mueren de hambre! No he visto gente más sinvergüenza ni más rapaz, ni más glotona!...... Lo que siento es que ya se nos imponen; nos van minando en el confesonario, nos quitan á nuestros partidarios y nos van á dejar á la luna de Valencia!...... Ya procuraremos armarles una, que les

apliquen el treinta y tres de la Constitución, destierro perpetuo, y cada mono á su olivo.

Llamaron á la puerta y entró el padre Jerónimo.

—¡Ola, reverendo padre!—dijo el Obispo—¿qué vientos os traen por estos lugares?

—He estado muy enfermo, dijo el padre, y ahora que estoy mejor, vuelvo á ocuparme de nuestros negocics.

—Muy bien. ¿Y qué se ofrece?

—Pues ya sabe usted que heredamos una gran fortuna de la madre del padre Antonio.

—Sí, estoy al tanto.

—He concluido la testamentaria y vengo á que me concedan permiso para ir con una peregrinación á Roma, para entregarle al Santísimo Padre lo que le corresponde.

—Nada más justo; y más justo todavia ir á costa de los peregrinos.

—Precisamente, los pobres no tenemos otro recurso.

—Ya quisiera, dijo el Obispo, tener la mano donde usted tiene el corazón, padre Jerónimo.

—Soy pobre, no mendigo, pero sí mediano de fortuna.

—Donde lloran está el muerto, dijo el Obispo que era medio zumbón.

—Deseo salir lo más pronto posible.

—Cuando usted guste, y procure llevar señores ricos, son buenos compañeros.

—Conozco el negocio.

—¿Y cuánto le toca al Papa?

—Será la quinta parte.

—Eso es demasiado; si en Roma al que tiene una papa le llaman *excelencia*.

—Es verdad, pero el Santísimo está pendiente de todo.

—Sí, de todo lo que le conviene.

El padre Jerónimo no respondió.

—Y ¿cuánto se gana en el albaceazgo?

—Lo justo nada más, el importe de mi trabajo.

—A otro perro con ese hueso, ya nos conocemos.

—¡Ah, dijo el padre Jerónimo, no me he olvidado de usted, le he reservado una cantidad.

—¡Como no baje de veinte mil duros!......

—Sube, señor Obispo, son treinta.

—Deme usted un abrazo y ¡viva la religión!

El Obispo se puso á bailar.

—No cabe duda que las viudas ricas son un filón. Dios nos mande un manojo.

—Yo las estoy juntando.

—¡Bravísimo por las viudas, y más por nosotros y más por la iglesia, que es una viuda magnífica. ¿Y cuándo me entrega usted los treinta mil del pico? ¿Supongo que será antes de marchar á Europa? ¡Y qué vida que se va á dar usted en París!

—No pienso.........

—Si eso se hace sin pensar. En habiendo dinero él piensa por nosotros; me lo dirá á mí que he pasado en Paris y en Nápoles una vida de príncipe, ó más bien de Cardenal.

—Muy bien.

—Allí ejercité mi vocación de sacerdote, porque ¡qué mujeres aquellas: *bocato de cardenali!* pero yo huyendo del pecado, viendo, oyendo y callando, aunque después llovieron las calumnias. Prepárese usted para ellas desde que salga de aquí con las peregrinas que son muy traviesas y en el viaje se vuelven muy juguetonas: ¡diantre de mujercillas!

El padre Jerónimo no contestaba, pensaba en una, en una nada más que absorbia todos sus pensamientos.

—Pero ¿qué me pasa?—dijo el Obispo—tengo un dolor horrible de estómago.

—Habrá usted tomado algo dañoso.

—No, mi agenjo antes de almorzar. Y como es dia de vigilia, solamente sopa de tortuga, arroz con calamares, huauchinango frito, mero, bonito, y un pavo asado, porque tengo la bula de la Santa Cruzada para comer carne. Y para hacer la digestión tomé madera, tinto y champaña.

—¡Ha estado buena la vigilia!

—Lo convido á usted á la última cena luego que arregle usted el viaje.

—Acepto, señor Obispo.

—Tomará usted unos ostiones de la Mancha y langosta y cangrejos ó jaibas. ¡Ya verá usted todo lo que le preparo! Pero en día común para poder tomar de todo, porque las prohibiciones me revientan!

—A mí también, aunque no las acostumbro.

—A propósito: aquí tengo un buen coñac para el dolor de estómago.

Sacó una botella cuidadosamente envuelta y dos grandes copas que llenó hasta derramar.

—Por el buen viaje.

—Gracias.

El coñac desapareció de un sorbo.

—Buena misa, señor Obispo.

—Repetiremos para que no haga mal.

—No hay inconveniente, Monseñor.

Repitieron la copa.

—Ya me voy aliviando, dijo el Obispo. Con otras dos más, estoy restablecido.

El padre Jerónimo se despidió cordialmente ofreciendo traer los fondos al señor Obispo.

Monseñor llamó á Paquito para que leyera los periódicos; (el familiar era su secretario).

VII

El jesuita laico marchó á Querétaro por la peregrinación.

Publicó avisos, abrió registros y comenzó la estafa y el robo en gran escala.

Mil quinientos peregrinos; entre ellos muchos curas de los pueblos vecinos con sus familias, es decir, sus hermanitas y sus sobrinos.

El jesuita ocupó el wagon mejor en compañía de

los devotos decentes; y la gente pobre los otros trenes.

A la hora de haber partido el ferrocarril, comenzaron á circular entre los peregrinos las botellas de catalán y se establecieron las relaciones entre los pasajeros.

Los señores sacerdotes hicieron desde luego las amistades.

Hasta ahí todo estaba bien, es la usanza entre viajeros.

Llegó la hora del almuerzo y las familias de los sacerdotes, sacaron á relucir las grandes canastas con un acopio de viandas apetitosas, y los sacerdotes convidando á los pasajeros, dieron una almorzada tremenda.

Por supuesto que el vino y el coñac y el catalán desempeñaron un papel muy interesante.

Comenzaron las chanzas, los chascarrillos y cuentos subidos de color, mezclados con las oraciones que rezaban algunas viejas inocentes.

El jesuita que capitaneaba la peregrinación bebía con todos los peregrinos y se chanceaba pellizcando á las devotas y haciendo alusiones inconvenientes.

Salieron los naipes y religiosamente comenzó el desplume del prójimo.

Los frailes pusieron la banca y las devotas se apuntaron con sus centavos; pero el monte crecía, y en los momentos de desgracia, los clérigos, conocedores, tatuaban la baraja y destorrentaban á los puntos.

Sobrevinieron las disputas y se armó el jaleo.

Se abofetearon los frailes y los peregrinos, y hombres y mujeres rodaban por el suelo del wagon hasta que llegó el jesuita y puso paz, hincándose á rezar todos el trisagio.

Después del rezo todos se dieron un abrazo y llegaron á la Capital sin otra novedad.

Los peregrinos se dispersaron en todas direcciones en busca de alojamiento, y al siguiente dia fueron á comprar todo lo que los cajones habian puesto en los aparadores, es decir, géneros castigados en balance, telas de invierno en pleno verano, y sombreros carnavalezcos para las sobrinas de los señores sacerdotes.

Recorrieron todas las fondas, desde la Concordia hasta la Mesón Raté, y bebieron la bebida nacional á su sabor.

Al otro dia, muy compungidos, fueron á la Villa donde se celebró una misa con un sermón muy gritado y muy dolorido, se recogieron las limosnas y todos comulgaron y se llevaron estampas y rosarios y escapularios: ¡gran venta de reliquias!

El jesuita no volvió á ocuparse de los peregrinos y cada cual regresó como pudo al lugar de su domicilio.

VIII

El padre Jerónimo hizo fiasco en sus invitaciones para peregrinar á Roma, y sólo se llevó á una vieja rica, muy devota y muy sin dientes, habiéndole ofrecido el padre una dentadura luego que llegaran á París.

Todos se habian resistido, porque ya sabian lo que pasaba en las tales peregrinaciones.

Embarcaban á los peregrinos en un buque de la Trasatlántica en camarotes y mesa de segunda; y si en primera se va tan mal, en segunda el viaje es insoportable.

Se llega á un puerto de Francia, se entra en un buque viejo, invadido por las cucarachas y las ratas, con una comida abominable, se llega á Cicuta Vecica, y en un tren ordinario y en el peor lugar, se llega á Roma, alojándose en un hotel de última clase.

Al dia siguiente el guía lleva á los peregrinos á San Pedro de Roma y va explicando al paso todo lo que encuentra

Los peregrinos van tras él muy de prisa, salen por la otra puerta y visitan las ruinas y el Circo y las Thermas y la Via Apia y el Pretro y el Mirucho y cuanto hay, pero todo á la carrera, y vuelta al detestable hotel.

El Papa recibe á los peregrinos bien cuando sabe que le llevan mucha plata; cuando no, les dice tres palabras y los despide con la bendición apostólica, es decir, con cajas destempladas.

Se acabó la peregrinación. La mayor parte de los pasajeros huye de la tutela y regresa por su cuenta á la Patria.

El empresario se guarda la plata y publica un artículo diciendo que el viaje ha sido muy feliz; que todos los peregrinos regresan muy contentos de haber besado la chinela del Papa, y que volverán si Dios se los permite.

VIII

El padre Jerónimo llegó á París, y después de instalar á la señora en el Hotel de la Magdalena se fué en derechera á la Casa Central de la Compañia de Jesús.

Fué recibido con todos los honores, como que llevaba un caudal!

Un jesuita, amigo del padre Jerónimo, y á quien le habia encargado del paradero de Brígida, le informó que se habia vuelto una gran señora; que en aquel momento llamaba en París la atención y que habia tomado su nombre de guerra: se hacia llamar

Ixtlaccihuatl, mujer blanca; y como era mexicana, habia hecho un entusiasmo.

El padre Jerónimo no se dió por entendido. Tomó la señal del domicilio de la Ixtlaccihuatl y se despidió del jesuita.

———◆◆◆———

CAPITULO XIV.

PARIS.

I

Paris, allí está con todas sus grandezas, con sus sabios, sus artistas, sus genios, todo el gran movimiento de la civilización actual, en todos los recuerdos de la historia.

Monumentos grandiosos, obras imperecederas, estatuas talladas, donde han puesto el buril lo más poderoso de la inteligencia humana.

Museos, bibliotecas, academias, templos y sobre todo aquellas grandes cúpulas de las edades, la torre Eifield, llamando á las tempestades y envolviéndose como un turbante, aquella altura maravillosa.

Sus preciosas avenidas donde se agita como torrentes el comercio del mundo, allí todas las preceas, telas, diamantes como las constelaciones, obras de arte, cuanto ha inventado el genio de los hombres y de las épocas.

Y después aquella multitud donde se confunden

las razas y las nacionalidades, los tipos de todas las zonas del universo. Y toda aquella multitud, dando asunto á los poetas y á los novelistas.

La belleza y el lujo en todo su esplendor y la corrupción espantosa de las costumbres, que va abriendo el paso á una nueva civilización.

Porque todo lo que aparece como un decaimiento en el modo de ser de una sociedad; no es más que el síntoma de lo nuevo, de lo que tiene que aparecer más tarde y amenaza de muerte al presente, siempre temeroso y cobarde del porvenir.

Lo que hoy son abismos, mañana serán llanuras llenas de flores, así ha caminado la humanidad entre peñascos y entre borrascas, así van las generaciones en alas de su destino.

Dogmas, religiones, sistemas políticos, ciencias, artes, todo se trasforma, todo sucumbe ante las nuevas y prodigiosas evoluciones de la historia.

Si volvemos la vista al pasado son ruinas, hombres, divinidades, edificios, todo está por los suelos, ante las deidades nuevas, las nuestras, caerán con las costumbres, apolilladas y en pedazos, como los ídolos de la antigüuidad.

Héroes y dioses, todo ha caido y seguirá cayendo ante el destino manifiesto de las invenciones humanas.

Sólo vivirá y esto hasta el dia de una catástrofe zoológica; el hombre, la bestia humana, con sus propensiones, con sus vicios y sus virtudes.

En estos momentos es el rey que se divierte.

Fiestas estruendosas como las de los romanos y de los griegos, impulsos materialistas, sed de oro y de placeres, aventuras monstruosas de guerra y de política, luchas titánicas en las cuestiones económicas.

Pero todo esto allá en el vientre social, por fuera el placer, los goces sensuales de la vida, el esplendor, la facinación, el goce llevado á las últimas fronteras y la muerte como resultado despreciable.

La mujer, el oro y el amor como último factor, puesto que se puede fingir y con esto es bastante.

El romanticismo que se va con sus grandes ideales que apasionaron con época y queda el individuo con sus aspiraciones personales, su egoismo, su *yo* sobre todas las cuestiones de la existencia.

Cesó el idealismo, éso era el idilio de las generaciones inocentes, ahora lo positivo, lo real, nada de sueños ni de quimeras, eso se queda para los soñapores, que van con sus harapos como Homero cantando versos que nada dejan, y canciones que se pierden en la inmensidad del cielo.

Despertar de su letargo á la humanidad que duerme, pero despertarla al ruido del oro.

No tomar á lo serio la vida que es un soplo, piérdese en el vaiven de las fiestas, en la pesada atmósfera de las orgías y al lado del placer que estremece y del licor que embriaga.

Danzar como las vacantes, comer como Lúculo, beber como los antiguos y caer en un lecho de rosas, para dormir un instante el sueño del agotamiento enfermizo del espíritu.

Dejamos allá olvidados á Pasteur con sus lentes descubriendo á los microbios hominívoros, á Hareman con sus glóbulos maravillosos á Charcot con sus histéricas, á Edison envolviéndose como un condenado en las llamas eléctricas, todo eso vale bien poco, gozar, gozar, así lo pide el organismo de los hombres, así lo demanda las aspiraciones todas de la raza humana...... este es Paris.

II

Susana en un arranque de calaverismo mujeril, había llegado á la gran capital y tomado alojamiento en el Hotel Lafallete.

¿Qué hacía sola en aquel laverinto.

Salía en carruaje por no tenía quién la acompañase, se encontraba con grandes dificultades.

Como en Paris se pierden de vista, una mañana se presentó un caballero vestido elegantemente, guapo, casi seductor y pidió permiso para hablar con Susana.

La joven lo recibió con curiosidad, le parecía que iba á tener noticia de México, que es la tendencia de todos los viajeros, saber de su tierra.

Entró el caballero al saloncito de recibir y se presentó Susana, también ricamente ataviada, porque al llegar á Paris había hecho llamar á una de

las mejores modistas, que allí todas son mejores, y se había hecho trajes con arreglo á la última moda.

—Caballero, le dijo, tendiéndole la mano, estoy á las órdenes de usted.

El caballero hablaba perfectamente el español, con un tanto de acento extranjero, era todo un parisiense.

Alberto Decasse, contestó el elegante, es quien tiene la alta honra de haber solicitado con tan ilustre señorita una entrevista.

Puede usted decir el objeto, contestó Susana.

—¿Le agrada á usted París, señorita?

—Mucho, caballero.

—Pero usted no puede gozar de todas sus bellezas, por ser enteramente sola y siempre una señora necesita en primer lugar de quien le acompañe y después de quien sepa todos los secretos de esta gran ciudad.

—Es verdad caballero [illegible]ás las señoras que tenemos en nuestros país[illegible] educación encojidas, no somos como las americanas, que se puede decir que son hombres.

El caballero se puso á reir, mostrando una preciosa dentadura.

—Yo espero, dijo Susana, á mi familia que llegará en el próximo paquete, de América y entonces me propongo conocer bien á Paris que desde luego me ha encantado.

—Es comprensible, dijo el parisiense, y el obje-

to de mi visita, es ponerme á las órdenes de usted más bien á sus piés.

Susana no sabía qué responder; desde luego le pareció peligroso aquel desconocido.

El silencio de usted, dijo el parisiense, es muy explicable: soy un desconocido, en primer lugar, en segundo, un hombre que se presenta sin antecedentes, engendra desconfianzas; pero yo no traigo aspiraciones; pertenezco á una sociedad que se ocupa en acompañar á los viajeros, y puedo dar á usted mis mejores referencias. En esto no hay nada ni de agresivo ni de misterioso.

Susana comprendió que era simplemente una especulación, y que siendo dueña de su ánimo y de su energía, todo temor era infundado.

—Como usted no conoce París, dijo el caballero, todo le parecerá extraño; pero lo que yo hago está en las costumbres; usted puede decirme el papel que quiere que represente.

—No entiendo, respondió Susana.

—Es bien sencilo: puedo aparecer como hermano de usted ó cualquier otro pariente, como marido celoso ó complaciente; en fin, como usted lo determine, y puedo decirle, de pronto, que los gastos rebajarán á la mitad, porque aquí se abusa del extranjero siempre, es lo que se llama «derecho de extranjería.»

—Lo comprendo, caballero, y acepto: seremos hermanos.

—Perfectamente. Usted sabe que los gastos......

—Sí, contestó Susane, serán por mi cuenta, y ¿nada más?

—Nada más, señorita, cuando usted deje París, yo podré aceptar algún obsequio, y nada más.

—Muy bien, Alfredo, dijo riendo la joven.

—Y usted, señorita, ¿cómo se llama?

—Susana, servidora de usted.

—Gracias, Susana, desde hoy me instalaré en el hotel, en un cuarto inmediato, como corresponde á un hermano, y si usted nota algo que le desagrade, me lo dice con entera franqueza; tiene usted libertad hasta para despedirme.

—No lo espero.

—Yo menos, señorita. Me jacto de ser todo un caballero, y, además, estoy al servicio de usted; desde hoy comenzaremos nuestras excursiones, asistiremos al teatro y veremos «La Tosca,» la obra más bella de Sardou, ya tendrá usted ocasión de admirar á Shara Bernhardt.

—Tengo deseo de verla.

—Cuanto usted piense me lo indica y será servida con entera puntualidad; ya la pondré al tanto de nuestras costumbres, y dentro de poco será usted una verdadera parisiense.

—Pasearemos en el bosque esta tarde; usted me dirá la hora á propósito.

—Muy bien, tomaremos un carruaje del hotel, y quedará usted satisfecha; pero le advierto que tendremos que llevar el mismo apellido, puesto que somos hermanos.

—O usted llevará el mío.

—Como usted guste; yo no tengo voluntad más que la de la Santa Susana.

—Pues así quedamos arreglados; ¿no necesita usted algo?

—No, señorita. Usted pagará las cuentas que hagamos; yo no vengo por interés.

—Pero siempre mi hermano debe llevar algo en la cartera.

—Pero siempre de usted, señorita.

Se levantó Susana y tomó un billete de mil francos y lo entregó al parisiense, que sacó una cartera de marfil y oro, donde se asomaban otros billetes, y guardó cuidadosamente el que le entregaba Susana.

—Me ocupo del hotel, dijo Alfredo, y comeremos juntos.

—Es de ordenanza, no hay que olvidar que somos hermanos.

—No, señorita, nunca.

Se levantó y dió un beso helado en la frente de la joven.

Cuando el caballero hubo salido, Susana se dijo:

—Es un especulador y nada más; me ayudará en todo; ya comienzo á conocer París.

III

Alfredo tomó desde luego un cuarto contiguo, se apuntó en la lista con el apellido de Susana, que vió en la misma lista, y quedó instalado definitivamente.

Aunque Alfredo era de la «Sociedad Cicerone» de París, y hacía mecánicamente esos negocios, se reservaba las oportunidades, que siempre eran felices y pingües sobre todo.

Había sabido por el dueño del hotel, que siempre están en comunicación con la sociedad, que había llegado una americana joven, bonita y rica y que se encontraba sola, sospechando que alguna aventura la había traido á París.

En el acto la Sociedad envió á uno de sus más elegantes agentes, y ya vemos con qué sencillez se había presentado, para aceptar el papel que quisieran darle.

Estos agentes, por extremo vivos y perspicaces, saben hacer maridos furiosos, y aprontan lances y duelos sin importarles arriesgar la vida, haciéndose pagar según el peligro.

Saben desempeñar la plaza de maridos complacientes, y son bonachones y crédulos; se vend al

amante y es otra especulación que explotan á las mil maravillas.

Otras veces se hacen *terceros* de los demás, y en todo juegan grandes sumas de dinero, son unos verdaderos artistas.

Cuando todo se descubre, se encojen de hombros y dicen:

—Es mi profesión.

Como comprenden sus intereses, nunca van más adelante de su situación, son honrados por conveniencia, se les acabaría el filón y su profesión es explotar.

Tienen todo tan bien estudiado, que sus trajes son todos á propósito y sus modales y su aspecto y su modo de ser en sociedad.

Alfredo era hermano de una elegante dama, y debía ser en extremo elegante; la primera cuenta fué la del sastre.

Pero en verdad los gastos disminuyeron notablemente, porque Alfredo conocía París perfectamente y no había manera de abusar.

Todo pertenecía al sistema de las compensaciones.

Susana no tenía queja, por el contrario, se sentía satisfecha con aquel hombre, que á pesar de su apostura no le causaba ilusión, lo veía con indiferencia aunque como compañero y hasta como amigo le simpatizaba.

Alfredo estaba siempre correcto y representaba su papel á las mil maravillas, cuidaba en extremo á la joven, la paseaba por todas partes y procuraba

siempre que no comprendiera que todo era especulación. Esa era la manera mejor de especular.

Susana estaba encantada en París, pero ya comenzaba á extrañar ese algo que sienten las mujeres cuando les falta el amor.

La galanteaban mucho, pero ninguno había podido llamar su atención.

Alfredo toleraba á los galanteadores como hace todo hermano, haciendo juiciosas reflexiones á su hermana para que no cayera en los lazos que le tendían hábilmente.

Si hubiera estado sola, las cosas pasarían de otro modo.

Todo continuaba perfectamente.

Una tarde paseaba por el Bosque de Boulcgne, cuando atravesó en una carretela, un mexicano, que la saludó ceremoniosamente.

Susana lo conoció y dijo á su hermano:

—Cuando se detengan los carruajes, le entregarás á ese señor mi tarjeta, es un respetable sacerdote mexicano amigo mío.

—Muy bien, dijo Alfredo, y obedeció el mandato de la joven, entregando la tarjeta en que lo citataba para en la noche.

Alfredo como hermano prudente no se presentó en el hotel.

—Estos hombres saben mucho, dijo la joven, y esperó su visita.

Daban las ocho, hora de la cita, cuando llamó á la puerta el sacerdote, era el padre Jerónimo.

Se levantó Susana y le dió un abrazo.

El padre la estrechó contra su corazón.

Aquel hombre estaba agoviado por el sufrimiento, y se puso á llorar.

A la joven le vinieron también las lágrimas á los ojos.

—Lejos de nuestra patria, dijo el padre Jerónimo, vagando en el extranjero y el corazón en pedazos ¿no es verdad?

—Sí, sí, lejos de la patria, contestó la joven, y con el corazón hecho trizas!

—Yo voy como un sonámbulo, sin rumbo y sin Norte, no sé que hacer.

—¿Pues á qué vino usted?

—Susana, no es ajeno para tí mi sufrimiento.

—Nó, lo sé todo, se que ama usted á una mujer, que desapareció de México y que sin duda viene tras ella.

—Es verdad.

—Esa mujer, dijo Susana, arrastra la existencia de usted, es su destino.

—Sí, murmuró el padre, es mi destino.

—Cediendo usted á la naturaleza humana, imperiosa y tiránica, no le fué dado contenerse, y amó hasta la pasión...... lo quisieron sacrificar á usted haciendo que casasen á Brígida con un misèrable y ella ha huido de todos los que la empujaron á situación tan horrible!

—Es verdad yo soy el culpable.

—Esa mujer ama á usted, fué el hombre que se incrustó en su alma en las primeras horas de la vida.

—¡Susana! ¡Susana! gritó el clérigo, dices que me ama ¿será verdad?

Usted tiene pruebas, pureza juventud, ilusiones, todo le dió á usted y usted fué ingrato con ella.

—Es verdad, es verdad, pero no he dejado de amarla un solo instante, he cruzado el océano y voy desalentado por ella......

—Quien sabe si sea tarde....No, no, eso es imposible yo la recogeré si ha caido aunque sea del fango, porque la amo la amo con locura!¡

—Pues bien, yo puedo ayudar á usted á buscarla, tengo elementos y la encontraré.

—¿Me lo prometes?

—Se lo juro á usted, no haga indagaciones, á nadie pregunte, yo me encargo de todo.

—Como tú, dijo el clérigo, no tienes los recursos suficientes, cuenta con todo, con todo lo que necesites, yo te haré rica, muy rica.

—Acepto, dijo Susana, porque cuando gaste el último franco que me quede, no sabré que hacer en este París, lleno de abismos.

—¡Nunca! gritó el padre Jerónimo, corres de mi cuenta, serás feliz.

—Gracias señor, venga usted mañana, ya le tendré razón.

—¿Deveras? exclamó el clérigo.

—Mañana á esta hora.

Se levantó el padre Jerónimo, dió su tarjeta á Susana y, después de abrazarla cariñosamente, salió del hotel Lafallette.

IV

—Si está en Paris esa mujer, la encontraré.

Tocó el timbre.

—A mi hermano Alfredo, que venga al instante.

A pocos momentos se presentó Alfredo.

—¿Qué me quieres, Susana?

—Te necesito urgentemente.

—Habla, estoy todo á tus órdenes.

—Pues bien, ¿quieres ser rico?

—Sí, contestó Alfredo.

—Pues bien, es necesario buscar en Paris á una mujer.

—Y la hallaré, dijo Alfredo con entusiasmo. Su nombre, su nombre!

—De nada serviría, habrá tomado otro.

—Sus señas, sus antecedentes.

—Es mexicana, bellísima. Ha de estar en el mundo elegante, porque está muy rica.

—Con eso basta.

—Se llama Brígida.

—Bien; la encontraré tal vez esta misma noche. Recorreré los teatros, los boulevards, todos los centros y estoy seguro de hallarla. ¡Baste que sea mexicana para distinguirla.

—Perfectamente; dispón del dinero que quieras.

—Lo haré, porque necesito moverme.

—Dispón de cuanto quieras.

—Mil francos, ahora.

—Aquí están, dijo la joven, y espero hasta que regreses.

—Bien, dijo Alfredo, y salió presuroso del aposento de Susana.

Este conoce Paris como á sus manos y la encuentra. Yo necesito ser rica y el padre Jerónimo sabrá cumplir su oferta; lo conozco, es sumamente adinerado, esperemos.

Tomó una novela de Zola, se acercó á la luz y se puso á leer muy tranquila.

V

Dieron tres toques á la puerta.

—Adentro, dijo la joven.

Se presentó un mozo del hotel.

—Señorita, dijo, un joven de aspecto pobre, acaba de tomar cuarto en el hotel, vió la lista de pasajeros y dió un grito. Sacó después una tarjeta y me dijo: «Al número diecisiete, pronto;» y traigo la tarjeta.

Susana la leyó y se le deslizó de las manos.

Se puso enteramente pálida y su mano tembló.

Se quedó un momento pensando; y luego, reponiéndose, dijo:

—Que pase.

Arregló su semblante que estaba descompuesto, y esperó con firmeza.

El joven entró en el aposento.

—¡Susana!—gritó con entusiasmo.

—¡Rafael!—contestó la joven estrechándolo sobre su pecho.

—¿Me has venido á buscar?

—Sí, vengo de agregado á la Legación mexicana y no he traído más objeto que buscarte.

—¿Tú agregado á la Legación? Aquí eso vale mucho, muchísimo, es la entrada en el gran mundo oficial.

—Así lo quería para tener algo que ofrecerte.

—Rafael: yo que acepté la casa de la lavandera, que no me asustaron tus pobrezas, hoy te acepto como eres. Sé ó me imagino que estás pobre, pero yo estoy en vísperas de tener una gran fortuna y será toda para tí.

—Susana, nos casaremos; yo te amo como siempre, aunque me hayas tratado con ingratitud!

—No, aquella vida era fatal, tuve un vértigo y dejé la Patria; estoy arrepentida, pero no he sido mala, estoy tan pura como tú me has conocido.

—Gracias, Susana, me haces el más feliz de los hombres, porque yo te idolatro!

—Y yo te amo, Rafael, ya no nos separaremos nunca!

—¡Nunca!—gritó el estudiante.

VI

Alfredo recorrió, como había dicho, todos los centros de París, y llegó al Teatro de la Opera.

Estaba el teatro resplandeciente: lo más elegante y distinguido de París, damas y personajes de la alta aristocracia, ministros extranjeros: el gran lujo de la ciudad y de Europa.

Alfredo recorrió todos los palcos, excepto uno que estaba vacío, conocía á todo París y no vió nada que podía indicar una mexicana.

Repentinamente se oyó un rumor y todos volvieron la vista al palco.

Entraba una dama elegantemente vestida y plena de brillantes que relucieron en el abanico como si anocheciera de repente y se vieran de improviso las estrellas del cielo.

La dama iba acompañada de un caballero que se quedó en el fondo del palco, recatándose de las miradas y de las brújulas que tan simultáneamente se fijaban en aquella mujer tan bella y tan elegante.

Algunas damas hicieron un gesto y volvieron el rostro.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó Alfredo á un dandí amigo suyo.

—¡Qué tonto estás!—contestó el dandí—no sabes

quién es esa, que no me explico cómo ha conseguido un palco en la Opera y viene á codearse con nuestra aristocracia.

—¿Pues quién es?—insistió Alfredo.

—Es una mexicana muy rica que se llama como un volcán de su tierra: *¡Ixtlaccihuatl!*

—Es una extravagancia, pero está dando la moda en París. Mira, está irreprochable; y como es tan hermosa, no hay que decir.........

Efectivamente, estaba deslumbrante y con una corrección admirable.

Tomó las brújulas incrustadas de diamantes y pasó revista á toda aquella concurrencia.

Pareció convencerse de que no tenía competidora y se sonrió con orgullo.

Alfredo se fué á los pasillos y se paró casi en la puerta del palco.

Antes de que concluyera la función, la dama se levantó para lucir un soberbio abrigo y salió del palco.

Al pasar junto á Alfredo, éste dijo:

—«¡Brígida!»

La dama volvió violentamente el rostro para ver quién había pronunciado aquel nombre que ella sólo sabía; pero se encontró con el rostro serio de Alfredo y siguió adelante.

El guía de Susana comprendió que había dado en el clavo, la siguió, la vió entrar en su soberbio carruaje y la siguió en el suyo hasta detenerse en la calle de Mongómeri, á la puerta de un precioso palacio.

—Es ella, exclamó, ¡ya soy rico! Y después se dirigió al Hotel Lafallete, donde Susana lo esperaba con impaciencia.

VII

Entró Alfredo de improviso en el aposento y se encontró con el estudiante.

—¿Quién es este hombre que entra aquí con tanta familiaridad?

—Soy hermano de Susana, contestó Alfredo, viendo á Rafael que le pareció un cualquiera.

—Es un amigo, dijo Susana, que me acompaña siempre.

—¡Mentira!—gritó el estudiante—ese hombre es tu amante.

—Te engañas, Rafael.

—No me engaño, esta es la vida de París.

—A pesar de todo, se engaña usted caballero.

—Es usted un miserable, contestó Rafael.

Alfredo, con mucha calma, sacó su tarjeta y se la entregó á Rafael, éste á su vez sacó la suya y la cambió al desconocido.

El estudiante, sin daspedirse, salió del aposento de Susana.

—Perdona, Alfredo, dijo la joven, pero esto no merece la pena.

—No hablemos de eso, contestó Alfredo, y vamos á nuestro negocio.

—¿Has averiguado algo?

—Todo.

—¿Habla!

—Encontré á la dama mexicana como uno de los volcanes de México: *Ixtlaccihuatl*, y es la gran dama que trae envuelto á Paris. Vive en un palacio de la calle de Mongómori.

—¡Bravísimo!—exclamó Susana.—Ahora lo que se necesita es que le lleves mañana una carta mia para verla, la necesito.

—Todo se hará como lo desees.

—En cuanto á ese joven, que es agregado á la Legación mexicana, olvidarás todo.

—No puede ser, me ha insultado sin motivo y estamos aplazados.

—Procura arreglar todo.

—Sí, te lo ofrezco en cuanto sea posible. ¿Estás satisfecha?

—Sí, dijo Susana, y sólo la noticia vale esto (y entregó á Alfredo cinco mil francos).

—¡Esto es demasiado!

—Falta mucho todavía.

—Siempre á tus órdenes.

Alfredo se salió muy satisfecho de su obra; durmió unas horas y en seguida se fué en busca del estudiante.

VIII

Encontró á Rafael más terrible que nunca, altanero y desesperado.

En vano le hizo explicaciones, no las quiso atender y decidió porque se batieran.

Alfredo estaba acostumbrado á esos lances y este se arregló en un momento, los dueños del Hotel fueron los padrinos y salieron todos para el Bosque.

El estudiante era valeroso en estremo pero Alfredo era más ducho en las armas.

Se batirían á primera sangre.

Comenzó el duelo previas las formalidades de estilo.

Los adversarios eran dignos uno de otro, valor, serenidad, decencia y caballerosidad.

Nada se hicieron á los primeros encuentros.

Se libró el último asalto.

El estudiante tuvo un momento de descuido y Alfredo aprovechando el descuido de su adversario se le largó á fondo y le hundió la espada en el costado.

El mismo Alfredo ayudó á levantarlo y ponerlo en el coche.

El estudiante ya herido y casi moribundo ¡saludó correctamente á todos y sin tacha y sin miedo se retiró del campo del honor.

———•••———

CAPITULO XV.

IXTLALXIHUAC.

I

Susana había hecho trasladar al herido al mejor aposento del Hotel donde lo veía un doctor distinguido y lo asistían dos hermanas de la caridad.

Las hermanas recibieran orden de presentarse á la señora á cuya disposición quedarían.

Susana se había anticipado, haciendo una fuerte donación al convento de las Hermanas.

El herido no presentaba síntomas de gravedad, pero estaba muy asustado.

Las hermanas entraron al aposento de Susana.

Luego que la vieron, simultáneamente gritaron:

—¡Susana!

—¡Rosario! ¡Isabel! exclamó la joven, abrazándose todas tiernamente.

Eran las hijas del Dean, seducidas por los frailes francés é italiano, que las sacaron de la casa la noche de la muerte del Dean.

—¿Cómo están ustedes por aquí?

—Es una sucesión de desgracias, dijo Rosario, hemos sido víctimas de infamias sin nombre.

—Cuenten ustedes, saben cuanto me intereso, hemos vivido en la misma casa, somos hermanas.

Rosario tomó las manos de Susana y las besó.

—Cuenta hija mía.

—Ya tu sabes que á la muerte de nuestro padre dejamos imprudentemente la casa, pecado que estamos pagando muy caro.

—Es verdad, es verdad, exclamó Isabel.

—Mi madre, continuó Rosario, conociendo lo que son estos hombres impíos, fué á reclamarnos y á pedir el castigo de los seductores y se encontró con espantosas complicidades, con amagos que la volvieron loca.

Rosario se enjugó las lágrimas que caian en abundancia por sus mejillas.

—Aquello tuvo un desenlace horrible, mi madre fué llevada al manicomio, donde murió á pocos días. Los frailes nos hicieron firmar un poder para un abogado muy pícaro y luego que recogieron nuestra herencia que importaba una gran cantidad y tu lo sabes bien, nos metieron al convento de las Hermanas y nos hicieron profesar, presentándonos como unas infelices huérfanas, pobres y sin apoyo. Una persona nos aconsejó que denunciásemos todo á la superiora; pero ella y los frailes se pusieron de acuerdo para dividirse el dinero y con engaños nos mandaron muy recomendadas á la Casa Central de Paris, donde estamos en la actualidad.

—Qué infamia, exclamó Susana.

—Pero es necesario decirte todo, dijo Isabel, y no ocultarte nada.

—¿Hay más todavía? preguntó Susana.

—Sí, contestó Isabel, una desgracia, no es más que el eslabón de otras muchas. Llegamos á Paris muy recomendadas á dos capellanes, que en el acto nos comenzaron á dispensar todo género de consideraciones y después nos han inducido, bajo el pretexto de que conozcamos Paris, á acompañarlos á todas partes. Por la noche dejamos el hábito y vamos á los teatros á los bailes más escandalosos, á las orgías más abominables y regresamos al amanecer ó pretextando estar en alguna casa, no volvemos al Convento.

—Pero esto es horrible hijas mías.

—Sí, lo comprendemos y nos repugna, pero si nos oponemos, caemos en otra intriga y nos mandan á China ó á cualquiera otra parte, nos separan, lo que sería horrible y nos pierden para siem pre. Te confesamos, dijo Rosario, que les tenemos miedo y hemos pensado escaparnos. Dos estudiantes del barrio latino, nos conocieron en un baile, nos han requerido de amores y esta noche nos vamos con ellos.

—¡Qué horror! exclamó la joven.

—Es que ya no toleramos á estos clérigos tan corrompidos, queremos variar de vida aunque s a en la pobreza.

—¿No quieren volver á México?

—Paris nos atrae poderosamente.

—Entonces, como yo viví con ustedes, u[illegible]des

vivirán conmigo, mientras piensan con más juicio. Yo debo retribuir los favores que recibí y es una satisfacción hacerlo.

—Gracias, Susana, aceptamos tu protección, porque estamos al borde de un abismo.

—Pues bien, ya no volverán más al convento, se quedan aquí, yo avisaré á nuestra legación para que las proteja, y todo se arreglará.

—Gracias Susana.

—Ahora lo que importa es que se oculten, ya dispongo que se les aparte un lugar en el hotel, yo me entenderé con los clérigos.

Las jóvenes después de besar muchas veces á la jóven, se retiraron.

II

Susana esperó á los capellanes.

No había pasado media hora cuando llamaron á la puerta.

—Adelante, dijo Susana.

Pasaron dos caballeros correctamente vestidos.

—Perdón señorita, si molestamos á usted pero las hermanas de la caridad que están al cuidado del joven herido, nos han citado aquí para que las acompañemos al Convento.

—Sí, dijo Susana con displicencia y sin ofrecerles

asiento, aquí estuvieron, se marcharon en seguida, diciendo que volverían, las estoy esperando.

—¿Y no sabe la señorita á qué parte se dirigirían?

—Caballero yo no me mezclo en asuntos ajenos.

—Tiene usted razón, pero esperábamos una respuesta más galante.

Se levantó Susana como impulsada por un resorte.

—Bastante hago, dijo, con haberlos recibido.

Los clérigos estaban furiosos, acostumbrados á la obediencia de todos.

—No tenemos el honor de conocer á usted señora, y ha hecho usted bien en decir que nos ha hecho el favor de recibirnos aunque por nuestra parte, debiera usted conocer que somos caballeros.

—Sí, respondió Susana, por el porte no lo niego pero como conozco á ustedes......

—Los frailes plegaron el ceño.

—Sí, los conozco, dijo Susana, son unos clérigos disfrazados, corruptores de niñas y consumando infamias, vean ustedes si los conozco.

Los clérigos contestaron con una sonrisa.

—Acostumbrados ustedes, continuó Susana á quedar siempre impunes, se lanzan sin temor á este género de aventuras vergonzosas; pero ustedes ignoran que ya hay una mano protectora que contendrá semejantes abusos; nuestro ministro toma cartas en este negocio, protege á dos mexicanas y ustedes tendrá un mal momento.

—Ya que estamos aquí, dijo el clérigo, que era

todo un jesuita, ¿podrá usted aceptar una cantidad para los pobres?

—Sí, dijo Susana, con mucho gusto.

El jesuita entregó una cartera á la joven.

El jesuita creyó que ya Susana navegaba en sus aguas, que era una mujer como muchas que hay en París, y que ya estaba comprada, porque el jesuita temía un escándalo.

Susana comprendía perfectamente la intención, y encarándose con los clérigos, les dijo:

—Ustedes se han equivocado; no soy de las mujeres que se venden á la corrupción, yo he tomado á estas niñas paisanas mias bajo mi protección, viéndolas prostituidas por ustedes que blasonan de virtud y santidad y corrompen las costumbres; pero las sociedades despiertan, se os arroja de Francia para siempre, se sigue aquí el mismo ejemplo que en América, ya era tiempo, bastante han vivido entre nosotros, bastante se les ha tolerado.

—Permita usted, señora, dijo uno de los clérigos, que no entremos en esa cuestión impía en que el relajamiento de la Francia ha llegado á su colmo.

—El de ustedes, querrá decir, porque la Francia es honrada y arroja de su seno al elemento envenenado: todo lo que la enferma y la destruye, todo lo que aniquila á las naciones y las degrada. Ya estas corporaciones, este jesuitismo le es insoportable; díganlo ustedes en estos momentos, que abandonan su carácter para ir al mundo del vicio, arrastrando almas puras que se les ha confiado para su

salvación. ¡Bonita salvación; en medio de la orgía, el can-can y el aguardiente!

—Debilidades humanas, murmuró el clérigo.

—Sí, de debilidad en debilidad arrastrais al abismo cuanto encontrais á vuestro paso. ¡Salgan ustedes de aquí, salgan, que tengo vergüenza de estar en su presencia!

Los clérigos, sin saludar y hechos una furia dejaron el aposento de Susana.

III

Ya están despachados, ahora vamos á otra cosa.

Se disponia á salir cuando tocaron el timbre.

—Pase, dijo la joven, dejando su sombrero.

Entró el padre Jerónimo.

Pálido, con los ojos llenos de sombras, el cabello revuelto, iba tomando todo el aspecto de un demente.

Llegó jadeando de cansancio y se arrojó sobre el confidente.

Susana lo veía con lástima.

—Hija mia, ¿qué noticias tenemos?

—He cumplido mi promesa, he dado con ella.

El padre dió un salto.

—¿Conque ya sabes donde está.

—Sí.

—¿Y sabes dónde habita?

—Sí.

—¿Cómo se encuentra?

—En estos momentos es la mujer más bella de París.

El clérigo dió un gemido.

—Pero crea usted que ha entrado en la corriente de la degradación, no, tendrá alguien que la sostenga y nada más. Usted sabe lo que es vivir en el extranjero, y sobre todo la vida de París.

—Es verdad, pero tengo un dardo clavado en el alma.

—Usted clavó otro más acerado en el seno de esa mujer, haciéndola casar con ese miserable.

—Es cierto......... es cierto...... yo soy el culpable.

—Entonces hay que tener indulgencia.

—La tendré siempre que ella me ame como en otros dias; yo no puedo existir sin ella, mírame, ya no soy más que una sombra y temo morir en el cuarto de un hotel.

—No, porque yo estaré al lado de usted.

—Gracias; ¿y podré verla?

—Esta noche misma; yo le enviaré á usted una tarjeta.

—Bien, me revestiré de valor. ¿Y vive sola?

—Lo supongo. Dentro de una hora estaré con ella, y después.........

—Comprendo. Me siento feliz...... mis sueños se realizan!......

—¡Pobre!—murmuró Susana.

—Voy á hacerte una confidencia, dijo el jesuita, te he dicho que temo morir en el cuarto de un hotel.

—¡Qué horror!

—Pues bien, yo traigo aquí papeles de gran importancia, de los que voy á hacerte depositaria.

—Puede usted hacerlo con entera confianza, ya me conoce demasiado.

—Sí, hija mia.

Sacó el clérigo una cartera llena de papeles.

—Ahí tienes mi depósito, pero guárdalo con cuidado; allí está un papel del Banco que acusa un depósito de cien mil pesos que llevo á Roma para entregarlo á Su Santidad.

—Bien, padre.

—Allí está también otro documento que acusa una gran cantidad que me pertenece personalmente.

—Bien.

—De esa puedes tomar cuanto gustes, porque debes pagar á tus agentes que han ayudado á buscar á Brígida: es necesario ser espléndidos.

—Lo comprendo.

—No tengo más que encargarte y espero con impaciencia la noche para...... ¡si me parece un sueño! ¿Y cómo estará?

—Bellísima, exclamó Susana; eso dice París á una voz.

—¡Y pensar que esa mujer me ha amado!

El jesuita comenzó á sollozar, como si una tempestad se desarrollara en el fondo de su alma.

—Tranquilícese usted, señor, dijo Susana; ya no salga de aquí, me espera usted para comer y después lo acompañaré á que vea á Brígida.

—Sí, sí, necesito tu amparo.

—Lo tiene usted: temo que se enferme, está usted delicado, me espera, porque tengo un encargo qué hacerle.

—Soy todo tuyo, hija mia.

—Espero que usted me ayudará.

—Con toda mi alma.

—Lea usted mientras la prensa y no se separe de aquí.

—No, no, me siento bien aquí; te espero, descuida.

Susana le estrechó la mano, salió del aposento y entró en el cuarto del enfermo.

IV

En el pasillo encontró Susana al doctor.

—¿Qué tal amigo mio?

—Muy bien, daré buenas cuentas del enfermo.

—Entre esas buenas cuentas, dijo Susana, entrará la de usted, señor doctor.

—Probablemente, señorita.

—Pues espero con ansia y la cubriré con satisfacción.

—Eso no importa, señorita.

—Tengo que pedir á usted un favor.

—Delo usted por hecho.

—Vuelva usted esta noche á las ocho, lo necesito mucho.

Estaré con entera puntualidad.

—Así lo espero, doctor.

—Hasta las ocho, dijo el médico, y Susana entró en el aposento del enfermo.

Luego que Rafael la vió entrar, se incorporó, y tendiéndole la mano le dijo:

—Perdóname, te he ofendido, pero he pagado mi culpa en mi sangre.

Susana se sentó á la cabecera.

—¿Cómo sigues, Rafael?

—Desde este momento muy bien, porque estás á mi lado. He cometido una imprudencia: he sospechado de tí......... perdóname he sido injusto, pero estoy arrepentido.

Susana no quiso contestar, temiendo agravar al enfermo.

—¿Me perdonas, Susana? dijo el estudiante con voz conmovida.

—Si, te perdono, y ahora vas á satisfacer á ese desgraciado á quien has calumniado de una manera tan poco conveniente.

—Haré lo que quieras, dijo Rafael.

—Esperemos y luego lo despediré en tu presencia.

—No, no, eso sería más injusto todavía.

—Bien, así te quiero Rafael; ese hombre es un *cicerone* de los que se ocupan en París de pasear á los viajeros y no está en sus intereses desbandarse, ni cometer una falta y menos en una señora.

—Estoy satisfecho Susana, y le pediré perdón si así lo quieres.

—No tanto, pero dále una satisfacción como cumple á un caballero.

—Lo haré y con gusto.

—Ese hombre acaba de prestar un servicio importante y puede serviros de mucho.

—Lo tendremos á nuestro lado, Susana.

—Pues bien, dijo la joven, es necesario dar un paso definitivo á nuestro porvenir.

—Estoy dispuesto á todo.

—Rafael, somos muy ricos.

—Yo soy muy pobre, dijo el estudiante.

—No, porque tú dispones de cuanto yo tengo.

—Gracias, Susana.

—Rafael, esta noche nos casamos.

—¿Será verdad ó sueño de mi calentura?

—No, es verdad; voy á disponerlo todo.

—No me siento con fuerzas para levantarme, pero probaré hacerlo.

—Por el contrario, conviene que estés enfermo.

—No te comprendo.

—Ni es preciso, ya verás lo que va á pasar.

—Yo espero y á todo me someto.

—Muy bien; así te quiero.

Llamaron á la puerta y poco después entró Alfredo, que venía á informarse de la salud de Rafael.

—Acércate, le dijo la joven.

Alfredo se acercó al lecho del enfermo.

—Caballero, dijo Rafael, ruego á usted que me perdone, he sido altamente inoportuno y á pesar de esta herida, me arrepiento.

Alfredo le tendió la mano con efusión y le dijo enternecido:

—Caballero, es mucha grandeza, estando herido por mi mano, decir todo lo que usted ha dicho, si usted se arrepiente de sus palabras ¿qué diré yo, por haber vertido una sangre tan noble y tan generosa?

—No hablemos más y seamos amigos.

—Lo juro, dijo Alfredo, y volviéndose hacia Susana, le estrechó la mano.

—Ahora algo que importa más, dijo Susana, en este momento vas al próximo Curato y dices que se necesita un matrimonio en artículo de muerte y que se verifique dentro de dos horas.

—Perfectamente, todo quedará arreglado.

—No te detengas en gastos.

—Como siempre.

—Tú serás mi testigo y avisas al doctor.

—Muy bien.

—En cuanto á Rafael, sus amigos de la legación le servirán de testigos.

—Perfectamente.

—Dentro de dos horas.

—No lo olvido.

Alfredo pasó su mano por la frente del enfermo y salió á arreglar el matrimonio.

—Gracias, Susana, murmuraba el estudiante, no esperaba nunca la felicidad y ahora viene de improviso, me siento el más feliz de los hombres y beso mil veces la mano de mi prometida.

—Ahora, dijo Susana, voy á un negocio, no me dilato arriba de una hora.

—Haz cuanto quieras, dijo Rafael.

—No me despido Rafael, dentro de dos horas será una sola nuestra existencia.

—¡Bendita seas! exclamó el estudiante, y luego entró en el delirio de la calentura.

V

Salió Susana, subió á un carruaje del hotel y dijo al auriga:

—Calle de Mongomeri.

Partió el carruaje y después de media hora llegó al lugar de su destino.

Se anunció Susana y fué recibida al instante por la joven que se hacía llamar Ixtlalxihuatl en el gran mundo.

—¡Brígida! gritó Susana.

—¡Amiga mía! contestó la joven estrechando cariñosamente á su amiga.

Brígida estaba hechicera.

—¡Qué bella estás, amiga mía! exclamó Susana.

—Eso me dicen á todas horas; dime alguna cosa nueva.

—Que te admiro y que estoy sorprendida.

—Gracias, Susana, y háblame de ti.

—Nuestra historia es la misma, con algunos accidentes distintos.

—Es verdad.

—Llegué á París huyendo de todos aquellos clérigos corrompidos, porque has de saber que me recogieron en la casa del Dean cuando Rafael me sacó del conventículo. Aquél viejo sátiro cometió una violencia, pero la señora con quien vivía entró y le dió tan soberbia golpiza, que el Dean se murió, yo me escapé, tomé la trasatlántica y sin saber lo que podía suceder, me planté en la gran París.

—¿Y no has tenido ninguna aventura?

—Sí, una y muy grande: me encontré con Rafael, vino agregado á la legación, se enceló de un cicerone que lo tendió de una estocada, lo tengo en el hotel y dentro de dos horas nos casamos.

—¿Pero estás loca, muchacha?

—No, ya todo está arreglado y me vas á acompañar.

—Con mucho gusto, estos lances son de todo mi agrado. En París todos se vuelven aventureros.

—Así parece, yo estoy loca en la gran ciudad.

—Por supuesto, dijo la arrogante dama, que necesitarás dinero para esta locura.

—Brígida, si lo necesitara, no estaría en tu casa,

me daría vergüenza, estoy muy rica, nada necesito, pero te agradezco en el alma cuanto estabas dispuesta á hacer por mí.

—No valía la pena, locuela, yo estoy muy bien y no haría sacrificio, y aunque lo hiciera, basta que seas mexicana y estemos en el extranjero.

—Se siente más amor, ¿no es verdad?

—Sí mucho más, dijo Brígida con entusiasmo.

—Pues vamos, ahí está mi carruaje.

—Como gustes, amiga mía, y ya me contarás todo lo que por prudencia no te he preguntado.

—Nada de particular: un millonario se ha enamorado de mí, me tiene como á una reina, es medio viejo y se le cae la baba cuando me ve, me ha puesto este palacio y yo gasto cuanto quiero y desprecio muchas fortunas que se me ofrecen. El viejo es un italiano que se llama Visconti. No he visto otro más rico ni más simple; luzco en París, todos me rodean, me asedian; esta noche doy una cena y te invito.

—Con mucho gusto.

—Verás á todos mis amigos, veremos si te agrada alguno.

—¿Te olvidas de que me caso esta misma noche?

—No, pero tendría su novedad.

—¡Pobre Rafael!

—Le ha de suceder tarde, que le suceda temprano.

—Eres terrible.

—Hija mia estamos en Paris, lugar de todo lo bufo y todo lo serio.

—Es verdad, pero yo no llego allá todavía.

—Ya llegarás con el tiempo, tontuela, vámonos.

—Amiga mia, no quiero que sospeches de mi y te voy á decir algo que te atañe.

Brígida fijó su mirada intensa en los ojos de la joven y luego le dijo, habla, tal vez á eso has venido.

—No, á verte primero, ardía en deseo de estrecharte en mis brazos y después......

—Después qué?

—Con una sola palabra comprenderás todo, todo.

—Dilo, no temas.

—Pues bien, aqui está el padre Jerónimo.

—Dios mio! exclamó la joven.

—Viene loco, buscándote, si lo vieras te causaria lástima, iba para Roma y se ha quedado en Paris porque sabe que aqui estás.

—¿Lo sabe?

—Perfectamente, todos te conocen y el nombre que has adoptado es netamente mexicano.

—Es verdad.

—No era dificil equivocarse.

—Lo comprendo y ¿dónde está?

—En mi hotel y me espera en mi cuarto.

—Es decir que alli lo encontraré?

—Precisamente, siempre que no quieras otra cosa.

—No, estoy resuelta, lo veré, vamos.

Las dos jóvenes se entraron en el carruaje y llegaron al Hotel Lafallete.

VI

—Entra primero, dijo Brigida, y prevenlo.

Entró Susana.

El clérigo estaba con la cabeza baja y hundido en sus pensamientos.

—Padre, le dijo Susana, Brígida ha venido conmigo y la va usted á ver.

Un sacudimiento nervioso, horrible, le acometió al padre Jerónimo.

Lo atendió Susana y se recobró poco á poco.

No podía articular palabra.

Se levantó, arregló su cabello y su ropa y esperó.

Entró la antigua amante, con esa elegancia parisiense inimitable, bella, deslumbradora, arrogante y magnífica.

El padre Jerónimo cayó á sus piés.

Desgarrándose y llevándose las manos á la cabeza, dió un hondo gemido que salió del fondo agitado de su corazón.

La joven, á pesar de sus resentimientos se encontraba delante del hombre que habia sido dueño de

su juventud, de sus primeras ilusiones, en fin, de su primer amor! Sintió desvanecerse todo su presente y el pasado con sus iris y sus sombras envolvió su cerebro.

Volvió á amar á aquel ser infeliz é infortunado, tuvo compasión de sus infinitas desgracias, le dolió verlo con el rostro demacrado y el cuerpo como un árbol azotado por el huracán.

Cedió al recuerdo de sus primeras impresiones y le tendió la mano.

—Piedad, compasión! murmuraba el padre Jerónimo.

—Levanta, le dijo la jovon ¿á qué has venido?

—Vengo tras de una sombra, la sombra de mi destino...... vengo tras de la muerte que palpita en tus labios.

—No, dijo la joven, ¡la vida!

—No me enloquezcas por compasión, déjame, á fuerza de pensar en tí, de llamarte á todas horas, de buscar aquel calor de tu cariño, ha terminado mi cerebro por enloquecerse, porque esa idea fija, constante despierto y en sueños, ha sido mi eterno castigo!......... fraile, proscrito, desheredado de la felicidad, con el estigma sobre mi frente, arrastrando una existencia maldita, separado para siempre de Dios y de su altar, trastavillando en la tiniebla, abandonado por tí y viendo siempre á ese ser despreciable que tuve la locura de unir á tí y delante de tu cólera...... ¡oh, esto ha sido espantoso para mí!...... ¡ten compasión!...... ¡mientras tú estás her-

mosa como nunca imaginé, encantadora como no te había soñado jamás, yo soy un espectro, la sombra de mí mismo, el harapo, lo que queda, lo que zozobra, lo que se va para siempre!

—¡No, tú eres el mismo para mí, lo confieso, te amo!

—¡No, no puede ser! gritó el desgraciado, eso sería lo inconcebible.

—No, no, yo pienso en mi juventud, en mis primeros años, es cierto que fuí seducida en las sombras de un templo, que aquello era lo reprobado, lo sacrílego; pero te amé y te amo todavía.

—¿Me seguirás?

—Por donde vayas.

—¿Me lo juras?

—¡Te lo juro por Dios!

—Brígida, yo te idolatro, me vuelves á la vida, me das una dicha no soñada jamás. Se acercó á la joven y puso sus labios ardientes y calenturientos en la boca fresca y perfumada de la joven y luego exclamó: ¡hasta más allá de la muerte!

VII

Susana recibió á dos jóvenes de la legación, al Doctor y á Alfredo.

—Señores, dijo dirigiéndose al Padre Jerónimo y á Brígida, ya es la hora, vamos.

Todos se pararon y se dirigieron al cuarto del enfermo.

Allí estaba el Cura.

—Señores, dijo el sacerdote, voy á celebrar el santo sacramento del matrimonio *in extremis.* Leyó la epístola de San Pablo y las otras oraciones, dió las manos á Rafael y á Susana, los bendijo y terminó la ceremonia. Cuando la madrina, que era Brígida, los empleados de la legación y el Padre Jerónimo se acercaron al lecho para felicitar al desposado, no contestó.

—Señor, dijo Alfredo dirigiéndose al Doctor, creo que Rafael tiene un síncope por la emoción.

Se acercó el médico violentamente, lo examinó con entera serenidad y volviéndose á los concurrentes, dijo con voz solemne:

—¡Está muerto!

Susana lanzó un grito agudo, dolorido y horrible y cayó azotando el pavimento con su cabeza.

VIII

El mundo y la vida tienen muchos cambiantes.

La joven mexicana, sin impresionarse por la muerte del estudiante que lo tuvo por un pobre diablo, daba esa misma noche una gran cena en el Palacio de Mongomeri.

Es en vano decir que el comedor era suntuoso por sus obras de arte y que estaba decorado con un gusto elegantísimo y exquisito.

No parecía que París era una sábana de hielo y que se estaba en lo más crudo del invierno, según el número de flores, que decoraban aquella mesa, donde lucía el cristal y la fina porcelana.

Los mejores vinos, las más exquisitas confecciones y un lujo inusitado en los manjares y todo á la luz de múltiples lámparas incandescentes.

Banqueros, ministros, diplomáticos, la juventud más elegante de París.

Se presentó Brígida, y al verla tan bella resonó un aplauso.

A poco llegó el Padre Jerónimo vestido correctamente.

Brígida lo presentó á la concurrencia.

Había allí un alto personaje, alto, grueso, de ojos azules, sonrisa un tanto sarcástica, elegante y apuesto, las manos blancas y cuidadas con grande esmero.

Un anillo con un gran brillante era todo lo que llevaba.

Vió al Padre Jerónimo y pareció reconocerlo.

El Padre á su vez pensó si éste es de los nuestros, pero se mantuvo en reserva.

Sentáronse á la mesa y el personaje tomó asiento junto á la gran dama.

Comenzó el ir y venir de la servidumbre y el famoso vino circuló con profusión.

Tal vez por alarde el personaje rozaba de conti-

nuo sus manos con los magníficos brazos de Ixtlalxihuatl.

El Padre Jerónimo estaba pálido.

Siguió el estruendo y la alegría en aquella distinguida reunión, cuando el personaje, como diciendo algo al oido de la dama, se acercó demasiado y el Padre Jerónimo se apercibió de que le había dado un beso.

Sin poderse contener, saltó como una fiera, terrible, con el cabello erizo, convulso y arrojando espuma por la boca y sin que nadie, por la violencia, pudiera contenerlo, sacando un puñal damasquino, se arrojó sobre aquel hombre, que era el amante de la dama, que la ostentaba con orgullo ante la sociedad parisiense.

El golpe acertado era tremendo.

Brígida, que no había visto el puñal por un acto inconsciente, se interpuso y recibió la puñalada en el centro del corazón:

Cayó de espaldas arrojando un borbotón de sangre y muriendo sin agonía.

—¡Es un miserable! gritó uno de la concurrencia. ¡Ha querido asesinar al Nuncio de Su Santidad!

IX

Salió el Padre Jerónimo de aquella casa, loco, trastavillando, lamiendo la caliente sangre de su amante, que empapaba sus manos.

Toda aquella sociedad felicitaba ardientemente al Nuncio Apostólico por haberse librado del puñal de un anarquista.

El Nuncio estaba pálido y conmovido, viendo muerta á la mujer que tanto amaba.

El Padre Jerónimo tomó el tren que salía para Marsella, llegó al Puerto y tomó pasaje en un buque que iba para el Itsmo de Suez, llevando á los peregrinos de Tierra Santa, donde el infeliz clérigo encontraría su tumba definitiva.

———※———

CAPITULO XVI.

COSAS DEL MUNDO.

I

Susana habia sentido muy poco al estudiante, recuperada de la primera impresión se daba cuenta de que Rafael era un pobre diablo, sin distinción, sin elegancia, sin nada de aquella juventud parisiense y en el fondo de su corazón sintió algo de alegria por aquella muerte, que la habia librado de una situación que hubiera concluido por romper.

Susana era voluble en extremo, y así como había abandonado á Rafael en México, lo abandonó en sus recuerdos y lo dejó bien enterrado y para siempre.

Pero aquella mujer necesitaba un marido para los usos de la casa, salir, pasear, ir al teatro, significar algo en sociedad.

La fastidiaba vivir con un hermano postizo que á veces se le hacía insoportable.

Era necesario hacer una nueva situación.

II.

Alfredo pidió permiso para entrar y tomó asiento respetuosamente junto á Susana.

—Supongo, Sarita, que ya estará usted algo tranquilizada.

—Perfectamente, contestó la joven, yo me iba á casar con Rafael por compasión, me habia amado allá en nuestra tierra, me habia seguido á Europa y ya no habia modo de salir de esa, que casándonos.

—No estaba mal pensado.

—Puede que sí, yo no le tenia ilusión.

—Entonces hizo usted muy bien, para casarse se necesita amar mucho, enloquecer el espíritu, tornarse en soñador.

—Yo no habia llegado á ese extremo.

—Es verdad, yo la veia á usted sin entusiasmo.

—Diga usted más bien sin amor.

Guardaron un momento de silencio.

Alfredo dijo al fin, Sarita yo tenía algo que decir á usted que me es sumamente penoso.

—Hable usted sin temor, amigo mío.

—Nos vamos á separar y acaso para siempre, dijo Alfredo.

—No comprendo, contestó Susana, ¿acaso no está usted bien retribuido?

—No hablemos de eso, señora, demasiado generosa ha sido usted conmigo y acaso esta cuestión es la que haya motivado.....

—No sé entonces.....

—Pues escúcheme usted, dijo Alfredo, acercándose un tanto á la joven.

—Mi situación, después de haber gastado una fortuná, se hizo penosa y acepté un puesto en esa sociedad que surte de personajes á Paris. Como á persona de esmerada educación y conocedora de la sociedad en todos sus detalles, me han dado un lugar distinguido y próspero, á qué negarlo; pero que mi educación y mis antecedentes lo rechazan.

Los ojos de Alfredo se humedecieron.

—Usted, prosiguió, comprenderá fácilmente lo terrible que es esta vida para mí, estoy fuera de mi centro, me siento humillado profundamente, vago en una atmósfera que no es la mia, me asfixio.

Susana fijó su mirada en el semblante de su interlocutor.

—Yo, continuó Alfredo, hago un esfuerzo supremo en que hundo mi vergüenza hasta el fondo del alma al presentarme á desempeñar papeles que repugno, y me dan tentaciones de cortar mi mano cuando la tiendo para recibir la paga; no, no es esto para mí, señorita.

—Todo lo comprendo, dijo Susana.

—Lo que no ha comprendido usted, es lo que voy á permitirme decirle.

—Hable usted, caballero.

—Soy joven, señorita, educado en esa alta sociedad á la que pertenezco, aun tengo aspiraciones, no creo que mi existencia se ha de extinguir en este empleo vergonzoso, aun recuerdo quién soy.

Continúe usted, caballero.

—Pues bien, como estos momentos acaso sean los últimos en que yo tenga el gran placer de estar al lado de usted, voy á ser enteramente franco.

Alfredo pasó la mano convulsa por su frente.

—Pues bien, dijo, por miserable que yo pueda aparecer á los ojos de usted como su sirviente, palpita en el fondo de mi alma un sentimiento noble y grande, el amor sin esperanza, la tempestad que pasa por cima de mi corazón.

—No comprendo, dijo Susana.

—Pues bien, á fuerza de vivir al lado de usted, de acompañarla sin haber sido obstáculo, he observado en usted una alma generosa, una inteligencia grande, y he pensado que si yo viviera esclavo de esa alma, sería el más feliz de los hombres, y me he decidido á declarar á usted este amor, al mismo tiempo que pedir su indulgencia si esto pudiera envolver una falta.

Susana no respondió.

—Usted ignora, dijo Alfredo, todo lo que he sufrido al ver que deslizaba usted sus alas de entre mis manos é iba usted á casarse, es decir á separarse de mí para siempre!...... no, yo no había amado

nunca hasta ahora; no sabía lo que éra ese contacto puro con una mujer, verla al despertar del sol y á las primeras sombras de la noche; asistir á todos los momentos de su vida, tener aprisionado el espíritu por las cadenas de un silencio terrible, inquebrantable......... pero hoy, hoy es otra cosa; si usted no me da al menos una esperanza, caeré en la noche del olvido y del dolor, no me volveré á presentar, porque mi sufrimiento sería impertinente, y si usted no me odia, entonces me aborrecería, espero una palabra, una palabra de compasión al menos.

A Susana le había pasado algo semejante, á fuerza de tratar á aquel hombre tan correcto y tan simpático, sentía por él algo parecido al amor.

A esto se unía, como antes hemos dicho, la necesidad social de un marido, y ninguno más á propósito que Alfredo.

Susana era impresionable, nerviosa, lo que había de terrible en ella eran las retiradas.

Al ver, ó más bien, al oir las palabras de aquel hombre, se sintió subyugada, pensó ó sintió que lo amaba, y sacando su preciosa mano entre los encajes negros de su vestido, la tendió á Alfredo que la besó con entusiasmo.

—Hasta el últime, dijo Alfredo.

—¡Adiós! murmuró Susana, y quedó hundida en el mar tormentoso de sus pensamientos.

III

Alfredo continuaba en su papel de hermano de Susana, para estar con ella á su antojo.

Susana sentía que lo amaba y estaba satisfecha de aquella elección.

Si Alfredo no aprovechaba aquellos momentos de entusiasmo, seguramente que más tarde perdería la partida.

Una tarde tropezó Susana con una amiga de confianza, que le dijo sonriendo:

—Me gusta tu hermano.

—Pues te lo regalo, contestó la joven.

—Iré por él á tu casa.

—Cuando gustes.

—A la segunda mirada es mío.

—¿Y por qué no á la primera?

—Eso sería demasiado, además, esta gente entiende al momento.

—¿Cómo esta gente? preguntó Susana.

—Sí, esta de las agencias, sé perfectamente que no es tu hermano, sino que está á tu servicio, y lo hace á las mil maravillas.

—¿Lo conoces acaso?

—Perfectamente. El año pasado le tocó ser padrastro de una joven; un padrastro insoportable, porque así convenía, y nunca vimos á un hombre

de mayores facultades, ni Coquelin que es un gran actor; éstos todo lo hacen por papel: conocen las pasiones humanas y las saben explotar; te ha tocado un hermano excelente.

La joven se echó á reír, y Susana sintió un desencanto tan profundo, que se retiró á su casa resuelta á tomar una resolución.

—Estaba á punto de hacer una barbaridad, dijo la joven; no me importa nada de lo que ha dicho mi amiga; pero hay una cosa terrible, inconcebible: ser yo esposa de uno de esos de las agencias, ¡qué bromazo tan estúpido!

La cuestión estaba resuelta: una imprudencia había matado un mundo de sueños y de esperanzas.

—¡Imposible! exclamaba Susana; dirían también que yo era de la compañía; vaya al diablo este hermano, que hombres sobran en París y en todas partes que quieran casarse con ricas; desde hoy lo despido, al fin ya todos saben el papel que estaba representando.

Llamaron á la puerta con un toquido recatado.

IV

Entró un caballero alto, grueso, pálido, de ancha frente, mirada centellante y boca correcta, no usaba barba ni bigote, pero estaba revestido de una elegancia exquisita y sin afectación.

A este personaje ya lo conocen nuestros lectores: era el Nuncio Apostólico, el amante de......... asesinada infamemente por el padre Jerónimo.

Ya nadie hablaba de aquella aventura, la joven estaba sepultada en el Cementerio del Padre Lachaisse, el matador en camino de Tierra Santa, y el Nuncio de S. S. continuaba en sus aventuras y galanteos.

Susana se levantó violentamente y tendiéndole su preciosa mano al Nuncio, lo hizo sentar á su lado.

—¿A qué debo esta visita, Monseñor?

—A un accidente triste para mí, señorita.

—Me alarma usted, Monseñor, dijo Susana.

—Yo lo estoy más señorita, porque me llaman de Roma y salgo mañana para la Ciudad Eterna.

—Va usted á dejar desoladas á todas sus amigas.

—El desolado soy yo, señorita.

—Pero será una ausencia corta.

—No lo sé, porque usted sabe que estoy sujeto á una autoridad.

—Pues nadie lo pensaría, Monseñor.

El Nuncio se sonrió.

—Pero usted cenará esta noche conmigo, ¿no es verdad?

—Acepto con entero placer: quiero llevarme ese último y tierno recuerdo.

—¿No desea usted que invite á alguna persona de su agrado?

—Junto á usted señorita, no hay más que usted. Un solo favor:

—¿Cuál?

—Usted me va á perdonar; y es que .... suprima usted á su hermano.

—Ya está suprimido desde antes: ya me fatigó su compañía; además cobraba muy caro.

—Esta gente sabe su negocio. Comprendí desde luego lo que pasaba y calculé que paraba en tragedia.

—No, Monseñor, en Opera Bufa.

El Nuncio se echó á reír.

—Figúrese usted, Monseñor, que ese hombre alquilado se atrevió á requerirme de amores.

—¡Qué atrocidad, hija mia! ese hombre trataba de fomentar la agencia.

—Trataria de cualquier cosa, pero lo he despachado, ó más bien lo voy á despachar, con cajas destempladas.

—Está usted en su pleno derecho, señorita.

—Ya oigo sus pasos, usted presenciará la escena.

—Será siempre un espectáculo.

Efectivamente, los pasos se acercaron y entró Alfredo.

Saludó al Nuncio y tomó asiento.

—Hermano mio, dijo Susana con entera sangre fria, te vas á marchar porque tengo un asunto reservado con el señor.

Como ya Alfredo no era simplemente un hermano sino un marido presunto, se puso pálido y permaneció sentado.

—Parece que no has oído bien: quiero estar sola.

Alfredo no contestó, crispó sus manos y se agarró á los brazos del sillón.

Después de unos momentos de silencio Susana se levantó, y con una resolución de mujer, tomó el sombrero de Alfredo y le dijo con imperio:

—Tome usted y salga al momento.

—Susanita...... murmuró el joven.

—Que salga usted, y para no volver puede usted enviar su cuenta y es negocio terminado.

—¿Por qué añade usted la afrenta á la crueldad?

—Que salga usted y evitemos diálogos fastidiosos.

—Muy bien, señorita, ¿no tengo derecho á nada?

—A nada, contestó Susana.

—No nos volveremos á ver.

—Ese es mi deseo, replicó Susana.

Alfredo salió sin saludar al Nuncio.

Susana azotó la puerta á espaldas de Alfredo y volvió tranquila el lado del Nuncio apostólico.

—Muy bien, hija mia, así se hace.

—Ya era mucha broma tolerar á esa gente.

—Es verdad, son insoportables. Cenaremos solos esta noche.

—Ya está oscureciendo, dijo Susana, quédese usted de una vez.

—No está mal pensado, dijo el Nuncio, acepto. Las cosas ó se hacen bien ó no se hacen.

—Ese es mi programa, Monseñor.

—Yo iría más adelante, Susana.

—Me asusta usted, Monseñor.

—No es para tanto; pero si usted fuese tan complaciente que quisiera hacer un viaje á Roma?

La joven se quedó unos momentos callada y dijo después:

—Estoy á vuestras órdenes, Monseñor, deseaba conocer Italia y ésta es una ocasión propicia.

—Y tan propicia, dijo el Nuncio, que será un paseo de verdadero recreo.

—Subiremos al Vesubio.

—Y bajaremos á Pompeya, contestó el Nuncio, pero arreglemos todo y por orden; ¿qué papel hago en este viaje?

—A usted le toca designarlo, Monseñor.

—Pues viajaré de incógnito y seré...... seré......

—Concluya usted, Monseñor.

—Pues bien, seré el marido, para evitar dificultades.

—Está espinoso el negocio.

—¿Por qué?

—Porque el papel de marido.........

—Yo lo desempeñaré con entera corrección.

—¿Es usted de la Agencia?

El Nuncio rió estrepitosamente.

—Hija mia, somos todos de la agencia del mundo.

—Perfectamente. Cenamos muy satisfechos y mañana dejamos Paris rumbo á Italia.

El Nuncio estrechó con efusión las preciosas manos de Susana.

Yo necesitaba un Cardenal para conocer Roma, pensó la joven; volveré á Paris y dejaré á este fraile en su convento, me cargan los tonsurados.

El Nuncio se habia metido en una terrible aventura.

V

Llegaron á Milán los viajeros y Susana quiso asistir á la representación del «Don Juan,» de Verdi, que tenia lugar en el Teatro de la Escala.

El teatro estaba resplandeciente, se habian dado cita todos los artistas.

Aquella noche, Verdi tendria una de las ovaciones más estruendosas.

Los palcos estaban ocupados por la sociedad más distinguida y no habia ni una localidad desocupada.

Susana se presentó en un intercolumnio acompañada del Nuncio apostólico disfrazado de dandí, porque Monseñor era elegantísimo.

Habia comenzado la ópera cuando al palco contiguo entraron dos damas ricamente puestas, acompañadas de dos jóvenes caballeros.

—Las piedras rodando se encuentran, dijo Susana, vea usted Monseñor, aquí están mis amiguitas, las hijas del Dean de México.

—Y las acompañan dos clérigos jesuitas, contes-

tó el Nuncio, conozco á estos bribones, han dado en París buena guerra y parece que vuelven arrepentidos á Roma.

—Muy arrepentidos, murmuró riendo Susana.

—Las mexicanas tienen mucho gancho, dijo el Nuncio.

—¡Cuidado con engancharse, Monseñor!

—Son encantadoras, murmuró el Nuncio, y fijó sus ardientes pupilas en el jadeante seno de la joven.

Susana fijaba sus gemelos en el tenor que era un joven apuesto y cantaba admirablemente.

El tenor, á su vez, dirigía sus frases enamoradas estableciéndose una corriente apasionada entre el palco de Susana y el escenario.

El Nuncio dormitaba.

En el primer entreacto, salió Susana y habló con las hijas del Dean.

—Venimos corriendo una aventura que durará pocos días, dijo una de las jóvenes, estos cleriguillos se han empeñado en gastar con nosotros su fortuna y ya la tenemos mermada, asistiremos á la última partida.

—Y á dónde van? preguntó Susana.

—A Roma, allí refaccionaremos los fondos.

—Y después?

—Después?...... veremos, hemos dejado mucho pendiente en París, por ahora estamos como tú, en la iglesia.

Susana rió estrepitosamente.

—Conocemos á tu Nuncio, es un calavera de primer orden, ten mucho cuidado.

—Lo pienso dejar esta noche, contestó Susana, me ha gustado el tenor y con una palabra estamos arreglados, me parece un muchacho inexperto, inocente y de porvenir, decididamente entro al mundo del arte.

Las jóvenes rieron á su sabor, cuando entró un lacayo y entregó á Susana un ramo con una tarjeta del tenor, pidiéndole una cita.

Susana contestó en el acto.

—Ya está comenzado el drama, dijo Susana, planto al Nuncio y que vaya á cantar su misa en la Sixtina.

—Nuestros clérigos van por el mismo camino, ya nos tienen fastidiados, son muy ceremoniosos aunque espléndidos.

—Por eso es bueno no ser casada; porque eso de sufrir el soborno del marido toda la vida, es intolerable.

—Tienes razón, afortunadamente enviudaste la víspera; y á propósito, qué pasó con tu fingido hermano?

—Carguen los diablos con él, se quedó llorando mi ausencia.

—Esos Quijotes son muy latosos.

—Mucho, pero el acto ha comenzado.

Volvieron á sus palcos hasta la terminación de la ópera, que fué un grande éxito.

—Aquí os conocen mucho, Monseñor, dijo Susana, id por delante que os voy siguiendo.

—Tienes razón, me adelanto y te espero en el carruaje.

—Perfectamente.

Salió el Nuncio y deslizándose entre la concurrencia atravesó el pórtico y se entró en el carruaje, donde esperó tranquilamente á la joven.

Ya el teatro estaba desierto, ningún carruaje quedaba en la calle y el Nuncio apostólico comenzó á inquietarse.

Seguramente la han detenido sus amiguitas, pero estoy seguro de que vendrá.

El carruaje trascendía al aroma de aquella mujer, era una atmósfera de amor que enloquecía al Nuncio.

No pensaba más que en Susana, estaba cautivado por sus encantos.

Esperaba y esperaba, hasta que desesperado se tiró á andar por todas las calles céntricas de Milán, asomándose á todos los establecimientos que estaban sumamente concurridos, y ya en el último grado de desesperación, con el rostro descompuesto por el amor brutal, en desorden el traje, los ojos llorosos, las manos crispadas y arrojando espuma por la boca, volvió á su carruaje y se entró en el hotel, sabiendo que había perdido á Susana para siempre.

VI

Si el Nuncio de S. S. se hubiera asomado á un gabinete del Hotel Vesubio, hubiera presenciado una escena poco edificante.

Las hijas del Dean y los clérigos en una espantosa orgía, los clérigos bailando sobre la mes, estrujando los blancos manteles y rompiendo las copas de bacará y los botellones, derramando el champagne espumoso y riendo á carcajadas, recitando trozos del Dante y canciones populares de infernal sentido, besando estruendosamente á las jóvenes, que ya estaban ébrias.

Entretanto, Susana, sentada en un confidente y el tenor apasionado, arrodillado á sus piés, protestándole su amor y haciéndole juramentos de fe eterna.

Así los sorprendió la primera luz de la mañana.

Susana quedó en poder del tenor ó más bien éste en el suyo, y las hijas del Dean salieron con sus acompañantes para Roma. En el tren iba el Nuncio de S. S. ya en traje sacerdotal, pálido, desvelado y con las huellas del dolor en el semblante.

Luego que lo reconocieron los cleriguillos, sacaron sus libros y se pusieron á rezar.

Buenos rezos, murmuró el Nuncio, y acompañados de *esas*.

¡Malditas sean las mujeres! sólo puede consolarme la joven modelo, que es bellísima, pero temo que ya se la hayan robado ¡caracoles! aquí el que no corre, vuela. El cardenal Orsini estaba apasionado de ella y yo le jugué una mala partida á su Eminencia, que á su vez se consoló con una cliente del confesonario ¡qué mundo!...... pero estos deben de saber de Susana.

—Caballero, dijo llamando á uno de los clérigos, podrá usted decirme algo de la joven amiga de esas señoritas que viajan en compañía de ustedes?

—Monseñor, poco sabemos, pero entiendo que se quedó con el tenor que cantó anoche el D. Juan.

—¿Con el tenor?

—Sí, estando en el palco la envió un ramo de flores.

—Y yo que besé las rosas! exclamó el Nuncio.

—Después salió del teatro con él, cenaron en el Vesubio......

—¡Que no hubiera hecho erupción!

—Y después......

—Ya no siga, es demasiado.

El clérigo volvió á sus oraciones y el Nuncio quedó hundido en el mar tomentoso de sus pensamientos.

VII

El Nuncio llegó á Roma y fué obsequiado por cuatro Cardenales amigos suyos, con una cena espléndida.

Concurrieron al banquete cuatro adolescentes, cantores de la Sixtina, hermosos niños que apenas entraban en la adolescencia, rubios de mirada azul, el cutis como los de una joven, las manos blancas y los labios rojos y una voz melíflua.

Los Cardenales los acariciaban dulcemente y los hacían beber esos magníficos vinos italianos.

Sólo el Nuncio estaba triste.

—Señor, dijo uno de los niños, Jovani no ha venido, se quedó á cenar con el señor Coadjutor, pero ofreció que vendría aunque fuera tarde.

El Nuncio hizo un gesto de repugnancia.

—No creía disgustaros, Monseñor, como Jovani es nuestro consentido.

El Nuncio no respondió.

Seguía el banquete en todo su auge, los Cardenales ya estaban aturdidos y reían á mandíbula tendida con las ocurrencias de los tenorcitos á quienes agasajaban, cuando la puerta se abrió repentinamente.

—¡Ay! una mujer! gritaron los jovencitos y se arrojaron en los brazos de los Cardenales.

Una mujer hermosa y resplandeciente de elegancia, penetró en el salón.

—Ella! gritó el Nuncio y se levantó como impulsado por un resorte.

La mujer se acercó pausadamente y el Nuncio se arrojó en sus brazos.

—Susana! Susana! gritaba ahogando su voz entre sollozos.

—Aquí estoy Monseñor, yo he pertenecido á la iglesia y vuelvo á su seno.

—Pero el tenor de la Scala! gritó el Nuncio.

—Pues...... pues...... nada, era tenor de San Pedro y nada más.

—Bien, bien, replicó el Nuncio, ya no te separarás de mí.

—Nunca! gritó Susana, que venía tras de los dineros del Nuncio.

—Vámonos, aquí no estás bien hija mía.

—Sí, sí, que se vaya, que se vaya! gritaron los jovencitos, una mujer todo lo descompone, nos va á descomponer la fiesta, si ha estado aquí Jovani, la aporrea.

—Vámonos, dijo Susana, esta gente me repugna.

Los niños se pusieron furiosos.

Los Cardenales los apaciguaban.

El Nuncio y Susana salieron del salón.

—Que no vuelvan! gritaron los niños, y comenzaron los cantos desacompasados de la orgía.

Cuando comenzó á clarear, los Cardenales se dirigieron á San Pedro de Roma á celebrar el santo sacrificio de la misa.

CAPITULO XVII.

EL FATALISMO.

I

El padre Antonio se había refugiado en New York, mientras en México se devoraban su historia.

Como no es posible que una sociedad se ocupe todos los días de un mismo asunto, todo se fué olvidando, sólo los frailes se ocupaban en silencio de aquel negocio.

El rapto de Angélica era solo un momento de alucinación, él volvería al carril, dejaría á la joven y lo recibirían purificado en el seno de la iglesia católica.

Era un pecador del momento, su alma no estaba empedernida, su cerebro bien fanatizado haría explosión, todo consistía en esperar la hora, que había de llegar infaliblemente.

Pensar lo contrario era dudar hasta de la santidad de Dios.

El pecador acompañado de sus cuantiosos bienes

volvería como el hijo pródigo y todo quedaría arreglado.

En cuanto á la joven podía tomar el camino que le pareciera, eso no era cuestión para la iglesia.

Lo que sí debía pensarse era en separarlos, vigilar al sacerdote y en último caso, que volviera á su centro aunque fuera con la mujer, eso importaba poco, sería una de tantas y nada más.

Los jesuitas vigilaban de cerca al padre Antonio sin inquietarlo.

Había dado un paso de avance formidable, el obispo católico de New York había celebrado con él algunas conferencias, le había aminorado sus culpas y mientras todo se resolvía de una manera conveniente, le había obligado á seguir en su ministerio y decía misa todos los días.

Nada de esto sabía Angélica.

II

El padre Antonio había tomado una casa elegantísima en la quinta Avenida y vivía con Angélica, que se mantenía pura, porque el fanatismo se había interpuesto entre las pasiones.

Aquel hombre, preso de remordimientos, se había aniquilado, huesoso, encorvado, parecía un árbol desgajado sobre el cual había azotado una tormenta.

Amaba con pasión á Angélica, era su ídolo, su pensamiento y su maldición.

No podía soldar aquel amor profano con su misión divina, Dios y el mundo.

Quería romper sus ligas y no podía, siempre una voz interior le gritaba, siempre el sentimiento religioso venía á interponerse, siempre el fanatismo lo subyugaba.

Aquel combate perpetuo, continuo, lo tenía acrivillado.

Por instigaciones de Angélica, que lo dominaba, ocurrió á Roma, solicitando del Pontífice, que anulara sus órdenes por haberlas recibido contra su voluntad, para que roto su carácter sacerdotal pudiera contraer matrimonio.

Se había puesto de acuerdo con un jesuita tribón y conocedor de esos asuntos del Vaticano.

Aquel miserable sabía que en Roma se compra la absolución de los pecados y de los crimenes, que el dinero impera, que lo más inmoral, lo más infame, se pone á precio, adulterios, incestos, asesinatos, robos, cuantas formas tiene el delito, tantas se sujetan á tarifa y el jesuita por una fuerte suma de dinero, había ofrecido arreglar todo á satisfacción.

En aquellos días se esperaba la decisión de Roma.

El padre Antonio estaba inquieto y comenzaba á creer que ni la voluntad del Cabeza de la Iglesia podia borrar sus juramentos; su fanatismo se sobreponía á todo.

No obstante, esperaba con impaciencia la resolución de Roma.

Angélica también esperaba, pero un tanto fastidiada de aquella situación.

Antonio no era el mismo, vacilante, tímido, acobardado y pensando en quimeras religiosas y hasta en las penas eternas.

Aquel ya no era un amante, era un beato medio arrepentido.

Aquella mujer comenzaba á verlo como á un pobre diablo; la ilusión tocaba á su término.

Después de una conversación acalorada y sobre el mismo tema, el padre Antonio salió de la casa para dirigirse á decir misa á la iglesia de los católicos.

III

Sonó el timbre y un lacayo presentó á Angélica, en una bandeja de plata, una tarjeta.

Tomó Angélica la tarjeta y leyó: «Salvador Argüelles, agregado á la Embajada americana.»

El corazón le dió un vuelco. ¿Qué le queria la Embajada?

Después, tomando una resolución suprema le dijo al lacayo:

—Que pase y espere.

Salió el lacayo, se oyeron pasos, y el agregado á la Embajada penetró en el salón de recibir.

Era joven, guapo, elegante y con todos los ápices de la etiqueta.

Su cabellera y su bigote negros, sus ojos negros grandes y centelleantes, su nariz correcta y sus piés y manos pequeños, contrastando con lo esbelto de su estatura.

Tomó asiento correctamente y esperó á la dama.

Angélica procuró ataviarse para estar más encantadora todavia.

Entró en el salón y se encontró frente á frente con el agregado á la Embajada americana.

—Señorita, dijo Salvador, ¿tengo el honor de presentar mis respetos á la señorita Angélica Ballesteros?

—Servidora de usted, caballero.

—Me es tanto más satisfactoria esta visita, cuanto que estoy en presencia de una mexicana.

—¿Es usted mexicano, caballero?

—De la ciudad de México.

—Somos paisanos. Tome usted asiento y hábleme con entera franqueza.

Salvador estaba desconcertado; la joven le habia hecho una impresión profunda.

Angélica no se explicaba lo que sentía en aquellos momentos.

Guardaron unos instantes de silencio.

Angélica se resolvió á romper aquella situación y abordó con todo valor la conversación.

—Caballero, le dijo, deseo saber el objeto de su

visita, para tener después con usted una explicación que interesa á mi honor y á mi nombre.

—Usted, señorita, dijo Salvador, es para mí un objeto de respeto y veneración.

—Gracias, caballero.

—Viniendo al objeto de mi visita, diré á usted, señorita, que se recibió en la Embajada, y con mucha recomendación, un pliego dirigido á usted. Como ignorábamos el domicilio, hemos necesitado el auxilio de la policía, porque urgía cumplir con nuestro encargo.

Angélica sonrió.

—Y cumpliendo con este deber, tengo el honor de poner en las manos de usted el pliego.

Salvador sacó una carta y un paquete y lo entregó á la joven.

—Me va usted á permitir que lea esta carta, que me ha llenado de espanto, porque viene enlutada.

—Como usted ordene, señorita.

Abrió la carta Angélica, leyó algunos renglones y dió un grito de dolor, al que sobrevino un torrente de lágrimas.

—¿Qué pasa, señorita?—preguntó asustado Salvador.

—Caballero, mi padre ha muerto víctima de esa pesadumbre que yo le he dado inconscientemente. Y ha llevado la generosidad de su perdón, hasta dejarme de heredera de su inmensa infortuna.

La joven continuó llorando.

—Señorita, es ley humana que el hijo entierre al padre.

—Es verdad, contestó Angélica, pero yo no lo he sepultado.

—Vicisitudes de la vida.

—Oígame usted, caballero, porque á mí me interesa sincerarme delante de usted que no me conoce.

Salvador guardó silencio.

—Vivía, dijo Angélica, en la soledad de un conventículo y no tenía presente sino al hombre á quien yo había amado y á quien los clérigos jesuitas lo arrancaron de mi lado para hacerlo sacerdote...... La soledad, el abandono de mi padre, todo contribuía á fijarme en aquel pensamiento...... Un dia, dia fatal para mí, lo encontré en el confesonario y, no pudiendo resistir, reanudé aquellos amores de fatalismo y huí con él, viniéndome á esconder á esta tierra.

Levantose Angélica, sacudió su frente de arcángel y poniendo su preciosa mano sobre el corazón, dijo con voz conmovida: «Juro por Dios, que está delante, que estoy tan pura como el dia que salí del seno de mi madre!»

Aquella voz tenia tan profundo acento de verdad, que Salvador exclamó:

—Lo creo, Srita. Angélica.

—He luchado, continuó Angélica, con el fanatismo brutal de ese hombre, hasta obligarlo á pedir las dispensas á Roma, para poder efectuar un matrimonio que ya veo con repugnancia; me es insoportable pensar que si mi marido ha sido clérigo,

que continúa siéndolo por dentro, que sus costumbres son de beato, que aborrece la sociedad y quiere un retiro como el del claustro; me asfixia el olor á incienso, me acuerdo de las casullas y de las vestiduras de encajes, y detesto esa farsa que arrojaría el ridículo sobre mí...... Quiero entrar á esa sociedad que desfila elegante y alegre delante de mí; no quiero clérigos, quiero asomarme por los vidrios azules de otra existencia que es la mia...... Y pensar que el vulgo de la gente me cree perdida y deshonrada, cuando conservo intacto el crisol de mi virginidad!......

Dos gruesas lágrimas rodaron por el rostro pálido de la joven.

Salvador estaba anonadado y sentía la fuerza latente de una pasión por aquella mujer.

—¡Yo creo en usted! gritó el joven, he penetrado al fondo de ese secreto; no veo al ángel caído, sino al ángel prisionero en las cadenas del infortunio.

Angélica le tendió la mano.

Salvador se levantó y saludando respetuosamente, iba á dejar el salón, cuando se volvió, y haciendo un supremo esfuerzo, le dijo:

—¿Señorita, me permitirá usted que la vuelva á ver?

Angélica dudó un momento y luego respondió:

—Puede usted venir los lunes á esta hora y tendré el honor de recibirlo.

IV

Luego que Angélia se encontró sola, volvió á leer la carta, abrió el paquete que era la copia del testamento.

Aquellos papeles le traían á la memoria el pesar profundo de su padre, y tornó á llorar inconsolable.

Se acercó después á un bufete y contestó, nombrando apoderado á un hermano de su padre, que era quien le dirigía la carta.

Guardó cuidadosamente los papeles y se reclinó sobre el confidente.

Después de un largo rato de silencio, exclamó, como contestando á sus pensamientos:

—¡Nunca!

Aquella palabra era una abjuración de su viejo amor; renegaba de su pasado entero.

Entró el padre Antonio precipitadamente, llevando en la mano un rollo de papeles.

—¡Angélica, Angélica, las bulas de Roma! ¡Ya somos felices!

—¿Qué bulas? preguntó la joven con extrañeza.

—¡Las bulas que hemos esperado tanto tiempo! Ya puedo separarme de la iglesia y unirnos para siempre

—Eso es imposible, murmuró Angélica; no era

Dios sólo el que se interponía entre nosotros: ahora es la sombra de mi padre, muerto por nuestra causa.

Antonio quedó aterrado.

—Un empleado de la Embajada mexicana me ha traído el aviso.

El padre Antonio rugió de furor.

El semblante de la joven estaba trastornado.

Antonio se acercó pausadamente y pretendió tomar una mano de la joven.

—¡Atrás! gritó Angélica; basta de sacrilegio; tú eres clérigo todavía; vienes de decir misa y no puedes acercarte á mi.

—¡Mentira! gritó el clérigo; yo soy ya como cualquiera otro: aquí están las bulas.

—Esos papeles son mentira. El Papa no puede romper lo que Dios ha atado: yo desconozco ese poder. Seré tuya si tú continúas en tu ministerio; será un crimen, pero lo acepto.

—No, no, gritaba el fanático; eso nunca, yo soy libre.

—Te engañas, tus votos son eternos; tú mismo lo sientes y lo palpas; vienes del altar, no debes ser un renegado.

El padre Antonio veía con ojos desencajados á la joven.

—Es que te amo, Angélica, que por ti daría la existencia entera.

—¿Qué diría esta sociedad cuando nos encuentre, qué dirá de la farsa del Vaticano? Los protestantes se reirán de nuestro Papa y los católicos

maldecirán al Vaticano. Todo esto es sacrílego, infernal.

—Entonces, ¿qué hacer? ¿qué quieres? He hecho cuanto he podido......... ¡no alcanzo más!

—Llevar la mano al corazón, dijo Angélica, y desgarrarlo, al fin no hemos caído en el abismo.

—Es verdad, pero yo esperaba este momento.

—Antonio, he medido el abismo; mañana cuando despiertes de este sueño, me maldecirás, porque tú has de reincidir en el pensamiento religioso, y me abandonarás, pidiendo al Santo Padre que te perdone, y yo moriré en el abandono.

—No, no, eso es imposible.

—Te conozco, Antonio, he observado tu carácter, eres fanático terrible, tienes esa enfermedad incurable; concluirás por creer que soy instrumento del diablo que conspiraba contra tu salvación.

—¡Me vuelves loco!

Tú conoces que mis labios dicen la verdad: perteneces á la iglesia en cuerpo y alma.

—¿Y qué harás tú sin mí?

—Seguir las faces de mi suerte: voy delante de mí y encontraré el camino.

—Angélica, en estos momentos tienes la angustia de la muerte de tu padre en el corazón, estás loca, no quiero escucharte, dentro de algunos dias hablaremos, yo espero.........

—No, no esperes nada.

—Bien, bien, que pasen tus días de duelo, te de-

jo sola, necesitas llorar, gritar, desahogar tu pecho lleno de dolor.

Antonio dejó violentamente la estancia y se entró al salón, donde lo esperaba el obispo católico.

V

—¿Aquí vuestra señoría? preguntó el padre Antonio.

—Sí, hijo mío, dijo el obispo, me trae una gran preocupación.

—No comprendo, Ilustrísimo señor.

—Me avisan de Roma que el Santísimo Padre te ha enviado las bulas para separarte de la iglesia.

—Aquí están, señor, dijo Antonio, si Su Señoría quiere verlas.

—No, me basta tu palabra, ¿y qué piensas hacer?

—Si ya está hecho todo, Ilustrísimo Señor.

—No, todavía falta, te dan un plazo para reflexionar.

—Es cierto.

—Yo quiero ayudarte, porque la iglesia siempre quiere el arrepentimiento de los errores de los hombres.

El padre Antonio no respondió.

El obispo continuó:

—Hijo mio, tu comisionado en Roma ha hecho levantar informaciones falsas y terribles, ha formado un expediente infernal para engañar al Papa, queno teniendo quien lo informe, ha expedido las bulas bajo un falso concepto.

—Yo le he dado todos los datos.

—Pero si no es cierto que tu virtuosa madre te haya impulsado ni que el padre Jerónimo haya ocurrido á cábulas indignas; todo eso es mentira; tú, llevado por la desesperación de un desengaño, y habiendo perdido los encantos de la vida, entraste á la vida sacerdotal.

—Es verdad, ilustrísimo señor.

—Entonces no puede satisfacerte la decisión pontificia, porque tú sabes que todo es mentira.

—Es verdad, pero yo tengo que hacer una reparación.

Yo soy tu confesor y no has delinquido.

—Pero he sacado de su hogar á una mujer y esto es un crimen.

—Pero no hay deshonra para tu conciencia.

—Es cierto.

—Entonces no ofrezcas en aras del quijotismo tu salvación eterna; además, puedes conservarla á tu lado como hasta aquí.

—Es que ella no lo quiere.

—La culpa será de ella, no tuya.

—¡Yo estoy loco!

—Lo que pueden las mujeres, hijo mio, y bien visto, estos lances nada valen, cuando cesa el con-

tacto y la sangre se enfría hasta provocar nuestra risa.

—No, no, Ilustrísimo señor, ese es un negocio serio.

—Puede ser, hijo mio; pero yo no lo veo así; un dia te separaste de ella, las repeticiones son siempre menos dolorosas, y más cuando Dios está delante con toda su grandeza y en toda su plenitud. No, tú no podrías sobrellevar otra existencia, te arrepentirías cien veces y ya sería tarde!.........

—Eso acaba de decirme Angélica.

—Esa joven tiene más talento que tú.

—Lo comprendo, Ilustrísimo Señor.

—Si ella está conforme con que tú sigas tu noble y santo ministerio, no debes renunciar á él, ni poner á tus espaldas una carga que no podrías aguantar.

—Tras este consejo hay un abismo de olvido.

—Ese abismo está siempre junto al amor, y tú lo sabes, porque eres confesor.

El padre Antonio estaba confuso.

—Tenemos unos días, dijo el obispo. No son á propósito estos momentos para discutir; yo no pierdo la esperanza de que reflexiones, tienes una alma blanca, á más el sacerdocio, y te sobrepondrás á las pasiones mundanas, que duran un solo día para dejar el dolor ó el vacío en nuestro corazón y sombras en el espíritu, sólo en Dios no hay engaño, sólo El es verdad!........ me voy y piensa mucho en un paso tan peligroso, que sería un escándalo en el seno de la iglesia nuestra madre.

—Lo pensaré, Ilustrísimo Señor, dijo el padre Antonio.

Luego que salió el obispo, Antonio se arrojó á los piés de un crucifijo y oró largas horas enmedio de aquel espantoso combate de su espíritu fanatizado.

Enfermo y delirante se encerró en sus aposentos y no salió en muchos días.

VI

Angélica había reaccionado en su modo de ser; aquel hombre que había sido su vida, ya no era nada; le parecía que llevaba vida de ama de cura, y esto le era insufrible.

Aquel corazón estaba encarcelado y sentía como una ave estrecha la jaula; quería volar por los horizontes azules del infinito, bañarse en las nubes nacaradas del amanecer, asomarse á las aguas puras y trasparentes de los lagos, contemplar libre la luz de las estrellas, amar sin trabas, adorar á un ser viviente, no á una sombra envuelta en el paño fúnebre de un manteo, no quería el olor estúpido del incienso, sino la esencia de las flores, el perfume de una civilización encantada y encantadora. Aquel espíritu que habia tenido plegadas sus alas, quería sacudirlas á la brisa y al zafiro de los cielos. Aquel amor de búho escondido y maldito que se extremecía al toque de los bronces y se anonadaba

ante el dogma, le asustaba, quería un amor enteramente profano: nada de monasterio ni de salmos, estruendo de fiestas y de baile, no arpegios melancólicos y fúnebres de órgano, orquesta de ópera, estruendo de músicas militares, todo lo que quiere decir vida, amor, entusiasmo, locura!

Las rejas del convento venían á su memoria y la espantaban; oía el canto llano de las catedrales y se extremecía, escuchaba el cantar monótano de los frailes y maldecía la existencia.

Aquella alma se desprendía de esa atmósfera infecta de los santurrones y de las devotas, ya no quería santos ni rezos, ni sermones ni milagros, iba tras de las augustas aspiraciones de la vida, le astiaba el sacerdocio, aborrecía todo y amaba la existencia en toda su plenitud, en toda su soberbia belleza.

El Papa, y las bulas, y Roma, y los jesuitas y los frailes, todo desfilaba delante de ella para perderse en un ocaso en un ocaso eterno, en un abismo sin fondo!

Todos aquellos murciélagos de la sombra que habian revoloteado en torno de su cabeza, desaparecían ante la primera claridad de una mañana purísima.

Aquella existencia se recobraba á la vida de la sensación, de la felicidad, del amor y del misterio!

VII

Angélica recibía todas las noches la visita de Salvador, llevando todo el torrente de sus sueños y de sus esperanzas; pero todo en el silencio de su corazón y de sus ensueños.

El joven estaba profundamente enamorado y pensaba romper de una vez con una situación tan desesperante.

—Angélica, le dijo, voy á revelar á usted lo que ya debe haber comprendido.

—Diga usted, Salvador.

—Desde que la casualidad me hizo conocer á usted, ó más bien, me arrojó delante de su belleza y de sus encantos, sentí por usted una profunda simpatía que se ha convertido en amor, amor ardiente, inextinguible, que se infiltra en toda mi sangre, que palpita en todo mi ser y que busca el corazón de usted como el refugio de todas sus esperanzas y todas sus aspiraciones!

Angélica guardó silencio.

—Señorita, continuó el joven, si usted nada siente por mí, conserve usted ese silencio, por cruel y terrible que sea, para mí.

—No es eso, dijo Angélica, es que mi amor acaso le sería fatal.

—Todo lo acepto de antemano, contestó Salva-

dor. Además, yo venceré todos los obstáculos, nada son para mí, en cambio de una palabra, de una mirada, de una esperanza!

—Yo no sé mentir, dijo Angélica. Salvador, yo amo á usted.

El joven se arrodilló lleno de entusiasmo y regó con sus lágrimas los piés de Angélica.

Levantose la joven, y tomando unos papeles que estaban sobre su mesa, dijo á Salvador:

—Aquí está nuestro destino; estas son las bulas pontificias que vuelven á ese hombre al seno social. Sin ellas continúa siendo clérigo y nuestra separación es eterna.

Acercose á la chimenea y arrojó las bulas al fuego:

—Ahora, dijo Salvador, vámonos; quedará usted depositada en la Embajada y allí se efectuará nuestro enlace.

—Vamos, dijo Angélica.

Sin vacilar bajaron la escalera, se encontraron en el carruaje que partió hacia la Embajada Mexicana.

VIII

El padre Antonio preguntó por Angélica y le dijeron que habia salido.

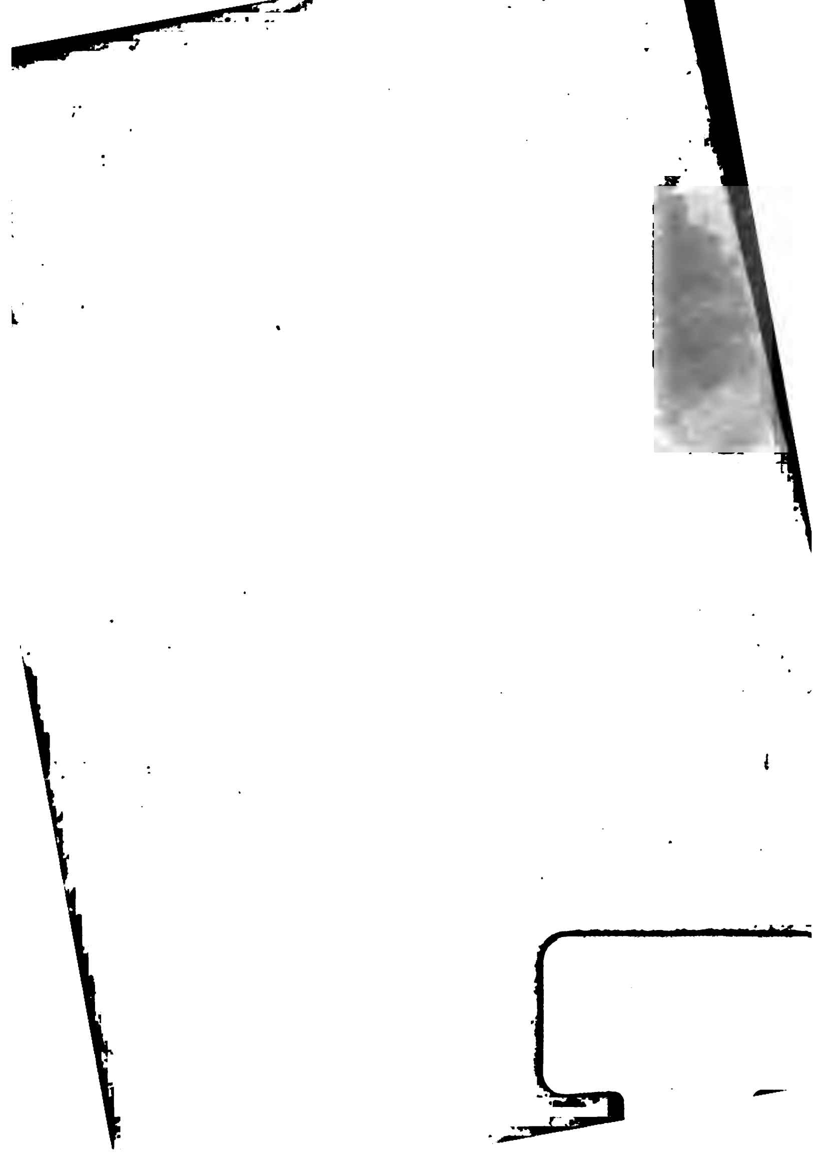
Esperó muchas horas, toda la noche, y ya cerca

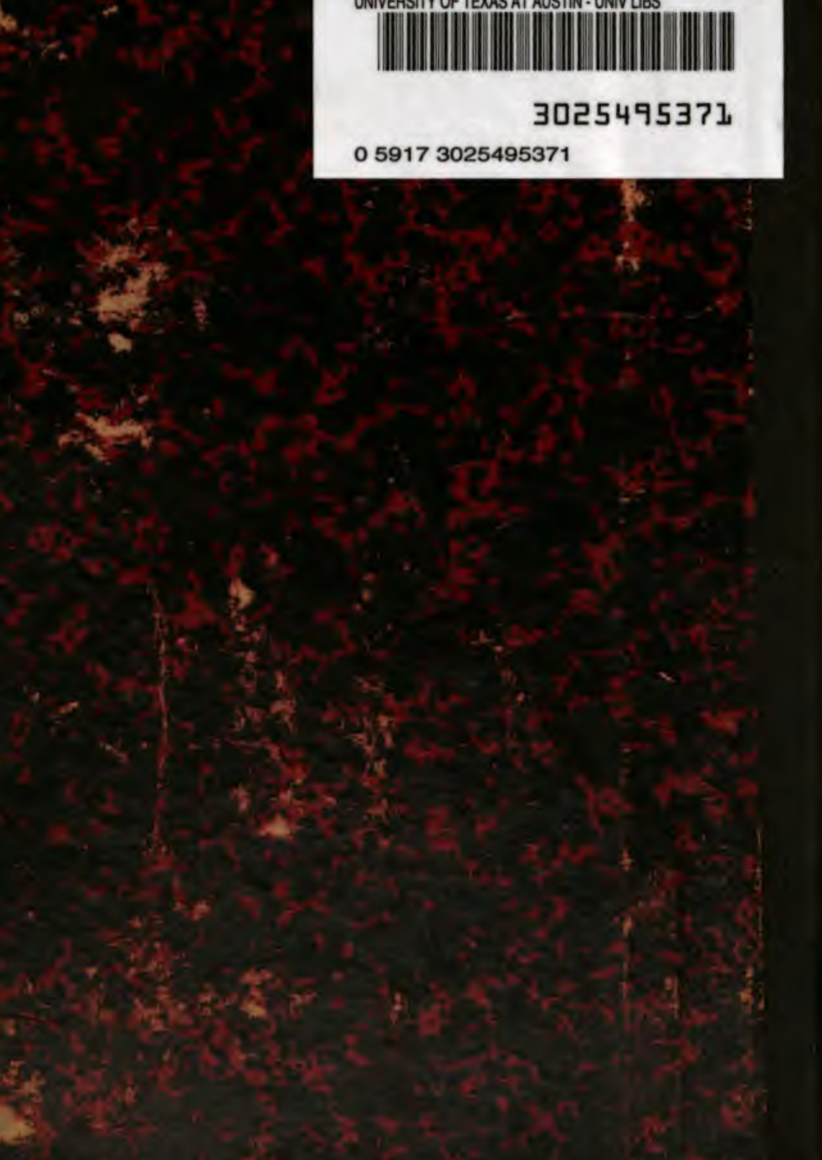
del amanecer perdió toda esperanza. Se convenció de que Angélica se había ido para siempre.

Lloró como un niño, pero levantado por su fanatismo, se serenó un poco, se arrodilló delante de aquel crucifijo, testigo mudo de todas sus vacilaciones, y en voz conmovida dijo:

—Tú lo has querido y yo me inclino ante tu suprema voluntad! Vuelvo ya como un cadáver al seno de la iglesia, allí encontraré el consuelo de esta viscisitud...... ¡Señor, dame fuerzas para soportar este dolor!...... ¡Lo que siento es haber sido tan imbécil!

FIN




UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025495371
0 5917 3025495371